

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

9

CSARTS



EGRE

AMAD



FQ221

.D3

G48

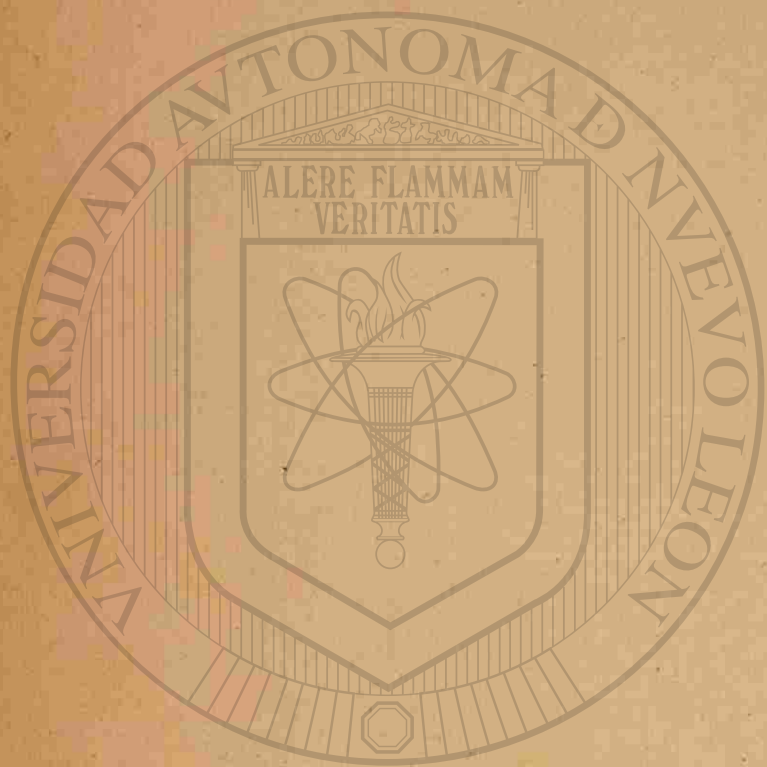




1080013756



Horarubias

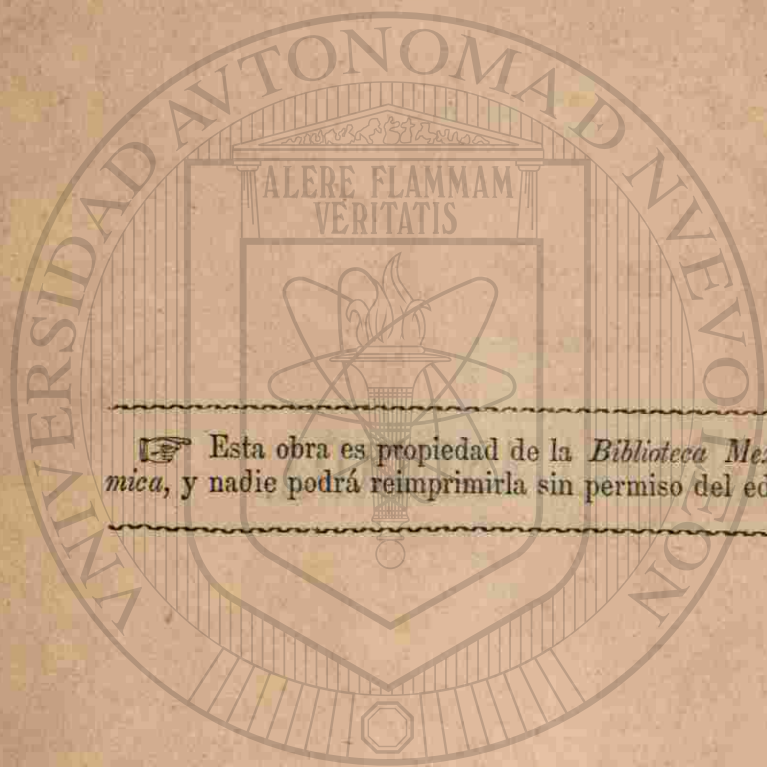


GEOGRAFIA ANIMADA.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



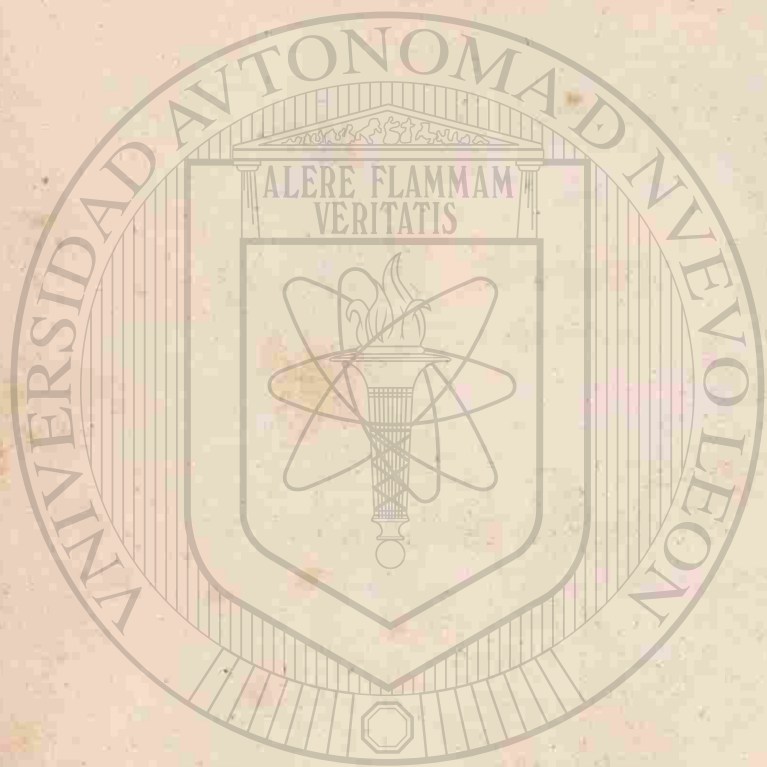


Esta obra es propiedad de la *Biblioteca Mexicana Popular y Económica*, y nadie podrá reimprimirla sin permiso del editor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL UNIVERSO ILUSTRADO.

GEOGRAFIA ANIMADA.

POR

Alfredo des Ssarts.

TRADUCIDA

PARA LA BIBLIOTECA MEXICANA

POR

D. A. G. y C.

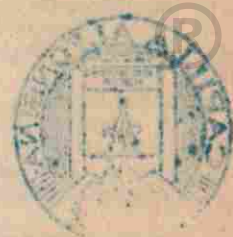
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE V. GARCIA TORRES.

1852.



BIBLIOTECA MEXICANA
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ2219

D3

948



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156570



EN ALAS DE LA IMAGINACION.



¡Viva la fantasía! Agradable compañera, que arrebatándonos en su vuelo caprichoso, nos pasea sobre los valles y las montañas y nos lleva del cielo a la tierra, de la tierra al cielo! Sobre sus alas, matizadas con los colores del iris, volamos a través de los espacios como la hoja leve que el viento sacude. Atrevida imaginación, tú penetras hasta el trono de luz donde Jehová se asienta!

Si el nebuloso invierno nos cubre con su nieve, si el aquilon cual un enemigo fiero nos asedia, cuán dulce es soñar entonces! ¡Cómo la imaginación nos presenta como en un espejo, países y lugares hermosos! Los sabinos huyen de nuestra vista; la brisa no zumba ya en nuestros oídos, ni las nubes nos parecen tan sombrías; todo lo que nos rodea huye de nosotros.

En cambio, ¡imaginación! qué brillo, cuánta luz, qué aromadas rosas, lirios y jazmines nos ofreces: cuál caen en nuestras manos los frutos dorados!

¡Vuela, vuela imaginación! Allí se nos aparece Stamboul; mas allá Damasco la perfumada, Damasco en cuyo tapiz de esmeralda posa apenas su breve pié la almea ligera como la mariposa.

Bajo la pura sombra del verde palmero ya escucho el voluptuoso murmurio de la fuente y el canto del árabe fatigado.

¡Oriente! Oriente, cuna de la poesía; cuna del mundo: Oriente, tú donde el hombre asentó por primera vez su planta, yo te evoco, y al respirar tus auras embalsamadas, siento que mi alma reflorece.

¡Vuela, vuela imaginación; abre tus alas matizadas con los colores del iris y miremos nuevos países!

¡Allí está Roma! cuán orgullosa con sus

monumentos que no han caído al peso de los siglos! ¡Roma! siempre la primera; reina por la cruz; reina por el acero. Arbitro de los destinos del mundo, antes por Marte, por Cristo después! ¡Cuán bella, cuán noble! Con qué religiosa admiración te contemplo!...

¡Vamos, sobre el Etna cual un penacho guerrero se levanta el humo! Paso después el estrecho que causaba tanto miedo a los griegos y latinos, porque para vencer las olas, no tenían mas que el cadencioso esfuerzo de sus remos.

La Provenza con sus risueños bordes cantados por nuestros abuelos, seduce y encanta mis miradas.

Sigue la España... poética Iberia, rica por Dios y empobrecida por sus hijos.

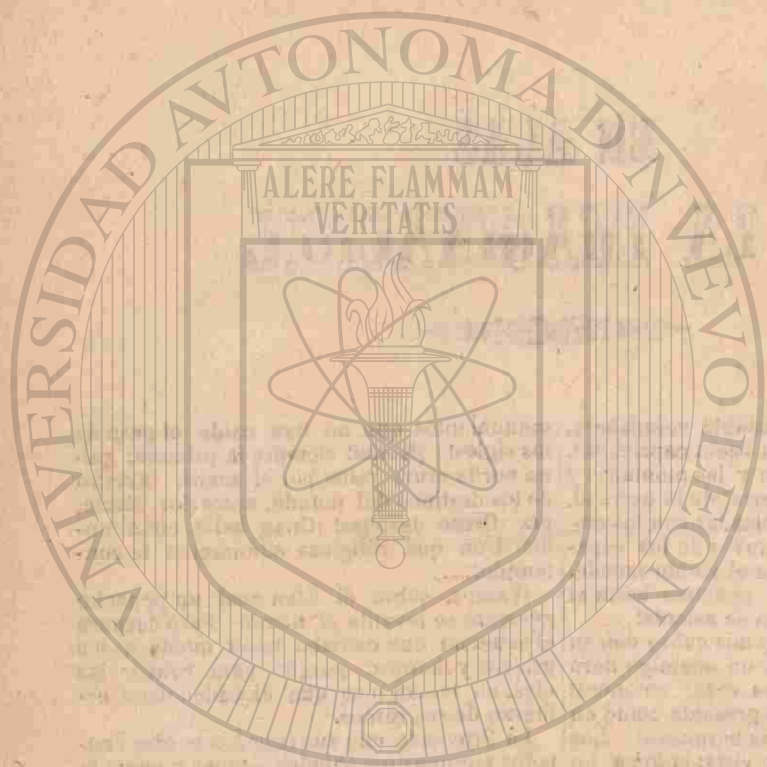
Mas allá el Tajo, a cuyos bordes cantara Camoens; el Africa luego con su Faraon.

La América, hermosa virgen a quien Cristóbal Colon diera el beso primero de amor; y por último, la inmensa Oceanía... Todos estos países producen en mi espíritu un éxtasis delicioso; porque en todas partes encuentro con religioso regocijo la huella del Supremo Hacedor.

¡Cuántos otros países podría nombrar no menos bellos ni menos admirados!

Y luego, guiado por tí, imaginación, hija de Dios, cuán fácil me sería elevarme hasta los cielos y escudriñar el tesoro de los astros de indeficiente luz!

Pero pliega tus alas fantástica viajera... examinemos las cosas en su origen; al pasar recogeremos alguna relación de cada pueblo, y humildes artistas, ensayemos una copia de ese inmenso cuadro hecho por Dios.



UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

BRETAÑA.



BRETAÑA.

JUAN CORANTIN había combatido valerosamente entre las filas de los voluntarios que se organizaron en Bretaña para el servicio de Dios y del Rey; había conocido á todos aquellos gefes intrépidos, cuyos nombres serán venerados por la posteridad: los d'Elbée, los Charrettes, los Bochamps, los Larochejaquelin y otros tantos mártires de la causa de la justicia.

Llegó el tiempo en que cesó la guerra hasta cierto punto, por falta de combatientes: la paz sucedió, y Juan Corantin pudo volver á ver su hogar. ¡Cuántos años habian transcurrido desde que nuestro valiente breton dijo adios á su país, situado en las cercanías del lugar terrible de Penmarc! ¡Oh! ciertamente no habia esperado volver á él, porque habia visto morir á su lado la mayor parte de sus compañeros de armas, la muerte habia sido el ángel exterminador del país! ¡Pero cesaron por fin las preocupaciones, se alejaron todos los recuerdos penosos! ¡se secaron las lágrimas del destierro! Juan Corantin volvió en fin á su patria.

¡Ah! su pobre mujer parece que esperaba su llegada para entregar su alma á Dios. María le dejó dos hijos, Yannik y Miguel; habitaba igualmente su cabaña la jóven y tierna Ivonne, nieta de Corantin y huérfana suya. Yannik desde muy jóven, tuvo una verdadera pasión por el mar; navegar y luchar con el Oceano, era su verdadera vocacion, y cuando abrazó á su padre, habia ya hecho tres viajes como marinero. Miguel, que tenia un carácter pacífico se dedicó á la agricultura, cultivando el corto terreno que poseian

junto á la cabaña. Ivonne, despues de la muerte de María se encargó del gobierno de la casa.

Ivonne presentaba en sus facciones puras, en su expresion grave y en sus formas delicadas, el tipo mas perfecto de una mujer de la Bretaña. Rara vez asomaba á sus labios la sonrisa, y cuando se le preguntaba la causa de esa melancolía, su respuesta era señalar hácia el mar por donde navegaba Yannik; y en seguida el cementerio donde reposaban sus amados padres. Temor por el porvenir, pesares por lo pasado, hé aquí la vida humana.

El *Fulminante*, que era el navío á cuyo bordo se encontraba Yannik era un buque hermoso. Así, es, que todas las buenas mujeres de la poblacion decian á Ivonne. "Tranquilízate, hija mia, tu amante volverá." Su navío es tan sólido como las mas sólidas murallas. Volverá. ¡No has hecho un voto á Nuestra Señora de Auray.

Una noche silbaba el viento con tanto furor, que los mas ancianos no recordaban haber presenciado nunca semejante tormenta; las olas se chocaban produciendo un horrible estruendo; al que se hubiera creido oír los gemidos que hacen creer á los habitantes de las orillas de la Bahía de los Difuntos, que las almas de todos los ahogados vienen á media noche á implorar sus oraciones. A la mañana siguiente, la costa se hallaba cubierta con los restos de un navío, y entre otros una plancha que contenia estas palabras: *el Fulminante*. Algunos cadáveres habian sido arrojados á la playa: todos se apre-

suran á examinar esos restos mortales: y por todas partes se oyen tan solo llanto, gemidos y suspiros; por que la tripulacion del navío se componia en su mayor parte de individuos de Concarneau, Pont-l'Abbée y otros pueblos vecinos. Repentinamente se oyó un grito violento: Juan Corantin lo habia lanzado. El viejo estaba de rodillas cerca del cuerpo de un marinero muerto, cuyo rostro maltratado por las rocas se hallaba cubierto de sangre. ¡Mi hijo, mi pobre hijo! exclamó: ¡Oh, lo reconozco bien! Y al decir esto lloraba arrancándose sus largos cabellos blancos. ¡Oh mi querido Yannik! ¡Mi vuelta á mi pais natal debia ser para sufrir tu pérdida!

—¿Estás seguro de que sea él mismo? dijo un vecino.

—¡Lo estoy! Míralo, qué ¡no lo reconoces!

—Tienes razon.... lo reconozco.

—¡Oh Yannik mio!.... Habria debido creer en mis presentimientos.

—Tus presentimientos, Corantin!

—Sí: hace tres dias que una lechuza se colocó en el techo de mi casa. Antenoche cuando gozaba de la frescura del aire, ví descender una estrella; y en fin, anoche estoy seguro de haber oido rodar el *carreton de la muerte*. (1)

—Valor, Corantin, valor. No eres tú el único padre que haya padecido. No queremos describir la sombría desesperacion de Ivonne; sin embargo la jóven comprendió que en cambio de la felicidad tenia que cumplir un deber, un deber sagrado; que debia hacer los mayores esfuerzos posibles para volver la tranquilidad al alma de Corantin. Los funerales de Yannik fueron hechos según los usos acostumbrados.

En primer lugar, se encendió en la cabaña una hoguera en que se quemó el jergon del difunto. En seguida se vaciaron los cántaros de agua y leche, por temor de que el alma del difunto se ahogase en ellos. El muerto envuelto de la cabeza á los pies en un gran sudario blanco fué colocado bajo un pabellon fúnebre, con las manos enclavijadas sobre el pecho, el rostro vuelto hácia el Oriente; pusieron un acetre, prendieron dos cirios amarillos al lado del cadáver, y se dió orden al bedel de que llevase "la noticia de la muerte." Este hombre recorrió las aldeas, vestido con una dalmática negra sembrada de lágrimas de plata, tocando una campanilla y diciendo en voz alta: "Rogad por el alma de Yannik Corantin, el velorio será mañana, y el entierro pasado mañana." Al ponerse el sol llegaban de todas partes al lugar indicado. Cuando estuvo llena la habitacion, comenzó la ceremonia: recitaron en comun las oraciones de la noche y el oficio de difuntos; en seguida las mujeres entonaron algunos cánticos. De cuando en cuando, Juan, Miguel é Ivonne se acercaban, levantaban una esquina del sudario y besaban la frente

(1) Ideas supersticiosas muy arraigadas en Bretaña.

del difunto. A media noche pasaron á la pieza contigua, donde se hallaba dispuesta la "cena de las almas." Los mendigos se sentaron al lado de los ricos; porque en Bretaña están asociados los pobres, tanto en los dolores como en los placeres de los demas. El cura de la parroquia llegó al amanecer; entonces colocaron el ataúd sobre una carreta tirada por dos bueyes. El clero precedido de la cruz, abría la marcha de la procesion fúnebre; en seguida marchaba el carro de los muertos, al que seguian Ivonne y las demas mujeres con cofias amarillas y capotillos negros plegados, (vestido de duelo de las paisanas), y los demas parientes con las cabezas descubiertas. Hasta entonces y durante toda la ceremonia, habia reinado el mayor silencio: pero cuando en el cementerio el vicario parado á la orila de la tumba murmuró las últimas palabras de la oracion de los muertos, al ruido sordo que hizo al caer el ataúd, se escuchó un grito desconsolador; los hombres se pusieron de rodillas, cubriendo los rostros con sus largos cabellos; la multitud retrocedió espantada, y el mismo cura aunque acostumbrado á tan dolorosos espectáculos, no pudo retener sus lágrimas [1]

Desde aquel dia, la vida no fué para los habitantes de la cabaña, mas que un pesado fardo. Juan Corantin distribuia su tiempo en dos partes: una que empleaba en fumar á su puerta sentado sobre el poyo de piedra: la otra que consagraba á meditar delante de la tumba de Yannik. En cuanto á Ivonne, seguia á su padre adoptivo en sus melancólicas escursiones, y Dios sabe cuán ferviente era su oracion. En la noche, mientras que Miguel, mozo bastante indiferente, se dormia rendido por la fatiga, Juan suplicaba á Ivonne entonase el cántico del paraíso, ese canto tan puro, tan admirable, debido á Miguel el Nobletz de Herodern, misionero breton. Ivonne recitaba hilando el lino de su rueca, estas estrofas dignas del mismo cielo.

"¡Jesus! cuán grande será la felicidad de las almas, cuando se hallen en la presencia de Dios y gozando de su amor!

"Hallo el tiempo corto, y ligeras las penas, pensando noche y dia en la gloria del Paraíso.

"Cuando miro el cielo, mi patria, quisiera vivir como una palomita blanca.

"Cuando llegue la hora de la muerte, abandonaré esta carne mortal, enemiga de Jesus.

"Con alegría espero el último trance, por que ardo en deseos de ver á Jesus mi verdadero esposo.

"Tan pronto como se destruyan mis cade-

(1) La mayor parte de los detalles de esta ceremonia fúnebre, están tomados de la preciosa obra de Mr. Jh. Hersart de la Villemarqué. *Los cantos populares de la Bretaña*.

"nas, me elevaré en los aires como una alondra.

"Cuando esté distante de la tierra, de este valle de lágrimas, entonces dirigiré mis miradas hácia mi pais de Bretaña.

"Entonces diré:—Adios, patria mia; adios, mundo de sufrimientos; adios dolorosos fardos:

"Adios, pobreza; adios, afliccion; adios, pesares del corazon; adios, pecados!

"No temeré entonces las astucias del espíritu maligno; ahora que ya ha pasado la hora de mi muerte, ya no me perderé.

"Mi cuerpo como un navío perdido me ha conducido aquí, á pesar de los vientos y de la tempestad.

"¡Oh muerte, tú eres la que me abres las puertas del castillo contra cuyos escollos se ha estrellado mi navío.

"A cualquier parte que vuelva mis ojos y todo lo que vea llenará de felicidad mi corazon:

"Veré, abiertas para esperarme, las puertas del paraíso, y á los santos y santas dispuestos á recibirme.

"Seré acogida en el palacio de la Trinidad, en medio de los honores y de las armonías.

"Y ahí veré á Dios Padre, con su Hijo y el Espíritu Santo.

"Veré á Jesus, que lleno de bondad, colocará en mi frente una hermosa corona.

"Vuestros cuerpos dichosos, dirá Jesus, eran tesoros ocultos en una tierra bendita.

"Estais en mi corte, como raíces de rosales blancos, de lirios ó azucenas, en un jardín:

"Los rosales, las azucenas y los lirios, pierden su flor en la estacion y la cubren como vosotros.

"Por sufrimientos ligeros, por cortas angustias, recibiremos de Dios, nuestro verdadero Padre, una brillante recompensa.

"Cuán hermoso será el ver á la Virgen, las doce estrellas que forman su corona.

"Veremos tambien, tambien, las legiones de los arcángeles que entonan alabanzas á Dios, cada uno con su harpa en la mano.

"Veremos igualmente, llenos de gloria y de gracia, á nuestros padres, á nuestros hermanos y á nuestros paisanos.

"Virgenes de todas edades, santos de toda condicion, mujeres y viudas coronadas por Dios.

"Todos los angelitos, llevados por sus alas, tan graciosos y risueños, volaran al rededor de nuestras cabezas, así como un enjambre melódico y perfumado de abejas, en un campo sembrado de flores.

"¡Felicidad sin igual, mientras mas pienso en vos mas os deseo!

"¡Vos consolais mi corazon en las penas de esta vida!"

El tiempo pasaba de esta manera; y como el dolor, por mucha que sea su violencia, raras veces mata, la familia Corantin continuó

su vida pensando en el pobre Yannik. Los habitantes de la aldea comenzaron á reflexionar que la preciosa Ivonne podría al fin consolarse. Su opinion se descubrió cuando el sastre Poncalec llegó á pedirla en matrimonio para el arrendador Malgan, hombre gordo y rico. Se sabe que en Bretaña, esos *casamenteros* desempeñan un papel muy importante. Maesse Poncalec con un ramo de retama en la mano, desempeñó ceremoniosamente su comision, y en seguida añadió: ¡qué respuesta debo dar á Malgan!

La jóven tomó una taza del aparador, la llenó de caldo y se la presentó silenciosamente. Poncalec comprendió esta señal de negativa y se retiró inmediatamente (1).

—¡Casarme yo! exclamó Ivonne, despues de la partida del sastre; ignora que me he consagrado á mi querido Yannik! ¡Oh! sí, Yannik, á tu vuelta me encontrarás fiel.

Juan Corantin y Miguel se dirigieron una mirada que queria decir: "¡Estará loca!"

—Hija mia, dijo el anciano, eres una buena jóven: te doy gracias en nombre de mi querido Yannik. Pero que tu amor no turbe tu espíritu.... ¡Quieres permanecer fiel para cuando vuelva el que no aparecerá jamás!

—Volverá, padre mio, volverá.

—¡Locura!

—Estoy segura, Nuestra Señora de Auray me lo ha revelado.

—¡Nuestra Señora de Auray! Vamos, has soñado hija mia.

—Sí, he soñado.... y tres veces en mi sueño, la Santísima Virgen rodeada de hermosos angelitos, se me ha aparecido para darme esta buena noticia.

El anciano no trató ya de combatir las ideas de la jóven. Se contentó con levantar las manos hácia el cielo, como si dijese: ¡Ivonne está loca, no nos faltaba mas que esta desgracia!

Desde entonces, una mudanza total se observó en las costumbres de los habitantes de la cabaña. Mientras que Juan Corantin iba como de costumbre al cementerio, Ivonne rehusaba ir, exclamando siempre: "Es inútil, es inútil, Yannik volverá." Y tomando el camino opuesto, se dirigia á las orillas del mar. Allí sentada, en la cima de los montes de granito, sondeaba el abismo y dirigia por todas partes miradas investigadoras; si blanqueaba á lo lejos una vela, Ivonne se inclinaba y siguiendo con la vista la embarcacion hasta que desaparecia. Muchas veces coronaba su cabeza con plantas marinas, y cantaba con la cancion:

Ondas espumantes,
Volvednos propicias
A nuestros amantes.

(1) Cuando un casamentero se presenta á nombre de un amigo para pedir á una doncella en matrimonio, recibe ordinariamente la respuesta de la manera siguiente: si se acepta la propuesta

La locura original de la jóven inspiraba piedad á Miguel, é irritacion á Juan Corantin. Mientras que este no veia mas que una obstinacion en la conducta de la jóven, Miguel el supersticioso, creia ser la obra de algun mal genio.—Seguramente decia él, esta pobre niña ha encontrado á alguna mala hada ó algun *Curil* [2] tal vez un *Gauriquet* (3). recuerdo haberla vista salir un miércoles por la tarde; y es precisamente el dia de la revision *Horiganes* (4); ¡Si la habrán encontrado! Aquí ha de haber alguna magia.

—Silencio, Miguel, dejemos á la jóven que obre como le parezca, pues es una *inocente* (5).

Muchos dias pasaron, y ninguno terminó sin que Ivonne dejase de decir ante las olas espumosas del mar su cancion bretona:

Ondas espumantes,
Volvednos propicias
A nuestros amantes.

En fin, una noche llegó la jóven muy fatigada á la cabaña, y puesta de rodillas, exclamó vertiendo lágrimas de alegría.

—¡Oh! ¡mi vision! ¡mi vision, se ha realizado!

—¿Qué?

—Que el que esperábamos ha llegado.

—¡Pobre inocente!

—Ya está aquí, estoy segura.

—¡Gracias, gracias, Dios mio!

le dan pasteles de avena; y cuando se rehusa se le pone en un rincón una taza de caldo. (A. de Nore. *Costumbres, fábulas y tradiciones de las provincias de Francia*).

(2) Curiles, son los maridos de las hadas.

(3) Gauriquet, enanos perjudiciales.

(4) Hadas, que los paisanos temen y creen que habitan cerca de Doimens, Menhirs y Cromlechs, monumentos druidicos.

(5) Loca.

Al mismo tiempo tres golpes vigorosos llamaron á la puerta; tres gritos contestaron á ellos.

—¿Quién está ahí preguntaron Juan y Miguel conmovidos por la emocion de Ivonne.

—¡Yo! yo Yannik, respondió una voz varonil.

—Se precipitaron, abrieron la puerta, apareció un marino.... ¡Era él! ¡era Yannik!

—¡Imponderable fué la alegría que sintió aquella familia! Al principio Juan Corantin y Miguel no quisieron dar crédito á sus ojos; fué preciso que Yannik les diese los mas seguros testimonios para que cesasen de considerarle como un fantasma.

—Mas, dijo en fin, el padre de Yannik, ¿por qué no te hallabas en tu navío?

—La explicacion es muy sencilla. Antes del naufragio el *Fulminante*, habia sostenido contra los ingleses un combate terrible en que tuve la desgracia de ser prisionero. Se me condujó y arrojó en un ponton. Pero como no era mas que un pobre diablo me fué imposible instruiros de mi suerte. Si he podido volver á vuestro lado, ha sido porque la paz se ha firmado, y se ha dado la libertad á los prisioneros.

—Basta, hijo mio, exclamó Corantin. Mucho hemos sufrido creyéndote muerto; ¡hemos enterrado á otro marinero que se te parecia demasiado, íntimamente persuadidos de que eras tú, Yannik!

Y bien, Yannik está con vosotros, y puesto que lo deseais, no os abandonará jamas. ¡No lo deseais así querida Ivonne!

La jóven se ruborizó, mientras que su amante la estrechaba contra su corazon, y ella le dice en voz baja.

—Sabia tu regreso.

—¡Lo sabias!....

—Nuestra Señora de Auray me lo habia anunciado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

BRESCIA.

(Francia)



BRESCIA.

I.

LA ALDEA DE ARBIGNY, poco distante de Bourg-en-Bresse, parecia entregada á una viva emocion. Mujeres y niños iban y venian, arrojando todos gritos de alegría, manifestando en sus acciones la mayor curiosidad. Era porque se hallaban en el primer domingo de Cuaresma y se preparaban á formar hogueras de paja y de leña. Tal es el uso inmemorial en aquel país que hoy forma parte del departamento de Ain, país fértil en viña, cáñamo y legumbres, y poblado por una buena raza de hombres, y que seria uno de los mas hermosos de Francia si no fuese por la insalubridad que proviene de los numerosos pantanos á los que se da el nombre de lagos.

Los paisanos concedian una virtud secreta á sus especies de hogueras de S. Juan; en Arbigny, esta ceremonia misteriosa precedia algunos dias solamente á la fiesta de la aldea. Hé allí por lo que era general la alegría.

La víspera de la fiesta, los jóvenes iban con toda ceremonia á las casas con una gran canasta llena de listones de todos colores; cada doncella recibia un moño en figura de una rosa, que debia colocar en el hombro izquierdo. Esa flor servia de billete de invitación para asistir al baile.

Por una escepcion fácil de notar, la comitiva enlistonada pasó sin detenerse ante una casa de buena apariencia; y como un joven vacilaba y decia: "¿Por qué no hemos de ofrecer una flor á Margarita, que es tan buena y tan hermosa?" los otros esclamaban con aspereza:—"Ven acá Gilberto, olvidas que no debemos visitar á los Martin; son malas

gentes.... ¡Tienen un nombre!. Gilberto insistió aún con mas energía, pero fué vencido. La multitud pasó lanzando ante la puerta de la casa imprecaciones y gritos terribles.

Hace cuarenta años que en Brescia, las antiguas preocupaciones subsistian con mas fuerza que nunca: cuando las familias eran acusadas de hechicerías, decian que tenian un nombre; huían de ellas, y cualquiera que fuese su fortuna se veían obligadas á liarse entre sí. Era casi la suerte de los Parias [1] de la India.

Las palabras de Gilberto habrán ya revelado al lector la ecsistencia de una jóven tan bella como virtuosa.

Vamos á penetrar al interior de la casa habitada por Margarita.

El cuarto principal contenia en este momento á los esposos Martin, á su anciana madre que no abandonaba su ancho sillón y su hija, esa Margarita tan fresca, tan graciosa, verdadero boton de una rosa pronta á abrirse por las gotas del rocío.

Oculta tras de una ventana entreabierta, Margarita habia presenciado la escena que acababa de verificarse; habia observado el aire de desprecio de los jóvenes, y la honrosa aunque inútil resistencia de Victor Gilberto. El rubor y la indignacion se vieron pintados en su semblante. Hasta entonces Margarita, educada en Bourg bajo el cuidado de una tia viuda y sin hijos, habia sido el encanto de esta en su soledad; Margarita que despues de la muerte de aquella buena pariente se habia vuelto recientemente á Arbigny, no podia conocer la injusta prevenicion que pesaba sobre su familia. No consideró, sino como una afrenta gratuita la es-

(1) Raza proscripta.

clusion que se hizo de su casa. No pudo dejar de quejarse en estos términos:

—¿Creeis mis queridos padres, que los mozos hayan ofrecido á todo el mundo cintas para asistir al baile, escepto á mí? ¡Qué les he hecho para que me insulten de esta manera! ¡Oh, esto es odioso!

—Tranquilízate, dijo el padre, honrado labrador, cuyo sereno rostro anunciaba una conciencia pura, tú vales mas que todos ellos; algun dia realizaremos nuestra corta fortuna, dejaremos el pais y seremos muy felices en otra parte.

Esta respuesta tan misteriosa no dió á la jóven una esplicacion satisfactoria, así es, que todas las facciones de Margarita continuaron manifestando un violento despecho. Entonces la abuela moviendo su cabeza decrepita dijo, después de haber tosido:

—¿Por qué engañais á esta jóven? Martín, haces mal.

El padre que respetaba demasiado á la anciana, bajó los ojos guardando silencio.

—¿Luego hay aquí un secreto? exclamó Margarita. ¡Oh! hablad, hablad, abuelita.

—Sí, replicó esta, acércate y escucha.

Margarita se colocó en un taburete á los pies de la anciana, la que de nuevo añadió:

—Escucha y ten valor. Piensa, hija mia en que es preciso sobreponerse á los vanos rumores de la poblacion, y perdonar á los que nos desprecian injustamente.

—Nos desprecian....! ¡A nosotros....! murmuró Margarita.

Y algunas lagrimas brotaron de los ojos de la pobre jóven.

—Cuando así sea, ¡qué te importa hija mia, cuando estás segura de no haber cometido una mala accion!

—¿Nos desprecian!

—Desde nuestra tercera generacion, nuestra familia ha sido acusada de tener inteligencia con el demonio, con hechiceros, aparecidos... Huyen de nosotros, y nadie quiere nuestra amistad, escepto alguna otra familia acusada de la misma injusticia, los Ricardos ó los Faussin por ejemplo.

—¿Qué horror! exclamó Margarita.

—Ya lo veis, dijo la madre, Martín, la haceis horar, mamá. ¡Qué necesidad hay de decirle estas cosas!

—Callate, dijo la abuela. Tengo razon para prevenirselo; esto es lo mas sabio, lo mas prudente. Ahora nada la admirará.

—No, dijo Margarita, con una firmeza que no se hubiera esperado de ella, nada en lo de adelante me admirará. No buscaré el placer fuera de mi casa; y puesto que mis padres son desgraciados, los amaré mas.

Tan pronto como la jóven pudo encontrar un pretexto plausible, se retiró á su cuarto; y allí, estando segura de no ser vista, ni oida se entregó libremente á un pesar fácil de concebir.

II.

El recuerdo de Víctor Gilberto había quedado en la memoria de Margarita. Como la cerca de la casa de los Martín daba á un estanque donde el jóven pescador, que era Gilberto, iba siempre á recoger su provision, Margarita, sin darse cuenta tal vez del instinto que la guiaba, muchas veces se paseaba por ese lado, oculta por el espeso vallado y teniendo un libro en la mano aparentando serenidad, seguía con la vista los movimientos de Gilberto, ó le escuchaba cantar su verso favorito, que comenzaba de esta manera:

“¡A la bella mariposa
Habeis visto en la pradera
Colocarse en una rosa....?”

Poco á poco Margarita se interesó en las acciones del pescador. Melancólica, no buscando ninguna compañía y noteniendo amiga alguna, sentía un inocente placer siendo el testigo habitual del trabajo de aquella persona tan tierna y estimada de todos. Un dia, sin embargo, habiéndose acercado demasiado Margarita, llegaron algunas espinas á sus manos y la fuerza de su dolor le hizo soltar el libro, que cayó en el agua. Gilberto había escuchado el grito de la jóven y visto la caída del tomo. Comenzó, pues á remar hácia aquella parte é inmediatamente recogió el libro que limpió cuidadosamente.

—Señorita Margarita, aquí está vuestro libro.

—La jóven avergonzada por haber sido descubierta, creyó conveniente no guardar silencio. Abrió una puertecilla que daba al estanque, y se presentó á la vista de Víctor Gilberto. Este parecía estasiado; á una señal de Margarita acercó su barca á la orilla, saltó en tierra, y saludando á esta con respeto, le presentó silenciosamente el libro.

—Os doy muchas gracias señor.... Gilberto, dijo la jóven.

—¿Oh! no vale la pena. Pero.... ¡sabeis mi nombre! añadió esforzándose en vano en ocultar la satisfaccion que sentía.

—Sí,.... lo sé.

—Siendo vos una señorita virtuosa como no os mezclais con los demas.

Al escuchar estas palabras, las mejillas de Margarita se cubieron de un vivo rubor.

—¿Eh! y aun cuando quisiese reunirme con los demas, cómo decís, ¿podria acaso hacerlo! ¡No he sufrido, hace dos meses, una afrenta bien cruel!

—Olvidadla, señorita.

—¿Olvidarla....! aún suponiendo que me fuese posible ¡no es demasiado duro, cuando es uno inocente, y no se cree culpable el ser el objeto de la enemistad general! pero al menos nunca olvidaré vuestro buen proceder.

—¿Cómo....! no me acuerdo haber hecho nada.

—Me hallaba en la ventana, y todo lo es-

cuché. Solo vos manifestasteis el deseo de que se me ofreciese una cinta.

—¿Era un deber....! Los miserables se atreven á acusaros.... No pensemos mas en ello, porque me ciega la cólera. No hay en la poblacion, ni á veinte leguas en contorno una jóven que se os pueda comparar.

—¿Luego no me teneis por hechicera?

—Gilberto hizo un movimiento con las espaldas:—Nuestro cura me ha enseñado á leer, escribir y contar, muchas veces me ha repetido que es una tontera el creer en brujas, y aparecidos. Esas son necesidades. Sois para mí una buena cristiana, y estad segura, señorita Margarita de que teneis en mí un...

—Se detuvo no atreviéndose á concluir.

—Ya entiendo dijo ella; un amigo ¡no es verdad!

—¿Oh! sí, un amigo afectuoso.

—Cuento con vuestra amistad. Adios.

Entró precipitadamente á la habitacion de su padre, dejando al pescador feliz y fascinado.

III.

Al principio se veian algunas veces, en seguida con mas frecuencia, y por último Gilberto concluyó por entrar á la casa dejando su barca atada á un sauce. Los padres de Margarita lo recibían con gusto; porque en la franca cordialidad del jóven se notaba un encanto que seducia los corazones. Por su parte, Gilberto no podia pasarse sin ver diariamente á la familia Martín; cuando se hallaba entre esas buenas gentes, las horas corrian para él con una rapidez extraordinaria. Nunca había confiado su secreto á Margarita y ya esta lo sabia. Sin embargo, la joven, cuya alma abrigaba tan buenos sentimientos, le causaba un instintivo espanto el que le inspiraba. Se le representaba el porvenir con los colores mas sombríos. ¡No presenciaba diariamente el desprecio de los habitantes de la aldea aumentar en lugar de disminuir contra los Martín!

Los efectos siguieron á los temores. Llegó un dia en que Gilberto pensó seriamente en pedir la mano de Margarita. Esa mano tan querida, estaba concedida anticipadamente. Pero Margarita había dicho: ¡Por qué me amais, mi buen Gilberto? ¡Cuántos pesares tendremos que sufrir! Muy pronto circuló este rumor; ¡unirse á la hija de un hechicero.... qué horror! Se burlaron de Gilberto, y llegaron hasta el punto de amenazarle. Burlas y amenazas, todo lo hubiera soportado; pero el enojo de su padre fué un obstáculo insuperable. En aquella lucha sucumbió Gilberto; hijo respetuoso, sacrificó su ternura á su obediencia. Por otra parte, la presencia continua de Margarita irritaba una pasion que el matrimonio no podia ya santificar. Gilberto comprendió que era

preciso tomar un partido prudente, es decir, el de alejarse del pais.

Se alistó secretamente en un regimiento. Era la época del imperio, en que se necesitaba de buenos soldados. Los oficiales no pusieron ningun obstáculo en admitir á un jóven tan vigoroso y que sabian era un sugeto honrado. El lector puede concebir cuál seria la desesperacion de Margarita y de sus padres. Solo el anciano padre de Gilberto, frotándose las manos, decia: “Prefiero ver á mi hijo de soldado, que casado con una jóven que tiene un nombre”.

Pasaron algunos años; la guerra destruía los ejércitos; no se había oido hablar mas del pobre Víctor.

Sin embargo, llegó al pais un cura jóven despues de la muerte del anciano. El nuevo sacerdote; era hombre bastante ilustrado su elocuencia era brillante y persuasiva; emprendió mudar la opinion de sus conciudadanos con respecto á la familia Martín, y despues de muchos esfuerzos vió logrado su objeto. Entonces la reaccion fué tanto mas fuerte, cuanto que se había hecho esperar por mucho tiempo. En la primera fiesta que hubo, Margarita se adornó con las cintas y listones que todos los jóvenes le ofrecieron; en vano rehusaba asistir al baile; sus padres, siendo ya felices por el nuevo tratamiento que le daban, á su hija y viendo que la solicitaban, la obligaban de tal manera á que se presentase ante las demas jóvenes, que no pudo dejar de acceder. A pesar de su tristeza, su gracia encantadora la hacia superior á las demas jóvenes que la rodeaban. Todos los mozos la veian con admiracion; y desde ese, dia Margarita fué cortejada por todos.

Uno de los que mas obsequiaban á Margarita, era un jóven agricultor, llamado Francisco Remy. Por obtener la mano de Margarita, éste hubiera dado veinte años de su vida. Dotado de una naturaleza ecaltada, no podia soportar nada que contrariase sus deseos. Preciso es decir que los padres de Margarita lo veian favorablemente. No teniendo noticias de Víctor Gilberto, pensaron en el porvenir de su hija, y se afijian de la obstinacion que empleaba Margarita, rehusando un partido verdaderamente ventajoso.

Francisco Remy solicitó un dia un momento de conversacion particular; tenía que mostrarles una carta fechada en Alemania, en que se anunciaba que Víctor Gilberto había perecido en la batalla de Leipsick.

Se vieron obligados á emplear las mayores precauciones para dar á Margarita aquella espantosa noticia. Despues de una larga enfermedad, la jóven permaneció débil. No tenía bastante fuerza moral para resistir á las dos familias que la obligaban á tomar estado.

Quedó, pues, resuelto el casamiento de Margarita y Francisco Remy, y anunciado en la poblacion al redoble del tambor. Cuando, segun la costumbre, Remy dió á su futura un vestido negro para presentarse con él en

dia de Todos Santos y Muertos, Margarita dijo á su abuela: "Hé aquí el único traje que me conviene." Pero la abuela respondió moviendo mas que nunca su temblorosa cabeza: "Paciencia, hija mia, paciencia."

IV.

Todos los habitantes de la aldea se apiñaban al rededor de la casa de los Martin y de Remy. Ninguno habia notado á un militar que, cubierto de polvo, estenuado de fatiga, marchaba penosamente y se habia dejado caer con desaliento en uno de los dos bancos de piedra colocados á ambos lados del pórtico de la Iglesia.

Sin embargo, se oía una marcha alegre y marcial; una comitiva adornada de listones y ramilletes, se dirigia hácia la alcaidía, situada cerca del templo de Dios.

El militar levantó la cabeza. Un grito penoso salió de su pecho... El nombre de Margarita se escapó de sus labios.

A ese grito respondió otro, arrojado por Margarita. Entonces, dirigiéndose hácia el banco, la novia fué á caer entre los brazos del militar.

—¿Qué me quereis! dijo este vertiendo algunas lágrimas. A mal tiempo llego.... ¡Oh!... me habeis olvidado.

—Os creian muerto, mi querido Gilberto... y mis padres me habian obligado....

—¿Muerto! repitió Gilberto.... ¿Quién se ha atrevido á publicar esta falsa noticia?

Su mirada amenazadora buscaba á Francisco Remy.

Este último se puso pálido: Perdonadme, murmuró él, el amor me inspiró esa astucia infernal. Mi conciencia me abruma.... Recobra tu bien, Gilberto, no me desprecies.

Y al decir estas palabras, Francisco Remy se alejó precipitadamente.

V.

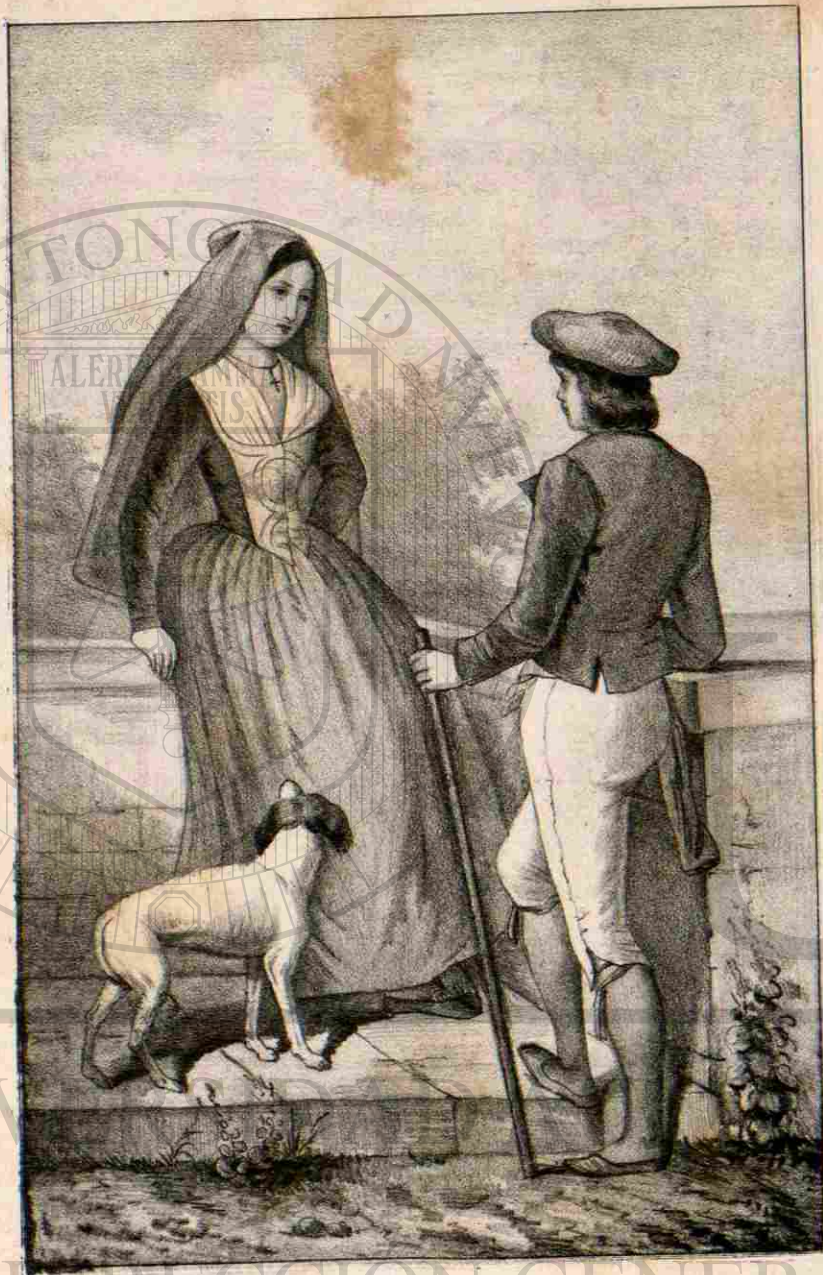
Algunos días despues de esta escena, el matrimonio interrumpido se efectuó en seguida sin ningún obstáculo. Por este matrimonio Margarita tomó el nombre de Madama Gilberto.

Cuando los desposados volvieron á entrar en su casa, derramaron sobre ellos trigo, deseándoles así abundancia y prosperidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Des. de F. G. Torres.

PIRINEOS.

LOS PIRINEOS.

UNA jóven, sentada en la plataforma de una especie de muro rústico, cantaba moviendo su hermosa cabeza que cubría el capuchon cónico de los Pirineos. Su corpiño, perfectamente ajustado sobre un jubon de lana, su pañoleta de una estremada blancura hacia realzar una cinta de terciopelo negro de la que pendía una cruz de oro; todo esto indicaba aseo y comodidad. Fanchette Uloa era una de las mas ricas herederas de Bearn; su padre enumeraba con cierto orgullo sus laderas cubiertas de viñas y sus pasturas regadas por unos riachuelos; y cuando José se dirijia, montado en su mula, de Coaraze, lugar de su residencia, á Pau, enderezaba su cabeza con un orgullo verdaderamente cómico.

La vida no se compone mas que de contrastes. Si un pobre diablo se atreve á enamorarse, siempre es de la mujer con quien no puede casarse. En virtud de esta ley de antitesis perpetua, un honrado mozo, Tomás Ibarreguy, apareció muy triste. Antes era el mas determinado corredor y el mas ágil jugador de pelota; si perseguía á la gamuza en las montañas, la alcanzaba casi en su carrera. Nadie lo vencía en el tiro de la carabina. . . . Pero llegó un dia en que Tomás se separó de sus amigos, y buscó los lugares mas solitarios; ya no hubo cantos alegres ni baile por la noche. Tomás no daba nin-

guna esplicacion sobre su cambio de vida; sus amigos se cansaban de preguntarle, no recibiendo respuesta satisfactoria, y habian dejado á Tomás Ibarreguy entregado á sus melancólicos pensamientos. Solamente las lenguas de las ancianas se ejercitaban en el particular; oyendo á estas hechiceras, el jóven debia de hallarse bajo la influencia de algun conjuro malévol: así es que decian que una urraca habia un dia atravesado el camino que seguia Tomás y que habia volado á la izquierda del caminante: signo funesto. Se añadía que un árbol enorme habia estendido sus ramas sobre la casa de Tomás, señal evidente de desgracia; en fin, que Tomás habia encontrado una noche una alimaña bajo la forma de un perro blanco, en una encrucijada de que partian cuatro caminos, y que *Debrua*, el espíritu de las tinieblas, habia dispuesto arrastrar al pobre jóven al lugar donde los hechiceros se reunen y danzan frenéticamente, á la claridad de una antorcha y al compas de un tambor.

Bien que todas estas fábulas absurdas no reposasen mas que sobre la credulidad popular y que no fuesen espresadas sino en voz baja, habian llegado á oídos de Tomás. Lejos de incomodarse y alterarse por los rumores de que era objeto, se contentaba con decir, sonriéndose tristemente: ¡Insensatos! ¡Creen que el infierno se ocupa de mí, é igno-

ran la verdadera causa de mi pena! Nunca, ¡oh! nunca la sabrán.... ¡No descubriré mi pensamiento tan ambicioso! Esto sería exponerme á la burla de los demás.

—¿Quién soy para atreverme á amar á Fanchette! Un huérfano, educado por la caridad de nuestro buen cura. Es verdad que ahora no hay ningun conductor que gane tanto dinero como yo; ¡sin embargo, son muy débiles mis recursos para igualarse á las riquezas de José Uloa!—Lo mas prudente sería alejarme del pais y tratar de olvidar á Fanchette.

Desde entonces Tomás meditó un excelente plan de partida.

Y á la mañana siguiente volvió á su aldea, antigua estancia del buen Enrique IV.

En este estado se hallaban las cosas, cuando hemos representado á Fanchette, viva, alegre, lozana, respirando la brisa y el perfume de las flores.

Una casualidad, ¡caso lo era! hizo que Tomás Ibarreguy llegase adonde esta se hallaba. Se sonrojó á la vista de la jóven, y aparentó que se alejaba. Pero sus disposiciones interiores lo atraían hácia Fanchette, que risueña se divertía con aquella maniobra. Notando que debía poner fin á la turbación del jóven, le dirigió la palabra:

—Y bien, ¿á dónde vais, Tomás?

—No lo sé, Fanchette.

—¿No lo sabeis! No debéis responder esto. ¿Qué! ¿no tenéis ningun objeto?

—Ninguno, ¡ah! si tengo uno.... me será totalmente imposible esperar.... que....

—¿Por qué vacilais! ¿Os causo algun temor! ¿No somos amigos y compañeros desde la infancia!

—Oh! señorita Fanchette, yo....

La jóven no pudo dejar de reirse.

—Señorita! ¿desde cuándo me dais este título! Queréis tratarme como á una hermosa dama de la ciudad.

—Es verdad, soy un loco, no sé lo que digo. ¿No habeis notado hace tiempo mi turbación y mi tristeza!

—¿Cómo habia de ignorarlo! Mirad, Tomás, he tenido un verdadero placer en encontraros para daros un consejo útil. Se habla mucho de vos; y se refieren asimismo cosas terribles. Tened cuidado.... Estaríais realmente en relacion con los espíritus malignos! Habríais visto en efecto, á la claridad de la luna las *Blanquettes?* (1)

Tomás movió la cabeza y respondió, dirigiendo á la jóven una mirada penetrante y espresiva; que los demás crean en esas necesidades me importa muy poco. Su opinion me es indiferente. Pero la vuestra, ¡oh! la vuestra, Fanchette para mí vale mas que la vida. Volvedme vuestra estimacion, vuestra.... amistad; no creais nada de lo que se dice.

—Con mucho gusto. Pero es preciso que volvais al lado de vuestros amigos, mostrad

(1) Las Hadas.

como lo hacíais otras veces, un rostro alegre, halagüeño; no dejéis de acompañarnos en nuestras fiestas, bailes y cantos. Con esta condicion me vereis como antes.

—¿Gran Dios! ¡no estais contenta conmigo!

—No, sino muy descontenta.

—¿Luego pensábais en mí!

Esta pregunta que acababa de escaparse del corazon del enamorado jóven, turbó á Fanchette. Esta volvió á otro lado su cabeza, fingiendo no haber escuchado nada.

—¿Ah! mirad, dijo ella con viveza, distingó á lo lejos á mi padre, sobre su mula. Corro á su encuentro. Es mejor que no nos vea juntos.

—¿Por qué, Fanchette!

—Porque....

—Porque creeria que yo.... os amo.

—Callad, Tomás.

—Y pronunciando estas palabras con una mezcla de emociion y de disgusto, Fanchette dió algunos pasos para retirarse. Un sentimiento generoso la atrajo hácia el jóven, que inmóvil habia cubierto con ambas manos su rostro inundado en lágrimas.

—Dadme, le dijo ella, una prueba de sumision.

—Todas las que querais.

—No, una sola. Ya sabeis que vuestros amigos han construido en medio de la plaza un vasto teatro, en el que deben representar ante muchos espectadores, esa gran pieza que gusta tanto en nuestro pais....

—¿La muerte de César?

—Justamente.

—Os destinaron un papel y no se atreven á ofrecéroslo. Id y pedídselos vos mismo, y los llenareis de alegría. En cuanto á mí, seré muy feliz con haber contribuido á vuestra mudanza.

—Fanchette, desde ahora seréis obedecida.

Y al decir estas palabras, los dos jóvenes se separaron. Ya era tiempo. El padre Uloa estaba cerca, y aun distinguió á Ibarreguy, que seguido de su perro se alejaba aceleradamente. La indiferencia que José mostraba al jóven se conocia inmediatamente. Fanchette no juzgó conveniente combatir las serias disposiciones de su padre, y marchó silenciosamente á su encuentro.

—No deseó hablarle con respecto á Tomás, dijo José, fumando en su larga pipa; ese muchacho me es enteramente indiferente. Hablemos de tí, hija mia, de tu porvenir. Vengo de Pau, y pasé por San *Flouradou*. (1) cuyo viaje me ha agradado demasiado. He tenido la honra de conocer á un oficial español, llamado Antonio Gonzalez, hombre honrado, que ha servido en las filas de Mina, y me parece excelente para marido.

—¿Cómo! exclamó Fanchette. ¿Habia de casarme con ese español que no conozco!

—Pronto le conocerás. He invitado á don Antonio Gonzalez para que se sirva asis-

(1) Santo imaginarié.

tir á la fiesta de la aldea y á la representacion de la tragedia.

Fanchette no replicó nada; pero su silencio manifestaba mas de lo que callaba; maese José previó una seria resistencia.

Algunos dias despues de las escenas domésticas que acabamos de bosquejar, una multitud considerable de curiosos se agolpaba á la entrada de un vasto teatro de madera fabricado entre unas rocas. La multitud formaba un extraño concierto de gritos, risas y exclamaciones: allí se hallaba toda la petulancia vascongada. Se aumentaron los clamores cuando dos grandes telones separándose dejaron ver la escena decorada con un capitolio que se asemejaba mucho á un arrabal. Entre los espectadores no habian mas graves é inperurbables que dos ingleses, en cuyas facciones no era difícil descubrir su distincion. A corta distancia de estos se hallaban José Uloa, Fanchette y D. Antonio, que se esforzaba por agradar á la jóven, sin que esta se mostrase sensible á los galantes madrigales del español.

Los actores improvisados se presentaron y fueron acogidos con entusiasmo aun antes de hablar. Sus trajes eran de los mas originales: Julio César llevaba sobre un uniforme de guardia nacional una especie de sábana de que habia formado una capa; el cónsul Marco-Antonio tenia uno de los atributos de un guarda campestre, los senadores Cassius, Cimber, Décimo, Dolabella y Casca se hallaban vestidos de cualquiera manera, solo Junius Brutus habia escogido un traje mas conveniente: este papel lo desempeñaba Tomás Ibarreguy. La belleza del jóven resaltaba bajo la blancura de su toga. La admiracion fué general: una especie de instinto celoso hizo palidecer el rostro de D. Antonio que dirigió á Fanchette una mirada investigadora. En cuanto á los dos ingleses, á la vista de Tomás, hicieron un ademán que esplicaba su sorpresa. Al fin de la representacion se oyó un grito unánime:—¡Viva Ibarreguy!

—¡Ibarreguy! repitió uno de los dos extranjeros. Ni una palabra se añadió á esta exclamacion que habia atraido la atencion de Fanchette.

Sin embargo, los ingleses habian desaparecido entre la multitud que comenzaba á agitarse, rodearon el teatro y subieron á la escena por una escalerilla construida al efecto. Ibarreguy, á quien deseaban hablar, se les presentó revestido aún con aquel traje.

Despues de algunas felicitaciones, el mayor de los insulares dijo:—¿Nos reconoceis, querido amigo!

—Tomás vacilaba para responder.

—Comprendo vuestra reserva, añadió el extranjero; os honra demasiado; nos habeis hecho un gran servicio que quisierais sin duda ver sepultado en el olvido. Pero no será así, y quiero manifestar á todos que sir Eduardo Storey no lo ha olvidado.

—Por favor.... murmuró el jóven bernés.

—No, no, debo hablar, mi querido Ibarreguy.

—¿Qué cosa es pues! ¿Qué quereis decir! dijeron á la vez muchas personas.

—Hace seis meses, replicó sir Storey, que mi amigo y yo intentamos subir hasta la cumbre del Vignemale. El viento soplabá con fuerza, la nieve caía en grandes copos; á pesar de la tormenta, insistimos en continuar nuestra ascension. Muchos guias nos precedían. Los senderos se habian puesto resbaladizos. A cada instante nuestros montañeses nos aconsejaban que descendiésemos; pero habíamos resuelto subir hasta la cima del pico y resistimos á todas las súplicas. Repentinamente la nieve cedió al peso de nuestros cuerpos y rodamos hasta el fondo de una barranca. Lo que sucedió, y cómo no nos hicimos peñazos, lo ignora.

El sentimiento del dolor nos volvió á la existencia. Sin embargo, ninguno queria aventurarse á un inmenso peligro para arrancarnos del poder de la muerte. Entonces el mas jóven de nuestros guias llamado Tomás Ibarreguy se arriesgó: "¡Soy huérfano, dijo él, puedo esponer mi vida!" Sostenido por unas cuerdas, descendió con algun trabajo, salvó á mi compañero, volvió á bajar y me libró del peligro en que me hallaba, á costa de muchos esfuerzos heroicos. Luego, para sustraerse de nuestro reconocimiento, huyó y no volvió á su morada, hasta que estuvo seguro de nuestra partida. Ahora, Tomás, no os escapareis así: de grado ó por fuerza, es preciso que acepteis una prueba de nuestro agradecimiento.

—Muchas gracias os doy, milord, dijo el jóven con modestia y firmeza. Mi recompensa está en las palabras que acabais de pronunciar.

—¿Qué! replicó sir Storey con un acento de sorpresa, ¿nos desairais de esta manera!

—No hice mas que mi deber, y mi conciencia me ha pagado suficientemente.

El inglés estrechó la mano de Ibarreguy y se alejó sin añadir una palabra.

Hallándose libre Tomás se aprovechó de la oscuridad de la noche para volverse á la casa de José Uloa. No tenia intencion de entrar, sino vigilarla desde cierta distancia. Evidentemente esperaba á alguna persona.

La puerta principal de la casa se abrió; un hombre apareció en el umbral y habiéndose despedido de los dueños de la casa se alejó. Ibarreguy se colocó en frente para impedirle el paso.

—¿Puedo preguntaros, señor, dijo él, á dónde vais tan tarde?

—Graciosa pregunta me haceis, respondió el hombre. Pero como mi conducta no es misteriosa, satisfaré vuestra curiosidad. Me vuelvo á mi hogar, situado á trescientos pasos de aquí.

—Muy bien, señor. Pero añadiré: ¿No sois don Antonio Gonzalez, oficial español!

—Justamente.

—Pues bien, yo soy Tomás Ibarreguy.

—Ya lo había adivinado.

—¡Habeis venido aquí para casaros con Fanchette Uloa!

—¡Cuántas preguntas!

—Yo amo a esta jóven, la amo con pasión, y os declaro que mientras yo viva no podrá ser vuestra esposa.

—Eso ya lo veremos.

—Sois militar, y por consecuencia debeis ser valiente ... Aquí teneis dos garrotes de igual tamaño. Tomad uno y batimonos. El vencido abandonara todas sus pretensiones á la mano de Fanchette.

El español pareció lleno de un asombro que se asemejaba al espanto. Sin embargo, no tardó en tranquilizarse, y dijo:

—No penseis, amigo mio, que siendo oficial, me bata en un duelo con esta arma propia de un aldeano!

—Os batireis! esta es el arma del vaconado.

—Pero no del castellano.

—¡Cobarde!

—No me injuréis. Mañana, si quereis, estaré á vuestras órdenes ... Pero nos batiremos con espada.

—Mañana, bien.

—Os enviaré mis testigos.

Los dos rivales se separaron. A la mañana siguiente en lugar de la visita de los testigos de don Antonio, Tomás Ibarreguy recibió una carta de Fanchette.

La carta se hallaba concebida en estos términos:

“Amigo mio (puedo daros este nombre puesto que nos conocemos desde la infancia), he sabido vuestro proyecto de duelo. Esto es odioso, y no quiero que se realice. Si me amais, que no vayan las cosas mas lejos. ... Os prohibo espresamente este duelo. Si hacéis lo contrario, inútilmente espondreis vuestra vida, pues jamas me volveréis á ver.

“Fanchette.”

Tomás cubrió ese billete de besos y lágrimas; costaba mucho á su odio y á su orgullo, dejar tranquilo á su rival, ¡pero podía acaso desobedecer?

Tantas agitaciones le hicieron caer enfermo. Durante los accesos de una calentura abrazadora creyó ver algunas veces á su cabecera á sir Storey, Fanchette, y aún al mismo José; vuelto á su estado normal, decía que todas aquellas visiones tan halagüeñas no habrían sido sino la consecuencia de la fiebre.

Un día, que ya se hallaba totalmente restablecido, oyó repicar en la Iglesia de la aldea.

—¿Qué sucede? preguntó él á los que se hallaban en su habitación.

—Hay una ceremonia, se le respondió, en la que vuestra presencia es indispensable.

—¿Mi presencia ... indispensable!

—Ciertamente, añadió el médico. Vestíos pronto. Ya vienen á buscaros.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuántos enigmas!

—Fanchette así lo quiere; poneos vuestra mejor ropa.

—Fanchette lo quiere! Obedezco.

Pronto se escucharon los dulces acordes de los sonoros instrumentos. Una multitud de jóvenes y zagalas amigas de la novia se encaminaban solemnemente hácia la habitación de Ibarreguy, conduciendo un cordero adornado con listones, y entonando unos cánticos nupciales. José Uloa caminaba con paso grave despues de los músicos, llevando un gran pastel. A vista de esta comitiva, Tomás, temblando y participando del temor y alegría, se lanzó fuera de su habitación exclamando:

—¡Oh, amigos míos! ¡si Fanchette es la novia, quién será su esposo!

—¡Tú, amigo mio! respondió alegremente José.

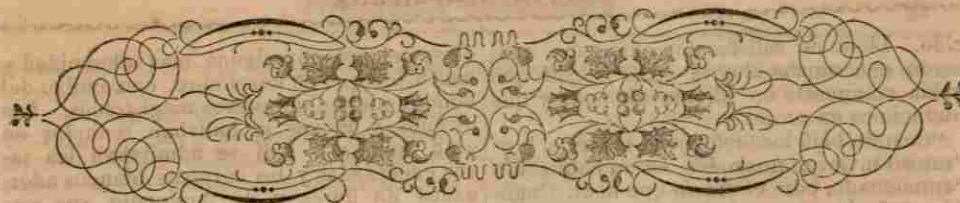
Tomás estaba loco de alegría, y mas cuando escuchó los dulces cantos que comenzaban, y viendo que sus amigos le deseaban felicidad y abundancia regando su casa con trigo y otros frutos. Siguió á la comitiva; solamente José con bastante prudencia guardó el secreto de sir Storey, que consistia en haber compensado la desigualdad de fortunas de su jóven guía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Int. de V. G. Torres

SUTZA



SUIZA.

I.

Antes del trastorno que destruyó en gran parte el valle de Arau, en Argovia, aquella comarca gozaba de una prosperidad que solo podía interrumpir una catástrofe de la naturaleza. Los habitantes de Arau, sin poseer la industria manufacturera de los genoveses, se felicitaban por los recuerdos que les prodigaba su trabajo, y en ninguna otra parte de la Suiza se veía una población más unida.

Entre todos aquellos hombres laboriosos y tranquilos, se citaban con algún temor, algunos astutos compañeros que más les gustaban las rocas y los precipicios, que las poblaciones; cazadores infatigables, eran no menos infatigables contrabandistas; dispuestos á emprender alguna expedición siempre que se trataba de buscar oro; de la misma manera se disponían mejor á disparar sus carabinas sobre los aduaneros, que sobre las cabras y los chivos.

Entre todos aquellos contrabandistas, cuyo carácter turbulento acabamos de bosquejar, el más intrépido era ciertamente Wilhelm Conrado. Tenía 25 años, su estatura elevada y talle delgado, brazos musculosos, bigote fino y largo, ojos azules, llenos de inteligencia, tal era Wilhelm, que, siendo de humilde nacimiento, había debido pedir, si no una buena fortuna, á lo menos lo necesario á su actividad y á su atrevimiento. A quinientos pasos de su modesta habitación adornada principalmente de murciélagos y lechuzas clavados en la puerta, se hallaba la vasta y suntuosa quinta del agricultor maese Hoffman, que poseía á la vez todos los bie-

nes reunidos, si se nota que á las ventajas de poseer muy buenas rentas, unía la satisfacción de mostrar tanto á sus amigos como á sus enemigos, dos hijas encantadoras. Juana y Beaudouine contrastes de la naturaleza, la una era de color rozado, y la otra moreno. En Juana reinaba una dulce alegría y en Beaudouine una benévola gravedad. Si alguna cosa había podido alterar el humor alegre de la gentil Juana, era la perspectiva poco agradable de un matrimonio que tenía que contraer con M. Wolf, el más rico posadero del país. Wolf poseía á media legua de Arau, el hotel más bien servido, al que nunca dejaban de visitar los extranjeros; pero desgraciadamente Wolf era ya un poco viejo y no prometía ser un esposo muy agradable. Sin embargo, Juana, como hija obediente, se hallaba dispuesta á dejarse conducir ante el altar, y disimulaba los suspiros, que la imagen del porvenir, le arrancaban algunas veces.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas, cuando una mañana Wilhelm Conrado, pasó por delante de las ventanas de la quinta de Hoffman. Precisamente Juana y su hermana se hallaban sentadas en uno de los balcones del primer piso.

El hermoso contrabandista llevaba su gracioso y ligero traje: el sombrero ancho, la chupa redonda, sus botines de cuero; además, la carabina colocada á la bandolera en el hombro. Wilhelm se apresuró á dirigir á las dos hermanas un saludo que ellas le correspondieron con otro, añadiendo una sonrisa amistosa. La mirada del joven se fijó particularmente en Juana, que se ruborizó y batió los ojos. Cuando Juana buscaba con su mirada á Wilhelm, este había ya desapare-

cido. Lleno de satisfacción caminaba cantando con mucha alegría estos versos que había compuesto en idioma alemán; y que traducimos en prosa:

“Cuando bajó los hielos y la nieve, el horroroso invierno nos rodea, en mi habitación aprisionado, odio el día en que nací. Cuando en fin la primavera despliega su resplandeciente y verde manto, mi corazón lleno de alegría goza como una flor.

“Cuando mi hermosa con sus compañeras va á perderse en las montañas empleando el tiempo que me estaba destinado odio el día en que nací. Mas cuando su blanca mano me envía un beso con amor, mi corazón lleno de alegría, goza como una flor.

“Cuando en el tiro del arco un rival burlándose de mi derrota pasa vencedor y coronado, odio el día en que nací. Pero cuando abato al pájaro de presa al oso, al cabriollo, con ardor mi corazón lleno de alegría goza como una flor.”

La voz sonora del cantor se extinguía á medida que se alejaba. En aquel instante se escucharon sordamente los pasos de maesse Hoffman y los de Wolf; y como las jóvenes se dirigieron hácia su padre, este último dijo con aspereza.

—Muy bien, muy bien: seguid hilando vuestra rueca. Mejor sería que no interrumpiéseis vuestra tarea por saludar á ese bribón de Wilhelm.

—¿Qué decís! murmuró Juana absorta.

—Sí, sí, replicó el padre, todo lo hemos presenciado á corta distancia, mi amigo Wolf y yo; vimos distintamente que Wilhelm Conrado, os dirigió un saludo al que habiérades podido absteneros de corresponder. En fin, para todo pecado hay indulgencia. Pero otra vez manifestad á ese hombre el desprecio que os inspira.

Beaudouine, cuyo carácter era mas resuelto que el de su hermana, creyó conveniente responder de la misma manera, á la orden espresa de maesse Hoffman.

—¡Manifestar, dijo ella, á Wilhelm Conrado, el desprecio que nos inspira! ¡Eh! ¡por qué le hemos de despreciar! ¡No es muy cumplido con las damas, complaciente, alegre y valiente!...

—Basta, basta, interrumpió Hoffman dando una patada en el suelo; tales elogios no vienen al caso.

—Sí, son muy impertinentes, replicó Wolf. Nunca, estoy seguro, habeis dicho tanto con respecto á mí.

Juana y Beaudouine, sin añadir otra palabra, se pusieron á hilar, mientras que maesse Hoffman y el posadero iban, acompañados de un jarro de cerveza, á formar cálculos de interés que debían conducirlos al matrimonio proyectado.

II.

El domingo siguiente, el baile acostumbra-

do se celebró con alguna mas solemnidad y mas brillo que de costumbre, con motivo del nombramiento de nuevos magistrados. Las jóvenes y mozos se hallaban reunidos en gran número. Allí se admiraban las sayas encarnadas y los corpiños blancos adornados de flores y de terciopelo, sus medias de color, restiradas sobre la fina pierna, los adornos de plata en sus zapatos, el encaje en el pelo y el ramillete en el seno. Los jóvenes se hallaban igualmente vestidos con el mismo gusto. Hubiera podido en la mañana verse á Juana, y á Beaudouine emplearse en sus ocupaciones domésticas, sacar agua, ordeñar, dar pasturas á las bestias; pero en la tarde estaban llenas de gracia, de frescura y buen gusto en cuanto á su tocado. Así es que eran el orgullo de maesse Hoffman, que á la vez gustaba de las delicias de su pipa y de las satisfacciones de su amor propio paternal. En cuanto á Wolf, á quien todos designaban por amante de Juana, no disfrutaba de aquella alegría, y por otra parte se creía el mas alto personaje de la Suiza. En aquel momento, ni Guillermo Tell, ni Arnold de Winkelried, esos hombres que formaron la gloria de su país, le parecía que le igualaban. Sin embargo, los jóvenes, respetando la especie del lazo que existía entre Wolf y Juana no se atrevían á invitar á ésta á bailar, mientras que la pobre joven, deseando valsar, veía á su feliz hermana metida en aquel círculo movable.

Un joven se acercó resueltamente hácia Juana, la saludó y le ofreció el brazo; era Wilhelm Conrado.

Juana estuvo indecisa y permaneció silenciosa, no atreviéndose á rehusar la invitación ni á aceptarla.

Wolf, que se hallaba cerca de Juana, dió una especie de gruñido. Entonces el relámpago de la cólera se manifestó en las miradas de Wilhelm.

—¿Qué es esto! le dijo.—¿Sois acaso el padre ó el hermano de esta señorita, para prohibirle que baile conmigo! ¡Por vuestra vida! ¡no trateis de hacerme sufrir esta afrenta!

Y sin añadir otra palabra, Wilhelm condujo á Juana á la otra estremidad de la sala.

Mientras que valsaban, y debemos decir que los dos lo hacían con mucha gracia, el joven dirigió estas palabras en voz baja:

—Perdonadme, señorita, el haber insistido con alguna tenacidad, tal vez en obtener vuestra mano.... ¡Pero daba tanta importancia á este favor!

—No es gran cosa, respondió en el mismo tono la joven.

—Permitidme, replicó vivamente el joven, que os diga que no soy de vuestro parecer.

—Silencio: nos observan.

Esta palabra: “ros” llenó de satisfacción á Wilhelm Conrado.

—Mas tarde, replicó: debeis, segun sé, casaros con Wolf, con ese estúpido posadero; pero estad segura, señorita, de que jamas

tendreis un amigo mas adicto y mas respetuoso que yo.

El vals terminó: Wilhelm condujo á Juana á su lugar; y como se alejaba lentamente despues de haber saludado á su compañera, pudo escuchar á maesse Hoffman, que decia con un acento de cólera:

—¡Partámos, señoritas, partámos, basta ya de wals!

III.

En la misma noche que siguió al baile rústico, del que acabamos de describir una escena, la naturaleza parecia que quiso hacer expiar á los habitantes de Arau la inocente seguridad de su vida, y la confianza que habian tenido hasta entonces en los recursos de su suelo y los buenos resultados de su trabajo.

Unos sordos crujidos se escuchaban de lo alto de la montaña; se creeria que aquellos rumores lejanos anunciaban una tempestad. Pronto algunos fragmentos de rocas comenzaban á caer, produciendo un estruendo. Esto no era nada todavía, la nieve, eterna corona de las montañas se desprendía de las cumbres escarpadas; se aglomeraba y desmenuaba lentamente, despues á causa de su pesadez, su caída era mas rápida. Un caballo á toda su carrera no seria capaz de atravesar un espacio con mas velocidad. ¡Cuánto fuego en aquella especie de océano blanquísimo! Los copos de nieve rodaban los unos sobre los otros, haciéndose pedazos y sin cesar reanimados por nuevas oleadas aún mas impetuosas. Enormes rocas se desprendían y eran arrastradas por el viento. En vano otras rocas mas considerables parecían poner un dique mas sólido al torrente de la nieve; eran arrebatadas igualmente y bajaban siempre rodando; algunos árboles del valle estaban derribados y destruidos, y la *avalanche* [1] seguía su curso.....

—¡Levantaos, Maesse Hoffman! ¡levantaos, Juana, Beaudouine! ¡levantaos pronto! ¡una *avalanche*! ¡no hay que perder momento!

Y unos golpes vigorosos, dados á la puerta, acompañaban á ese funesto llamamiento.

Sin embargo, los habitantes de la quinta permanecían tranquilos, ó mas bien entregados á las delicias del primer sueño, no sabían cuán precioso era el aviso que se les daba.

La voz repitió mas alarmante y mas fuerte que antes:

—¡Por Dios! Hoffman, Juana, Beaudouine, levantaos! está en peligro vuestra vida! Un momento de tardanza y sois perdidos. ¡No quereis escucharme! Oid, oid que tocan á rebato. Dentro de diez minutos vuestra casa ya no existirá.

La puerta se abrió: Hoffman y sus hijas

[1] Témpanos grandes de nieve que se desprenden de las cumbres de las montañas.

aparecieron con el rostro lleno de espanto y sus vestidos en desórden. Su libertador no dejó que le preguntasen su nombre; los toma, los empuja, los arrastra. Muchas veces volvía la cabeza con inquietud, despues apresuraba su marcha, haciéndola acelerar á los fugitivos. Despues de un cuarto de hora de camino, se detuvo y dijo:

—¡Dios sea alabado; ¡ya estais salvados!

—¡Y mi casa! exclamó dolorosamente Hoffman.

—Está destruida, mi querido señor.

—¡Oh cielo! ¡será posible!

—Escuchad.

En efecto, se oía el crujido de los objetos que la nieve destruía sin cesar con la misma facilidad que lo hubiera hecho con un poco de paja. Al mismo instante, unas antorchas que traían algunos hombres de Arau, alumbraron la escena. Ayudados de aquella luz los tres fugitivos, reconocieron á quien tan generosamente se habia espuesto por ellos; y los tres á la vez exclamaron, pero con distintos sentimientos:

—“Wilhelm Conrado!

IV.

La espantosa catástrofe que acabamos de referir, fué la ruina de los habitantes del valle. Así es que en una hora, aquellas pobres gentes todo lo habian perdido; no solamente las casas, sino aun toda la vegetación habia desaparecido bajo el peso de la nieve y de los peñascos. El valle ofrecía entonces la imágen exacta de lo que debía ser el caos antes de que la poderosa mano de Dios separase los elementos confundidos, é iluminase el mundo desde lo alto de los cielos con el faro benéfico del sol.

Desgraciadamente los recursos principales de maesse Hoffman, consistían en sus propiedades, y estas ya no existían. No tenia ya con que pagar á los obreros para que limpiasen el suelo. Sin embargo, no se afligió demasiado, fundó su esperanza en Wolff, y fué á buscarle.

Wolff se manifestó indiferente; no habia mas que repetir:

—Es una gran desgracia, vecino, una gran desgracia.

—Sin duda, exclamó Hoffman impaciente, es una gran desgracia, lo se muy bien; pero estos desastres pueden remediarse.

—¡Remediarse! dijo Wolff con un aire dudoso, no sé qué remedios pueden tener.

—Os engañais, mi querido Wolff, con algunos fondos podré hacer quitar la nieve y....

—¡Eso pensais! esto costaria demasiado caro. Mirad, obrareis con mas prudencia si con vuestra industria os vais á otra parte. Sois un hombre honrado, un agricultor estimado, no tardareis en tomar en arrendamiento alguna heredad.

—¡Ah! me aconsejais que parta! dijo Hoffman con una voz alterada.

—Es un consejo amistoso.

—¡Partir... con mis hijas!

—Ciertamente. Vos no ireis dejándolas.

—Esta bien, Wolf, ya os comprendo.

—Qué queréis, Hoffman! las circunstancias modifican necesariamente las disposiciones. Siempre me he guiado por la prudencia.

—Ya lo veo. Adios Wolf. Mi desgracia comienza ya á darme una cruel experiencia.

—Sin rencor á lo menos.

Hoffman dirigió una mirada desdeñosa al posadero, y dijo alejándose:

—¡Rencor... á vos! Seria hacer os mucho honor.

El ex-labrador contó los detalles de esta escena á sus hijas. Se quedó admirado de la indiferencia con que Juana recibió la noticia del rompimiento del proyectado matrimonio.

—¡Cómo! le dijo, ¡no te afliges perdiendo un partido tan ventajoso!

—¡Afligirme yo! respondió Juana sonriéndose, para mí es una compensación á nuestra ruina.

V.

Larga y penosa fué en extremo la operación que se hizo para levantar la nieve, los troncos de los árboles y las piedras. Hoffman desesperado, se había alojado en una casa distante una legua poco mas ó menos de su antiguo hogar, y que pertenecía á un pariente suyo. Se afligia con la idea de no poder, como tantos otros, reparar su fortuna.

Un día algunos de los antiguos habitantes del valle, llegaron precipitados á casa de Hoffman, diciendo:—¡Milagro! ¡milagro! el lugar de vuestra habitación esta completamente limpio.

—¡Como es eso! exclamó Hoffman, esto no es posible, yo no he dado órdenes para el efecto, no he pagado á ningunos trabajadores.

—Sin embargo nuestra vista no nos ha engañado.

—Verdaderamente escitais mi curiosidad. Quiero ir yo mismo.

Hoffman no perdió tiempo; en efecto pudo convencerse por sí mismo de que los vecinos habian dicho verdad. Cuando volvió á su nuevo domicilio, él y sus hijas se perdian en conjeturas. Siendo de un carácter supersticioso, Hoffman se atrevia á creer en la intervencion del diablo en sus negocios.

Otro día se le avisó de que los cincientos para una casa estaban puestos en el mismo sitio en que otras veces habia estado su quinta. Quiso sorprender á los constructores misteriosos. Tan luego como la noche se acercó, se dirigió silenciosamente hacia el valle. A medida que se acercaba al terreno

que poseia en otro tiempo, oia distintamente el ruido que producian las sierras, las azadas y los martillos. Ese ruido y aquel continuo movimiento en medio de las sombras nocturnas tenian verdaderamente alguna cosa de extraordinario. Hoffman se sentia sobrecogido de cierto temor; sus piernas vacilaban, un sudor frio bañaba su frente. Sin embargo, se habia adelantado demasiado para poder retroceder, y ya no por el amor propio, sino por verdadero valor, no quiso retirarse sin descubrir antes el misterio.

Repentinamente una voz áspera gritó: "¿Quién vive!" y al mismo instante el cañon de una carabina brilla cerca del pecho de Hoffman. Este no hizo mas que murmurar: ¡Amigo!

—Pasad adelante, replicó el centinela.

Hoffman no esperó á que le repitiesen aquella órden y pronto se volvió á su casa. El temor habia agrandado los objetos á su vista, tanto que nuestro buen hombre aseguraba haber visto á lo menos quinientos diablos entre albañiles, carpinteros y cerrajeros.

Desde ese día, se guardó bien de ir á interrumpir á los trabajadores fantásticos.

No concluía el mes, cuando maesse Hoffman recibió la invitacion para volver á instalarse en su quinta. No quiso pensar en ello, y arrojó la carta al fuego.

Entonces se le escribió de nuevo para participarle que á la mañana siguiente tendria la visita del jefe de los trabajadores.

Concebid cuál seria la admiracion de maesse Hoffman. Ya se figuraba, semejante á Fausto ver aparecer á un Mephistopéles con su sonrisa burlesca, mirada ardiente y sus cabellos de un color rojo semejante á la llama de una hoguera. Lo que á su vista se le presentó fué simplemente Wilhelm Conrad.

—¡Cómo! todavía vos! exclamó Hoffman.

—Yo mismo, mi querido amigo.

—Seriais el autor de esos trabajos maravillosos que...

—Precisamente. Con la ayuda de treinta íntimos amigos míos, he vuelto á edificar vuestra quinta.

—¡Cuanto reconocimiento os debo...! Pero esto es un prodigio.

—Sí, es un prodigio, debido al amor.

—Explicaos Wilhelm.

—No deseo otra cosa... Hace mucho tiempo que amo á vuestra encantadora Juana. Mientras Wolf la solicitaba, la menor esperanza me habia obligado á callar. Pero vuestra ruina, alejando de vuestra hija al avaro posadero, me fia atraído mas que nunca hacia vos.

—Ademas vos fuísteis el que nos salvó la vida en aquella terrible noche.

—No penséis mas en ello. Me considero muy feliz habiéndoo hecho algunos cortos servicios. Escuchadme, maesse Hoffman, no ignoro que estoy muy ageno de merecer la mano de Juana. Pero quiero en lo de adelante, vivir con honradez y trabajando con

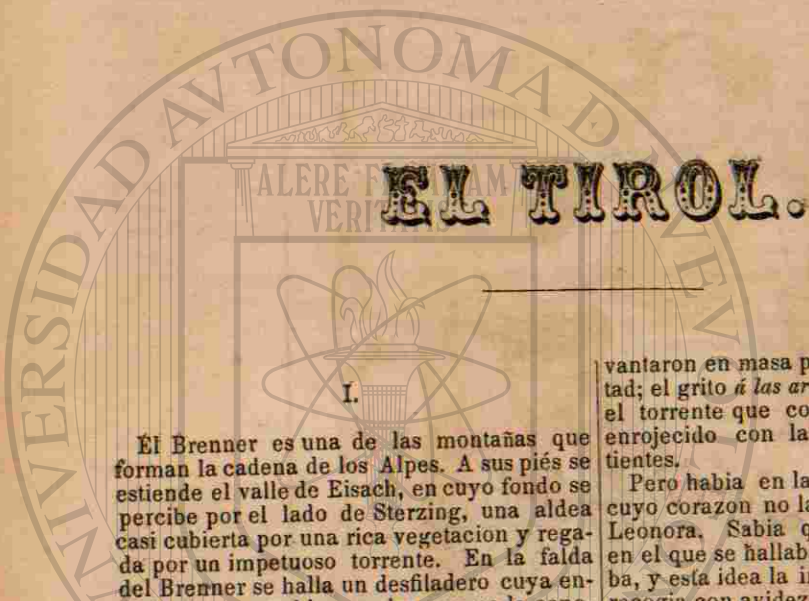
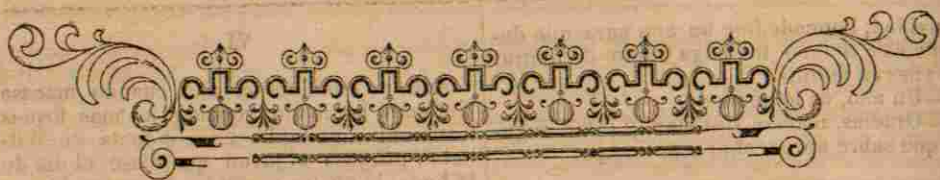
actividad; concededme un año para que durante este tiempo me haga digno de entrar en vuestra familia.

—Un año, os lo concedo.

—Gracias, maesse Hoffman, y estad seguro que sabré aprovechar este tiempo.

VI.

Aún no concluía el año, cuando maesse Hoffman habiendo recogido los mas firmes testimonios de la buena conducta de Wilhelm, propuso al jóven que fijase el día de la boda: la que se verificó á los pocos días.



EL TIROL.

I.
El Brenner es una de las montañas que forman la cadena de los Alpes. A sus piés se extiende el valle de Eisach, en cuyo fondo se percibe por el lado de Sterzing, una aldea casi cubierta por una rica vegetación y regada por un impetuoso torrente. En la falda del Brenner se halla un desfiladero cuya entrada, impenetrable para los que no la conocen, se oculta tras de una roca coronada de una multitud de abetos y maleza. En 1809, época de la insurrección de los tirolese contra los bávaros, este lugar presencié un terrible drama cuyo recuerdo han conservado por mucho tiempo los habitantes del país.

Hacia poco tiempo que una suiza había venido á fijar su residencia en la aldea situada en el fondo del valle de Eisach. Había seguido á su marido, natural del Tirol, y llevado consigo á dos hijos gemelos, un niño y una niña que había tenido en sus primeras nupcias, [pues la suiza era viuda] cuando el hijo era ya un jóven, descontento con la segunda union de su madre, se separó de ésta y fué á presentarse como soldado al servicio de los bávaros; pero la hija, llamada Leonora, permaneció al lado de los nuevos consortes. Por tanto, Leonora lloró la partida de su hermano; solo el amor que abre y cicatriza á la vez tantas heridas, pudo mitigar la pena. Hanz era el mas determinado cazador, y el tirador mas hábil del valle; por otra parte, era tan honrado, como valiente y hermoso. Hanz pidió la mano de Leonora; ésta se la concedió, y todos celebraban la futura alianza, porque los dos novios eran muy queridos de todo el mundo.

Desgraciadamente la tranquilidad pública se perdió. Los tirolese, impacientes por sacudir el yugo tiránico de los bávaros, se le-

vantaron en masa para reconquistar su libertad; el grito á las armas se escuchó, y pronto el torrente que corria cerca de la aldea fué enrojecido con la sangre de los combatientes.

Pero habia en la población una persona cuyo corazón no latía como los demas: era Leonora. Sabia que el regimiento bávaro en el que se hallaba su hermano, se esperaba, y esta idea la inquietaba demasiado. Si recogía con avidez los discursos de su novio, pues Hanz poseía aquella elocuencia persuasiva que da un patriotismo ardiente, interiormente se desconsolaba, de no haber podido atraer á su hermano á la causa de la libertad y del honor.

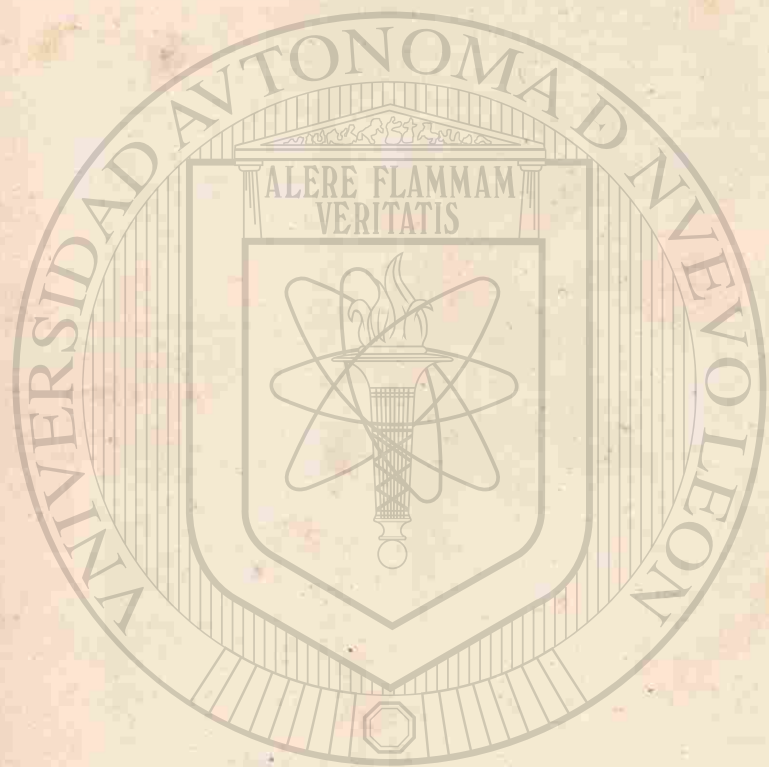
Leonora pasaba los días, y muchas veces las noches enteras esperando en el camino la aproximación del ejército enemigo. Permanecía silenciosa, no comía casi nada. Y no se abandonaba un instante á un sueño febril, sino para comenzar despues con su nueva tarea. Había adquirido tal conocimiento de todas las partes estériles de la montaña, que nadie podía competir con ella sobre este punto.

En esa época el valle se hallaba lleno de soldados, con los que Hanz y sus compañeros defendían el paso del Brenner. Leonora hizo las veces de un centinela. Por lo demas, los senderos conocidos por el cazador de la gamuza, atraieron, sobre todo, su atención, porque suponía, y con razón, que el ejército bávaro trataría de descubrir alguna salida secreta y que probablemente el regimiento en que se hallaba su hermano, compuesto de montañeses y suizos, acostumbrados desde la infancia al impetu de los torrentes y á las asperezas de las rocas, la buscaría para llevar al cabo su expedición. En efecto, ella tuvo pronto la certidumbre de que un solo lugar habia de ser el objeto de su vi-



Int. de V. B. Torres.

TYROL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

gilancia. Las tropas bávaras se dirigieron hacia el Brenner. Leonora, instruida de esta noticia, corrió inmediatamente á ocupar su puesto. Sentada tras de una roca dominaba con la vista el desfiladero sin ser notada.

Todo estaba silencioso y solitario; pero la penetrante mirada de Leonora no tardó en distinguir á lo lejos una gamuza que saltaba por las peñas como espantada por la presencia de alguna persona. Una hora despues, en la misma direccion, una figura humana se dibujó en el horizonte; permaneció mucho tiempo inmóvil, despues desapareció para aparecer de nuevo mas cerca del paso en que Leonora se hallaba oculta. Era un montañes cargado con instrumentos de pesca. Se inclinó hacia el torrente y tiró su hilo con la misma flema de un hombre que no tenia otra intencion que la de llevar á su casa una buena porcion de pescados. Las doce sonaron. Todo en la naturaleza sufría la influencia magnética del calor.

El montañes se enderezó y se dirigió precipitadamente á la cima de la barranca. ¿Sería acaso para ponerse bajo la sombra de los frondosos árboles? No, porque unas veces atravesaba el torrente, y otras se dirigia hasta la cima de las montañas; pero durante estos viajes misteriosos, muchas veces se habia acercado al lugar de la jóven.

En fin, el sol se habia ocultado lentamente tras del Brenner y la noche apareció estendiendo en la inmensidad su sombrío manto. La perseverante Leonora continuó observando, bien que entonces mas se servia del oido que de la vista para descubrir lo que cerca de ella pasaba. El ruido de pasos y el crugido del ramaje, advirtieron á la jóven que el pescador misterioso trataba de encaramarse en alguno de los árboles, cuyas flexibles ramas se doblaban con su peso. Esto fué para la jóven una súbita revelacion: un espía buscaba el secreto del desfiladero, y no estaba muy lejos de alcanzar el objeto de sus investigaciones. Sin embargo, la roca tras de la que se ocultaba la valerosa Leonora se semejaba á una barrera inaccesible, porque era difícil descubrir el estrecho sendero que conducia á la base de aquella especie de ciudadela y cuya entrada estaba por la barranca. Leonora, alterada, jadeando, observaba con mucha atencion por una pequeña hendidura que hacian dos pedazos de roca mal unidos. Repentinamente escucha un ruido que la alarmó. Inquieta dirige su vista hacia el sendero fatal.

En aquel instante la luna salia rasgando las nubes que la envolvian, y su esplendida claridad iluminó el secreto del Paso. Los ojos de Leonora se encontraron con los del extranjero. Inmediatamente este llevó la mano á una pistola que pendia en su cintura, un rayo de luna iluminó sus facciones; Leonora le consideró y le reconoció.... ¡era su hermano!

Era imposible engañarse; la semejanza

4—GEOGRAFIA.

era extraordinaria, parecia que la figura de Leonora se reflectaba mas pálida en un espejo. Nada igualaba al estupor de aquellos dos seres que se encontraban frente á frente, despues de una larga ausencia en medio de aquellas tinieblas: se contemplaban silenciosamente; un temor involuntario paralizaba á la vez sus potencias y sus sentidos.... Un silbido se escuchó á poca distancia, la luna como si tubiese inteligencia con el ejército enemigo se eclipsó de nuevo. Leonora se aventuró, en fin, á hablar á su hermano; pero solo los ecos respondieron á su voz: el espía habia desaparecido. Hela allí en medio de aquella soledad, de la oscuridad de la noche y sin protector. Cierta espanto, muy natural en una mujer, se apoderó de ella; el terrible descubrimiento que hizo acabó de aterrorizarla, mil ideas se chocaban en su agitado espíritu. ¿Qué debía hacer? ¿Sería preciso sacrificar su amante á su hermano, ó su hermano á su amante? Su corazon abogaba igualmente en favor de su hermano y de su amante, y una ternura casi materna le obligaba á escusar á un jóven que no traicionaba á su país y que no obedecia sino las órdenes de su gefe. Y luego aquel compañero, desde su infancia, de sus recuerdos, era tan fuerte, tan hermoso, tan valiente. ¡Cuántas lágrimas de orgullo humedecieron los párpados de la jóven!

Sin embargo las lágrimas no debilitaron su valor. Se volvió apresuradamente á la habitacion de Hanz y llamó con viveza á la ventana del cuarto de su novio. Cuando Hanz vió á las primeras luces del dia, á la pálida Leonora, cuyos sueltos cabellos flotaban, creyó ver un fantasma, y comenzó á murmurar una oracion.

—Nada temais, dijo la jóven, vestíos pronto, tomad vuestras armas, y seguidme sin hacer ruido.

Obedeció y se presentó inmediatamente á su vista. A su aspecto Leonora se estremeció, y conduciéndolo al lugar donde habia encontrado á su hermano:

—Hanz, continuó ella, el tiempo urge: voy á esplicarme, pues, con brevedad. Los bávaros no estan lejos. Manifestaros la distancia, sería cosa imposible. Todo lo que puedo afirmaros, es que están mas cerca de lo que suponeis. Está convenido que un destacamento pase furtivamente por el lado de las rocas para batir á los tirolese mientras que todo el ejército forzará el paso principal. Tengo entendido que mi hermano guiará el destacamento.

Hanz se convenció por su propia vista de la probabilidad de semejante ataque.

—Leonora, exclamó este, habeis salvado vuestra aldea, y tal vez todo el país.

—Escuchad, tengo mas que deciros.

—Hablad, pero apresurémonos á dejar este sitio.

—No, permanezcamos en él, me faltan las fuerzas. Mi hermano, os repito, marchará sin duda á la cabeza del destacamento. Si

alguno de vosotros lo hiere ó mata, si un solo cabello de su cabeza....

—Leonora, acabad.

Leonora se arrodilló en la roca, y levantando sus brazos hacia el cielo, dijo:

—Si se vierte una sola gota de su sangre, juro....

—Y yo....

—No jureis. Sé que os conducireis como un hombre honrado. En cuanto a mí, juro no ser vuestra jamás si el secreto que os he confiado llega á ser fatal á mi hermano, porque entonces, Dios nos maldecirá; mas espero que cuando hallais reconocido una persona parecida á mí, ¡os acordareis, no es verdad, mi querido Hanz, que es el hermano de Leonora!

Y la joven sollozaba, sostenida por su amante.

—¡Qué el cielo me abandone si lo olvido alguna vez! exclamó Hanz.

Apenas había concluido estas palabras cuando la detonación lejana de un cañon anunció que el ejército enemigo atacaba las avanzadas tiroleseas. Hanz estrechó á su amante contra su corazón y corrió á unirse con sus compañeros.

Pronto distinguió el cuartel general de los tiroleseos en el mayor orden. Hofer se hallaba en medio de sus enemigos; á cada minuto un mensajero llevaba las noticias; los movimientos de los bávaros eran observados como si maniobrasen en campo raso. Ningun sentimiento, si no era el de la impaciencia, se manifestaba entre las filas. Algunos coros destacamentos estaban encargados de interceptar el paso al enemigo en la falda de las montañas; pero el cuerpo principal ocupando un puesto mas ventajoso, estaba resuelto á sostener en él un ataque decisivo. En aquel instante la advertencia de Hanz produjo poco efecto, porque no se fundaba sino en las palabras de una joven fabulosa. Hanz por otra parte, tenía rivales celozos de sus felices sucesos en la caza, en el tiro y en el amor. En lugar de creer en sus revelaciones se contentó con dejar la escaramuza al enemigo.

—Os arrepentireis de vuestra resolución, dijo el cazador de gamuzas, sumiéndose con indiferencia su fieltro hasta los ojos y disponiéndose á marchar. En cuanto á mí, me avergonzaria si renunciase á contribuir para el bien de mi país porque sus intereses hayan sido confiados á hombres torpes ó pícaros. Corro pues á colocarme solo, como una barrera animada entre el tirano y la víctima. Hanz partió. Una hora despues entró seguido de su perro favorito; en la estancia de su amante.

Leonora, dijo él, tal vez ya no me volveréis á ver; os dejo mi perro; si muero, conservad en vuestro poder este fiel animal, por mi amor; acordaos tambien que en vos dejo todo lo que adorada en el mundo, todo.... excepto mi país.

Despues que la hubo abrazado, desapareció.

—¡Hanz! exclamó la joven precipitándose hacia la puerta, acordaos que sois la vida de Leonora.

—¡Adios, adios!

El perro arrojó un prolongado aullido y la joven buscó en la oracion un alivio á su dolor.

Tranquila un instante por sus piadosas meditaciones, Leonora sintió de nuevo la aflicción que desgarraba su alma. Mil ideas espantosas asaltaban su imaginación. Ya se figuraba oír rumor por la barranca, ya se disponía á buscar á su amante; pero un secreto presentimiento la detenía, y se sentía desfallecida. El perro levantándose repentinamente recorrió la habitación entera con inquietud; volvía como loco, lloraba y veía á la amante de su amo. Leonora sentía oprimirse su corazón.

—Gran Dios, murmuró ella, arrojando un grito de espanto. ¡Hanz habrá olvidado su promesa! ¡Por qué lloras así, pobre animal! ¡Qué vision se te ha representado!

El perro seguía aullando y lamia los pies de la joven; luego arañaba sin cesar la puerta. Leonora la abrió, en fin, y desapareció dando un alegre ladrido: Leonora cuya vista estaba inquieta, y sus mejillas abrazadas por la calentura se dejó caer desfallecida sobre una silla.

Hanz había tomado el camino del paso misterioso: se colocó allí inmóvil, recostado hacia dos horas y abrigado por la enorme roca que había sido el punto de observación de Leonora; estaba decidido á defender la entrada, con peligro de su vida, hasta que tuviesen tiempo sus compañeros de darle socorro. El desfiladero era por otra parte, tan estrecho que no era posible sostener ningún combate, sino con un solo enemigo á la vez.

Por tanto no había un bávaro que se presentase. El cielo se oscureció gradualmente, y una fuerte lluvia calló sobre la tierra. Hanz fastidiado ya, casi comenzó á dudar de la sinceridad de Leonora; dejó su lugar y se ocultó al abrigo de los abetos y maleza para examinar el desfiladero y su salida.

Luego se adelantó mirando de uno y otro lado, cuando un rumor sordo, que salía del fondo de la barranca, le reveló la presencia de los bávaros. Estos, ocultos por las rocas que se hallaban á un lado del torrente, caminaban pensosamente por la orilla. Espesos matorrales cubrían la montaña desde el fondo de la barranca hasta el estrecho en que Hanz se encontraba. El joven cazador tirolese tomó el partido mas conveniente, el de asegurarse de aquellos contra quienes tenía que combatir de una manera tan desigual. Recorrió la montaña y vió que era preciso bajar todavía un declive muy rápido, y cuya superficie habían destruido las lluvias. Y como esperaba poderlo subir agarrándose de la rama de un árbol, se lanzó intrépidamen-

te hasta la cima de la roca. Por desgracia una piedra que se desprendió de la cima cayó. La rápida mirada que Hanz dirigió al fondo del torrente, antes de retirar la cabeza fué suficiente para convencerle del peligro que amenazaba á su país. Setecientos hombres se hallaban debajo de el caminando por el estrecho declive, con tanta union y orden como si fuesen por un ancho camino; la firmeza con que llevaban las armas y el aspecto de aquellos hombres era verdaderamente imponente.

La caída de la piedra tan funesta á los proyectos de Hanz alarmó á los soldados que componian la vanguardia; pero la atribuyeron primero, á la violencia de la tempestad que aun continuaba. Este incidente, sin embargo, suscitó por lo mismo una viva discusión. Hanz escuchó la palabra: "¡Alto!" circulando de una en otra compañía. Repentinamente el destacamento se detuvo. Despues una voz áspera, interrumpiendo el profundo silencio que reinaba, dijo:—No daré un paso mas adelante; no debemos esponernos á los peligros imprevisos por el gusto de un solo hombre! ¡Mil cartuchos! estamos aquí para jugar, mientras que nuestros camaradas trabajan activamente por el otro lado de la montaña!

—Ademas, replicó otra voz, acaba de caer una piedra sobre nosotros; ignorais las astucias de que son capaces estos condenados montañeses, y si nuestro guia muere antes que hallamos llegado al Paso Secreto, ¿cómo le descubriremos despues? ¡Dónde cenaremos si no lo hacemos esta noche en Sterzing!

Un murmullo de aplauso siguió á este discurso, mientras que Hanz teniendo dispuesta su carabina, trataba de descubrir al guia del que dependía el buen suceso de la expedición. Pronto una voz que parecia salir de una eminencia opuesta, no lejos del torrente, interpelló á la vanguardia con un tono de desprecio:—Camaradas no he abusado de vosotros; solamente los peligros del camino os han hecho figurar el tiempo largo. En cuanto á la distancia, os aseguro por mi honor que no estamos mas que á doscientos pasos de nuestro objeto; os lo puedo mostrar con el dedo. Es cierto que hasta ahí vuestra seguridad depende de la mia; pero ¡no os fiareis aún por algunos minutos en la suerte, que hace muchas horas os favorece! ¡Pues bien! todo el que no quiera seguirme, y pretenda volverse lo concideraré como un cobarde, porque se necesita de acciones y no de palabras. ¡Los que no tengan confianza en mí, que se alejen, y los demás siganme! Adelante para la Baviera; ¡marchemos!

Hanz dirigió su carabina hacia la eminencia de donde salió la voz; pero el orador había ya desaparecido, y la columna se había puesto ya en movimiento. Entonces el tirolés se deslizó á lo largo de las rocas; colocándose luego tras de los espesos matorrales de la cima, trató de nuevo de reconocer al guia en-

tre los hombres del destacamento. Una multitud de soldados le rodeaban y le ocultaban á sus miradas. Se dirigió á un punto mas elevado, en cuyo lugar murmuraba el torrente. Desde allí pudo fácilmente distinguir á todo el que se ponía al abrigo de las rocas. El guia por su parte había precedido á sus camaradas y se hallaba frente á la roca. Hello ahí frente á frente con el tirolés. Era un joven de talle delgado y gracioso, y con un rostro poético y encantador.

Hanz vaciló, su vista se turbó, la sangre refluyó en su corazón. ¡Se creyó el juguete de una espantosa alucinación, porque tenía ante su vista la imagen de Leonora! ¡Ese guia era el hermano de su amante!

¿Cómo pintar la angustia del desgraciado Hanz! Esto fué para él una agonía que duró un instante; pero que le pareció un siglo. El joven se lanzó hacia la roca con orgullo, é impaciente. Los bávaros arrojaron un grito de alegría á la idea de salir en fin del abismo en que se hallaban sepultados hacia mucho tiempo. ¡Oh! entonces un sudor frio inundó el cuerpo de Hanz, el eco de un cañonazo lejano se escuchó, la entrada principal había sido forzada, los enemigos iban á dar el asalto. No había ya esperanza ni salud para el país.

El cazador tirolés, se puso pálido, sus músculos se crisparon, el recuerdo de Leonora se borró de su memoria; todo desapareció ante el peligro de sus amigos. Disparó, y el hermano de su amante rodó en el abismo....

Un gemido recorrió las filas; despues Hanz no escuchó sino el ruido que producía un cadáver arrastrado por el impetuoso torrente. Los bávaros dirigieron sus fusiles hacia el lugar de donde había salido el tiro; esperaban ver en las alturas una multitud de montañeses. No percibieron sino á un hombre de pié en la cima, su carabina inclinada y contemplando con un aire salvaje las manchas de sangre que flotaban en el agua. La sorpresa y la confusion se apoderaron de todos los espíritus; cincuenta fusiles se dispararon á la vez sobre Hanz, las balas partieron llevándose el sombrero del tirolés y un pedazo de su vestido. Parecia que un poder invisible le protegía, porque nuevas balas le envolvieron en un torbellino de polvo dejándole ileso. El triunfo, el secreto del paso se salvó..... Al mismo tiempo se oyó un prolongado ladrido. Un perro jadeando apareció. Era el de Hanz. El animal recobró aliento, contempló por un minuto aquella terrible escena, saltó y pasó el desfiladero, cuyo secreto había descubierto.... Los bávaros renunciaron á vengar á su guia; se precipitaron á la entrada de la roca, pero Hanz había tomado la delantera. Combatió con el encarnizamiento de la desesperación, herido y cubierto de sangre defendía sin cesar el estrecho sendero hasta que sus compañeros de armas tuvieron tiem-

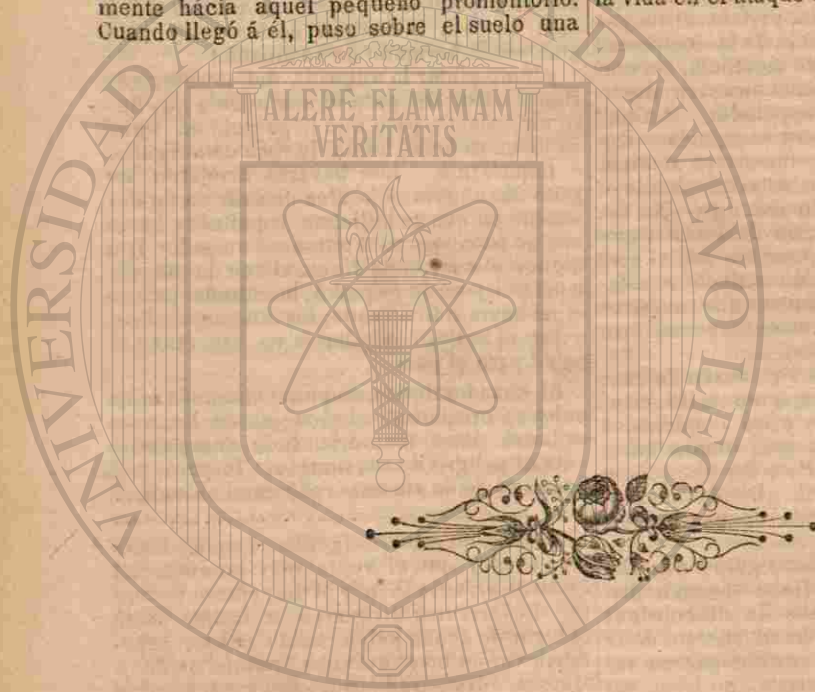
po para socorrerle y vencer la columna enemiga.....

II.

No lejos de la base de la roca en que Hanz habia combatido tan valerosamente, se levantaba una pequeña eminencia de tierra, coronada con una cruz.

Algun tiempo despues del acontecimiento que acabamos de referir, una muger, cuyas facciones alteradas se ocultaban bajo la gasa de un largo velo negro, se adelantó lentamente hacia aquel pequeño promontorio. Cuando llegó á él, puso sobre el suelo una

canasta que traia en el brazo, se arrodilló con aire humilde, tomó de la canasta algunas guirnaldas de flores, que colocó cuidadosamente en aquella cruz y se puso á orar. Su velo fúnebre, levantado por el viento habria permitido al viajero que pasase en aquel momento cerca del Paso, ver las abundantes lágrimas que inundaban el rostro enflaquecido de la desconocida; pero tal vez el viajero no hubiera adivinado que aquella muger era Leonora, y la tumba ante la que lloraba la infortunada jóven era la de Hanz, el valiente cazador tirolés que habia perdido la vida en el ataque del Paso—del Brenner.



UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Lit. de V. G. Torres.

ALEMANIA.



WURTEMBERG.

I.

Una hermosa casa de campo, situada á poca distancia de Reutlingen y cerca de la Selva-Negra, tenia por habitantes en 1820 los mas felices de todo Wurtemberg. Estos se reducian á un padre y su hija. El padre llamado Hermann, habia, durante las guerras del Imperio, mostrado como militar mucha aptitud y valor; á su vuelta se le recompensó confiándole la plaza lucrativa de colector de contribuciones. Distribuyendo el tiempo entre los deberes de su empleo y la educacion de su querida Bertha, muchas veces repetia: "He encontrado el reposo en la tierra; mis deseos son limitados; que vea una vez casada á mi hija con un valiente mozo, y moriré satisfecho." Algunas tardes se reunian al rededor de su chimenea dos ó tres amigos, antiguos compañeros de armas. Ahí entre un jarro de cerveza y una pipa bien rellena se conversaba de lo pasado, la batalla de Austerlitz sobre todo, en que los Wurtemberges habian marchado bajo los órdenes de Napoleón.

Es preciso confesar, decia con cierto orgullo patriótico el buen Herman, que nuestro pais no puede por su poder y número de habitantes, compararse con el Austria, la Prusia, la Sajonia; sin embargo, el Wurtemberg tiene otras ventajas que ninguno intentará disputarle: nuestro clima es delicioso y sano, entre-nosotros hay muy buen cultivo y el suelo es fértil. Nuestros bosques en que la

caza abunda, nos ofrecen, así como los rebaños, innumerables recursos. Sabemos ademas explotar ventajosamente las minas de fierro, de sal mineral, nuestras canteras de mármol de pizarra &c. Nuestra industria manufacturera hace rápidos progresos. Nuestros ejércitos, aunque poco numerosos, puesto que no debemos al ejército federal mas que 14.000 hombres, siempre se han hecho respetar por su disciplina y valentia; en fin, nuestro último soberano, Federico, que ha sido el primer rey de Wurtemberg, ha sabido á pesar de los graves acontecimientos que han agitado su época, engrandecer sin cesar sus Estados, debido á la amistad de Napoleón y despues á la proteccion del congreso de Viena. Me hareis ver que nuestra capital, Stuttgart, no es magnífica, si se compara con las otras grandes ciudades de Alemania, Munich, Dresde, Viena, Berlin: pero poco importa, segun entiendo; aprecio mejor encontrar menos lujo en la capital, y poder admirar nuestras hermosas poblaciones llenas de una propiedad resplandeciente.

—¡Bien dicho! exclamaron los amigos y particularmente el gordo del mayor Ollendorf. Mi antiguo camarada, ya nos lo habeis dicho muchas veces; pero siempre os escuchamos con nuevo placer, ¡Bebamos á la gloria de Wurtemberg!

Y los vasos llenos de cerveza espumosa se chocaron fraternalmente; y las pipas descargaron su nube de un humo blanco. Luego uno de los asistentes invitó á Berta á que

se sentase al piano. Sin hacerse rogar, la encantadora joven dejó su costura, y poniendo sobre el teclado de marfil sus ejercitados dedos tocó una de esas melodías alemanas que conmueven el corazón.

Cuan deliciosas pasaban aquellas tardes. Herman se representaba de esta manera el porvenir, arreglando las cosas á su idea, y muchas veces decía: "Casar á mi hija, con uno de esos valientes mozos, y mi yerro habitará bajo mi techo, y fumaremos juntos."

Un acontecimiento tan espantoso como imprevisto debía destruir aquella paz y anondar sus proyectos.

II

Hermann salía un día á caballo algo lejos para recoger sumas importantes; recomendó á su hija que le tuviera preparadas berzas cosidas para las ocho de la noche. Dieron estas sin que Hermann volviera. Las nueve, las diez, las once, las doce... nada! A la mañana siguiente, Bertha que habia pasado toda la noche en una agitacion imposible de describir, salió de su casa en el mayor desorden; en vano los vecinos se esforzaban en tranquilizarla.

—Paciencia, hija mia, paciencia, le decian; tal vez vuestro padre, fatigado por el camino, se habrá quedado á dormir en alguna quinta, pronto le volveréis á ver.

—¡Oh no! esclamaba Bertha, mis presentimientos no me engañan; sentí la misma pesadumbre cuando perdí á mi pobre madre; ¡una voz secreta me dice que mi padre ya no existe!

—¡Locura! ¡locura! vá á volver.

Pero los vecinos se engañaron; Hermann no volvió á Reuttingen. En vano la policia practicó las mas minuciosas pesquisas; en vano se registraron todas las partes de la Selva-Negra que está cercana á la ciudad; fue imposible recoger ningun indicio que pudiese dar alguna prueba sobre la suerte del infortunado recaudador. Todos creían que habia sido asesinado y enterrado por algunos bandidos.

Justamente, en aquella época habia en el círculo una multitud de ladrones muy afortunados. Su jefe, aventurero de los mas intrépidos, se llamaba Karl; se sabia que jamás perdonaba al viajero á quien despojaba, y su temeridad llegaba hasta el punto de sostener un combate con los gendarmes que se mandaban en su busca. Por lo demas, como era muy natural, la opinion pública atribuía á ese hombre la muerte de Hermann.

Bertha, tanto como hasta entonces habia vivido tranquila y feliz, tanto se sentia entonces agobiada por el dolor y espantada por la soledad que reinaba á su rededor, si tomaba su labor lo hacia sollozando; si se sentaba al piano no se oían de aquel instrumento sino sonidos melancólicos, y repentinamente sus manos permanecian inmóviles y heladas sobre el teclado. Otras veces, la joven, colo-

cándose en la ventana pasaba muchas horas en una melancólica meditacion. Si cantaba era para murmurar esta triste balada de Juan Pedro Hebel.

SOBRE UNA TUMBA.

"Duerme en paz, duerme en paz en tu lecho fresco. Estás reclinado tras quítilamente sobre la arena, y los guijarros; mas tu pobre cuerpo no lo siente. Duerme en paz.

"La plumazon bien removida está abultada y fresca sobre tu corazón; mas descansas tranquilamente y esto no te hace mal. Duerme en paz.

"No escuchas mis votos y mis quejas! ¡Valdría mas que pudieses escucharlas! ¡oh! ¡no,

"no! ¡Ahora eres feliz! ¡ojalá te acompañase! ¡Entonces estarias mejor! ¡Nos amábamos tanto!

"Tú duermes; no escuchas el sonido de las campanas, ni la voz del pregonero, cuando ronda la ciudad!

"Cuando hay relámpagos en el cielo sombrío, cuando el rayo hace crugir las nubes, la tempestad pasa y no te despierta.

"Tú no piensas, por la gracia de Dios, en todo lo que nos atormenta del día á la noche, ahí en tu tranquila estancia!

"Oh! tú eres muy feliz, muy dichoso! ¡Tus dolores ya no te hacen daño en la tierra fresca.

"Si estuviese contigo, todo estaria bueno; pero aquí estoy sentada, sola y triste, sin consuelo, sumergida en un amargo pesar!

"Pronto, si Dios quiere, mi término llegará, y alguno me cavará tambien una fosa.

"Cuando me halle en ella, cuando ya no respire y entonen el canto del sueño, arrojarán sobre mí la plumazon, y adios!

"Entonces dormiré tan tranquila como tú; ya no oiré el sonido de las campanas. Dormiré juntos hasta la mañana del domingo que se levante el sol.

"Cuando este domingo llegue, cuando los ángeles entonen el cántico de la mañana, ambos nos levantaremos sanos y alegres.

"Habrá entonces una nueva iglesia, y brillará la resplandeciente aurora; entraremos en ella los dos y cantaremos allí "la aléluya!" [1]

III

Delante de Bertha permanecía un joven tan bueno como hermoso, tan valiente como afortunado, Othon Dietrich, guarda-bosque de la corona. Hemos pintado en pocas palabras la persona y el carácter de Othon; añadiremos que en muchas circunstancias habia manifestado una inteligencia poco comun, y que todas esas cualidades le habian adquirido la estimacion de sus gefes. Despues de mucho tiempo Othon pudo encontrar un partido ventajoso; pero tambien habia visto á Bertha;

[1] Traducción al frances de Seb. Albin.

ademas, desde el dia en que la hija de Herman se le habia presentado, su destino se habia fijado. Su timidez y el temor de ser desairado lo habian hecho circunspecto, no se trevió á descubrir su corazón á Bertha sino hasta despues del terrible acontecimiento que ya hemos referido. Aún no le decia que la amaba; sus miradas, la emocion de su voz, sus visitas frecuentes, revelaban su secreto. En cuanto á Bertha, vertiendo algunas lágrimas, no pronunciaba mas que estas palabras: "Padre mio! ¡pobre padre mio!" No dudaba que Hermann hubiese sido víctima del famoso Karl: el nombre de ese vandido pronunciado ante ella la hacia estremecer y la aterrorizaba. Una tarde que se hallaba muy triste y sentada en su ventana, apoyada contra el marco de madera, vió á Othon que no atreviéndose á presentarsele, pasaba sin cesar por la calle. Ella le hizo seña de que se acercase; en un momento se puso á su lado. Bertha notó la extraordinaria turbacion del joven.

La joven tomó á Othon por la mano y lo condujo ante un retrato de Hermann:

—Habeis conocido, dijo ella, y apreciado á aquel cuya imagen teneis presente.

—Sí, Bertha, y daría toda mi sangre por volverle la vida.

—Ojalá pudiera efectuarse este milagro, replicó Bertha. Yo seria la que ofreceria la mia en cambio de esa preciosa existencia. No pensemos en esto. ¡Quereis que os diga lo que medito hace tiempo!

—Hablad Bertha.

—He cobrado un aborrecimiento implacable al asesino de mi padre...

—¡No lo conocéis?

—¡Qué! ¡ignorais que Karl, el jefe de esos bandidos, es el único capaz de cometer este crimen! Ofresco mi mano al hombre que sea bastante intrépido para que haga espíar á Karl el asesinato de mi padre.

—Bertha, esclamó Othon, yo seré ese hombre.

El rostro del joven parecia reanimarse por el entusiasmo y el amor. Bertha se estremeció; observó que su ternura filial la habia conducido demasiado lejos, quiso retractarse; pero ya no era tiempo.

—¡Juro, continuó el joven, delante de este retrato, y por la buena memoria de Hermann juro hacer sufrir á Karl una fuerte venganza!

Y sin dar tiempo á Bertha para mejorar su proposicion, salió precipitadamente de la habitacion.

IV

La parte de la Selva-Negra vecina á Reuttingen era en extremo frondosa, espesa, sombría, ofreciendo un lugar á propósito para las exploraciones aventureras de los bandidos. Othon juzgó pues que aquel intrincado laberinto habia de ser la residencia de Karl. Se internó resueltamente. Como tactico prudente y experimentado llevó proviciones pa-

ra algunos dias. Sabia que si caia en las manos de los bandidos seria muerto sin piedad en caso de ser reconocido por el guarda-bosque: llevaba un traje de paisano y ocultas sus armas bajo de una larga hopalanda de paño gris. En la noche caminaba acechando mirando y escuchando, ocultándose tras de unos árboles.

La tercera noche, se acercó á una especie de encrucijada en cuyo fondo estaba un enorme roble cóncavo. La luna brillaba en el cielo; Othon percibió á cuatro hombres que marchaban con precaucion. Esos hombres se acercaron al roble; uno de ellos dijo entonces:—El capitan debe habernos dejado aquí sus instrucciones.

Metió el brazo en el centro del árbol y sacó un papel que los bandidos abrieron con viveza y leyeron á la claridad de la luna lo que sigue: "Yd mis valientes camaradas, bajo el disfraz convenido, á explorar el terreno para nuestra próxima expedicion contra el castillo del conde de Adelsberg; mañana temprano estaré en la encrucijada del roble para tomar conocimiento de lo que hallais hecho durante estos ocho dias.—Firmado: KARL."

Una idea súbita, caballerosa habia pasado por la imaginacion de Othon. Tan luego como los bandidos se alejaron, escribió sobre una hoja de papel lo siguiente:

"KARL,

"Eres un miserable, tu nombre llena toda la poblacion de terror; recientemente has despojado y matado á un anciano, padre de una joven á quien amo. De este último crimen te pido cuenta. Si tienes tanto valor como se asegura, procura hallarte solo, mañana en la noche, en la encrucijada del roble; vendré para batirme contigo. Acepta este duelo que te propongo; tal vez sucumbiré, pero la muerte me será preferible al dolor de no poder casarme con la que amo mas que la vida.

"Sé en esta ocasion tan leal como tu enemigo.—OTHON DIETRICH. Guarda-bosque de la corona."

Despues de haber colocado esta carta en la concavidad del roble, Othon se alejó bastante para poner una distancia regular entre su enemigo y él, y sin embargo, no mucho para poder encontrar fácilmente el camino de la encrucijada.

V

Así como la víspera, los rayos de la luna iluminaban la encrucijada cuando Othon entró. El corazón le latía con violencia; esperaba una traicion, y desde antes habia hecho la resolucion de sacrificar su vida. Pero se sorprendió cuando distinguió á un hombre solo, parado é inmóvil contra el árbol.

Los dos adversarios se saludaron con la mano; despues el capitan dijo friamente:

—¿Sois Othon Diertrich?

—Sí.

—Descubrios.

—¿Para qué?

—Poneos á la luz.... para que os reconosca.

—Con mucho gusto. Nunca me oculto á las miradas de mis enemigos.

—Sí, sois Othon Diertrich, replicó el capitán.

E inclinando su cabeza, pareció entregado á sus meditaciones. Othon comenzaba á impacientarse.

—¿Qué significa este ecsámen preparatorio? exclamó. Vengo á batirme; ¿estais dispuesto?

—Todavía no.

—Y pasais sin embargo por un hombre de un valor á toda prueba?

—Creo merecer esa reputacion.

—Entónces, en guardia.

—No Othon, no nos batiremos.

Othon retrocedió estupefacto.

—Entónces ¿á que habeis venido aquí?

—Para haceros un servicio útil y recobrar vuestra estimacion.

—¿Mi estimacion.... vos!

—¿Por qué no! No os apresureis á juzgarme sin saber si soy mas digno de piedad que de desprecio.

—Necesitais mas de un confesor, dijo desdenosamente Othon, que de un adversario.

—Necesito.... de tu amistad.... de tu perdon....

—¿Oh cielos! ¿que estais diciendo!

—Karl lloró. Repentinamente recobró su firmeza y prosiguió así:

—¿Othon, te acuerdas de una pobre viuda que habitaba Ulm y que tenia dos hijos, Othon y Federico?....

—¡Gran Dios! proseguid

—Othon era afable, Federico ardiente, impetuoso. Toda autoridad y respeto eran insoportables á Federico. Se alejó despues de haber cometido mil calaveradas de jóven.... La pobre viuda murió en el dolor, no dando su bendicion sino á Othon....

—¿Acabad! ese Federico....

—Despues de muchas aventuras en que arriesgó su vida y su honra, el desgraciado, arrojado de la sociedad, aborreciendo á sus semejantes tanto como era aborrecido, tomó un partido estremo. Se puso á la cabeza de unos bandidos.... Federico tomó el nombre de Karl; ¿está ante tí, ante su hermano!

Acabando estas palabras, el bandido se descubrió la cabeza. Othon vaciló un instante; pero guiado por el instinto de la naturaleza, tendió los brazos á su hermano, que se precipitó arrojando un grito de alegría.

Despues de un momento de desahogo el guarda-bosque sintió la reaccion de la mo-

ral; sintió cierta repugnancia en estrechar contra su pecho al bandido cuyo honor estaba manchado por sus asesinatos. Federico adivinó el pensamiento de su hermano.

—Te comprendo.... y te escuso, dijo tristemente: te es penoso encontrarme en esta condicion. No me reconvengas, pues seria inútil, puesto que, segun toda probabilidad, vendré á acabar mis dias en un cadalso. Pero al menos que uno de los dos sea feliz y honrado. Sígueme, te preparo una sorpresa agradable.

El capitán silvó fuertemente. En ese instante aparecieron diez ó doce hombres; encendieron unas antorchas, y la corta cuadrilla siguió en silencio un largo estrecho á cuyo estremo se encontraba una gruta. Un bandido entró en ella y no tardó en salir, conduciendo á un anciano que traia los ojos vendados.

Era Hermann.

—Prisionero, dijo el capitán, os doy la libertad á pedimento del valiente Othon Diertrich. Este jóven creyendo que os hallabais en mi poder no ha temido venir solo á la selva que es mi reino, para instarme á un combate singular. He admirado su audacia, y hé aquí por lo que os doy libertad sin rescate. Othon os dirá él mismo la recompensa que desea.

—¿Mi hija sin duda? preguntó Hermann sonriéndose.

—Justamente respondió Othon: escusad mi temeridad.

—¿Si la escusot!.... La bendigo. Gracias capitán; al despojarme de mi dinero me habeis concedido la vida.... os habeis manejado bien. Adios.

—Os conduciremos hasta la salida de la selva, dijo Federico, porque no podriais hallar el camino.

Cuando llegó el momento en que debian separarse, el dia comenzaba á despuntar, Othon vió dos lágrimas que brillaban en los ojos de Federico.

—Hermano mio dijo este en voz baja, ¿me perdonas!

—¿Ah; si te perdono.... y te compadezco.

—Sé feliz.

—¿Y tú! ¿Gran Dios!

—He sido un perverso y debo sufrir el castigo por mis faltas.

VI.

Los dos hermanos se separaron y jamás se volvieron á ver. Solamente algun tiempo despues, circuló la noticia de que el famoso Karl, arrepentido de sus crímenes, se había retirado á un convento de Munic donde murió despues de haber expiado sus faltas por medio de la penitencia.





Lit. de V. G. Torres.

VENECIA.



VENECIA.

La historia que vamos á referir pasó en Venecia, en el siglo último. Es demasiado simple. Cuatro personajes solamente fueron sus actores. Pero antes debemos trasportarnos á Padua.

En 1750, vivia en esta ciudad un honrado jóven. Marco Vicenzio, siendo un pobre huérfano, tenia que sufrir muchas vicisitudes antes de poder conseguir una regular fortuna. Pero en fin, Dios lo habia visto con bondad, y en el momento en que comienza esta historia, Marco era nada menos que dueño de tres carruajes que alquilaba para los que querian salir al campo. La prosperidad de sus pequeños negocios le habia vuelto franco con las personas con quienes llevaba intimas relaciones.

Sucedió un dia que uno de los cocheros empleados por Marco, un anciano que habia conservado hasta entonces su plaza en consideracion á su escasa fortuna, fué arrojado de lo alto de su pescante por un brusco movimiento del carruaje; una herida grave que recibió en la cabeza dió muy pronto, pocas esperanzas de curacion.

A la primer noticia del triste estado en que se hallaba su subordinado, Marco corrió á ver al enfermo. Este lleno de reconocimiento, estrechó las manos de su amo, y dijo con voz casi apagada:— Bendito seais, mi querido señor Marco. Muchas veces los hombres huyen ante el espectáculo del dolor; vos al contrario, le habeis buscado.... Bendito seais.

—Querido Contarino, tened valor; vivireis.

El enfermo inclinó la cabeza y murmuró procurando sonreirse melancólicamente:

—No trateis de inspirarme una inútil confianza. He llegado al último término de mi vida; lo conozco y me resigno. Dios es dueño de nuestros destinos; cuando nos llama á él, no debemos quejarnos, sino agradecerle porque se ha dignado sacarnos de nuestro destierro. Así pues, no me hagais concebir esperanza de vida, y dejadme mas bien disponerme á ver dignamente á mi Supremo Juez.

—¿Y qué, Contarino, exclamó Marco, no sentís la vida?

El anciano no respondió al principio. Sin embargo, la sombra de la tristeza cubrió su rostro, y algunas lágrimas humedecieron sus ojos. Marco juzgó conveniente insistir; entonces Contarino le dijo:

—Un lazo me une á este mundo.... un lazo sagrado.... ¡Ay! ¿qué sucederá de mi hija?

—¿De vuestra hija?

—Sí, de mi Angiolina.

—¿Por qué no me habeis hablado nunca de vuestra hija?

—La esplicacion es natural. Viudo despues del nacimiento de Angiolina, confie mi hija, mediante una pension, á las hermanas de Santa Teresa; nunca ha salido del convento.

—¿Qué edad tiene?

—Catorce años.

—¡Pobre joven! exclamó Marco profundamente conmovido.

—¡Ay! sí, pobre Angiolina!... repitió el anciano. ¡Sin sus padres, qué sucederá de ella! Sin duda no permanecerá en el convento.

—Y bien, Contarino, yo la recojeré, si quereis; acabaré de educarla. Tendrá en mí un segundo padre, y creedme, mi ternura reemplazará en cuanto sea posible á la de sus buenos padres que ha tenido la desgracia de perder.

La alegría y el reconocimiento animaron la vista del moribundo.

—Marco le dijo, vuestra alma es noble. Dios os recompensará la bella acción que vais á hacer.

Se mandó traer inmediatamente á Angiolina: esta llegó con los ojos llenos de lágrimas á recibir las últimas caricias de su padre y la renovación de las santas promesas de Marco.

II

El tiempo, ya se ha dicho con frecuencia es el verdadero médico para los dolores del alma. Sucedió, pues, á Angiolina lo que necesariamente sucede á toda criatura humana para poder sobrellevar el peso de la existencia, sin olvidar á su excelente padre á quien debía eternamente su tierno recuerdo, recibió con reconocimiento los cuidados que le prodigaba Marco. Conmovía ver el afecto que sin cesar manifestaba á aquella huérfana el que había jurado adoptarla en su familia. Tal vez Marco que había vivido siempre entre personas extrañas, comprendería mejor que nadie el precio de aquel afecto, el que jamás había pronunciado el dulce nombre de hija. Era, pues, para él una cosa á la vez nueva que encantadora la presencia de aquella joven en su casa.

Si se alejaba por sus ocupaciones durante el día, se regocijaba pensando en que llegada la noche iría á buscar á su joven compañera. Los dos cenaban juntos, sirviéndoles una anciana que los cuidaba. Por lo demás Angiolina, se había consagrado á la felicidad de Marco: probada por el infortunio, tenía á su segundo padre una ternura delicada que no se hubiera esperado de su edad. Por esta razón Marco tenía la costumbre de exclamar: "Querido Contarino, sea bendita tu memoria me has legado un tesoro. Está seguro de que le guardaré cuidadosamente, y que no tendrías mas afecto á tu Angiolina que el que yo mismo le profeso."

Dos años trascurrieron en este cambio mutuo de buenos procederes. Angiolina era ya una hermosa joven. La sola vez que se la permitía salir, cuando Marco no podía acompañarla, era los domingos para asistir á la misa. Por nada en el mundo hubiera querido Angiolina faltar á aquel deber reli-

gioso, y muchas veces acontecía que Marco no estaba libre á causa de sus muchas ocupaciones. No causará, pues, admiración si decimos que la joven seguida de su dueña Teresa era en extremo notada. Añadiremos que su aspecto era muy regular; y que la distinción de sus maneras, el pudor de su mirada hubiesen alejado del espíritu de cualquiera que fuese la idea de dirigirle culpables homenajes. Hay criaturas á quienes su naturaleza superior parece cubrir con un velo protector. Se ve uno mas inclinado á adorarlas que á amarlas.

Hemos visto hasta aquí que Marco estaba orgulloso de su Angiolina, y siempre se regocijaba con haberla recogido en su casa; vamos á referir un acontecimiento que vino á herirle como un rayo.

III

Una tarde de otoño, Marco Vicenzio volvía fatigado á su casa, esperando cenar y descansar distraído con la conversacion de Angiolina. Encontró en la puerta á la anciana Teresa llorando y el rostro trastornado.

—¡Qué sucede! le dijo él. ¡Por qué os turbais? Se creería que se ha incendiado la casa.

—¡Oh! nada de esto, *caro signor!*

—¡Cómo! ¡habla! me espantas!

—No, nunca me atreveré.

Marco tembló á su vez: presentía alguna cosa terrible.

—Habla, pues, desgraciada! Quiero saber ahora mismo la causa de tu emocion, Angiolina....

—¡Angiolina no está aquí!....

Marco no pudo al principio proferir una palabra al recibir una noticia que era muy extraordinaria para ser creída. Se dejó caer en un sillón y obligó á la dueña á que le diera una esplicacion. Esta prosiguió en estos términos:—¡Quién lo hubiera pensado!.... Nuestra Angiolina era tan amable tan gentil; ¡parecía que os amaba tanto!.... Salí un momento solamente y esto contra mi costumbre. A mi vuelta busqué á vuestra pupila pero fué en vano.... la llamé, nadie respondió.... En fin, penetré en la habitacion de Angiolina, y he aquí lo que encontré sobre su escritorio.

—Una carta dirigida á mí.... dádme, dádme!.... Si me la hubieras dado sabría ya....

Y con impaciencia y movimiento febril, Marco abrió la carta y leyó lo siguiente:

"Mi bueno y querido tutor.

"Dignaos perdonar á una insensata que os va á causar una pesadumbre, y que sabiendo que comete contra vos una espantosa ingratitud, se ha dejado arrastrar por una fatal inclinacion. Angiolina deja vuestra casa.... pero creed que permanecerá pura y digna de vos como de su padre. Se me ha ofrecido un rango mas elevado....

"Por mucho tiempo ha resistido por no despedazar vuestro corazón; pero en fin, ha sucumbido en esta lucha contra la ambicion; y si Angiolina se separa de vos no es porque os ame menos sino porque en esto obedece á una voluntad superior.

"Perdonadme. Llegará un tiempo en que volvamos á vernos. Adios, mi querido Marco.

"Vuestra triste Angiolina."

El pobre Marco Vicenzio tuvo necesidad de leer muchas veces aquella carta para asegurarse de la realidad de la desgracia de que era víctima. Por lo demás no la leía sino á través de las lágrimas, y sus manos temblando parecían incapaces de sostener el papel, que en fin cayó en tierra.

"¡Dios mio!.... ¡Dios mio!"

Estas eran las únicas palabras que profería Marco.

A este abatimiento sucedió la indignacion.

"¡Dejarme así! tal vez por seguir á un seductor.... ¡Haber olvidado en un momento dos años de entero y sincero afecto!.... ¡Esto es horrible! es un acto de tan negra ingratitud que debía para siempre despreciar á la culpable. Pero no.... no puedo.... ¡Oh corazón cobarde, olvídale pues te ha despreciado....!—Y tú querido Contarino, si desde lo alto de tu feliz morada, diriges tus miradas hácia la tierra, ¡qué pensarás de tu hija....!—¡Pero dónde estará, Dios mio!.... ¡Dónde estará!"

—¡No correrá ningun peligro! ¡No habrán abusado de su inesperienza....! Este pensamiento me agobia.... ¡Pero á dónde...! ¡Ah! ¡estoy loco, estoy loco!

Marco se dejó caer por segunda vez sobre su sillón. El exceso del dolor mata ó da energía. Esta fué la que venció. Marco se presentó á la policía, hizo su declaración y prometió una buena recompensa al que le entregase á Angiolina.

Las semanas y los meses pasaron. Angiolina no volvía. Entonces Marco se convenció de que su desgracia era real. Por otra parte su permanencia en Padua le era odiosa; y además, incapaz de dirigir ya sus negocios con la misma actividad que otras veces, veía que su corta fortuna disminuía diariamente. Era preciso tomar un partido decisivo. Marco comprendió esa necesidad. Vendió lo mejor que pudo todo lo que poseía, despidió á Teresa, y se alejó de Padua sin querer confiar á ninguno el secreto de su futura morada.

IV

El carnaval reinaba como único y soberano en Venecia, la hermosa Venecia aun poderosa en aquella época, y aun dominadora del Adriático. Desde que Venecia ha dejado de contarse en el número de los Estados europeos y que ha pertenecido al Austria, no ha pertenecido sino á ella misma.

El leon alado que domina una de las columnas de mármol que se levanta en la plaza de San-Marco, era la imagen gloriosa del brillante papel que la república veneciana habia representado durante muchos siglos en los negocios de Europa; la catedral estaba entapizada interiormente con los estandartes quitados al enemigo. Todo revelaba el esplendor de una nacion floreciente; no habia una calle donde no se levantase un suntuoso palacio, y este llenos de obras-maestras del arte. ¡Con qué magnífica solemnidad, el dux en su lujoso navío, llamado el *Ducenturo* iba procesionalmente á desposarse con la mar, arrojando su anillo de oro en las olas!—Venecia conservaba entre todas las ciudades del mundo una fisonomia particular, no debemos admirarnos si la patria del Ticiano ha sido por mucho tiempo la admiracion del universo.

Desde los confines de la Italia, y aun de lugares mas remotos concurrían cada año para asistir á las picantes evoluciones del carnaval veneciano. Entonces las góndolas, ordinariamente negras y tristes, se adornaban con cintas, elegantes cortinas y banderillas flotantes. Las galerías de las *Procuradurias*, la plaza de San Marco, los cafés del puente del Rialto contenían una multitud de enmascarados tan deseosos de ver como de ser vistos; por todos los canales ó lagunas pasaban rápidamente las barcas llenas de personajes revestidos con trajes suntuosos y variados. En fin, todos aquellos enmascarados tan vivos, alegres y numerosos, eran la reunion de todos los pueblos y de todos los tiempos.

La noche se acercaba. La ciudad entera se iluminaba para los bailes, para el teatro, mientras que el Gran-Canal estaba cubierto de una multitud de góndolas, donde se escuchaban los acordes de las guitarras.

Uno de los gondoleros cuya embarcacion estaba atada en el muelle de los Esclavos fué llamado por un hombre de talle elevado que daba el brazo á una mujer cubierta con un dominó de seda color de rosa. Ambos se hallaban enmascarados.

El gondolero se apresuró á conducir su barca y dió la mano á los pasajeros. La noche estaba oscura, y el viento comenzaba á soplar. Pronto la góndola impelida vigorosamente, se halló en medio del canal.

—No tan aprisa, amigo mio, exclamó el extranjero. Tenemos tiempo suficiente para llegar al baile.

Luego bajando la voz y dirigiéndose á su compañera le dijo:

—¡Te agrada mucho esta fiesta, hija mia!

—Oh sí, mucho, respondió esta, y os estoy reconocida porque me habeis traído á ella.

—¡Reconocida....! ¡qué palabra....! ¡No es muy natural que te procure algunos placeres?

—Pero esto os causa molestia.

—No, no, hija mia. Sé feliz y estaré contento; yo que te amo tanto, por que en tí se

encierra toda mi familia. ¿Por qué te entristeces muchas veces?

—¿Me lo preguntais, *caro signor!* Tengo necesidad de volver á deciros la turbacion y los remordimientos que agobian mi espíritu cuando pienso en el dolor.... (y muchas veces lo pienso) en el dolor que ha debido sufrir aquel ser tan bueno, tan generoso que me habia consagrado sus cuidados paternales.

—Paternales.... Aquel hombre era muy jóven, demasiado jóven para servir de padre; el mundo acabaria por vituperar vuestro afecto, por puro que fuese. ¡Ademas, teneis asegurado vuestro porvenir! mientras que de otra manera....

Un grito arrojado por el gondolero interrumpió esta frase. Desde el momento en que la jóven empezó á hablar, el gondolero, abandonando su remo, se habia inclinado para escuchar las palabras que llegaban á su oido. El ligero esquife permaneció inmóvil.

—¿Y bien! exclamó el gentil hombre, ¿no remais?

—¡Oh Dios mio! ¡Oh Dios mio! ¡será ella! murmuró el gondolero.... ¡será mi Angiolina!

¡Marco! exclamó la jóven. Y se arrancó la máscara.

Por un movimiento involuntario que ni Marco ni Angiolina pudieron reprimir, se arrojaron en los brazos uno del otro llorando de alegría. Despues de esto la reflexion hizo mas reservado á Marco.

—Soy culpable, dijo él, entregándome á la felicidad que sentia viéndoos. Ya no soy nada para vos; me habeis olvidado.

—No, serias muy injusto pensando así. Las palabras que acabé de pronunciar, y si las escuchasteis, os probarán que Angiolina no es ingrata.

—¿Ha sido muy cruel! ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido!

—¡Pobre Marco!

—Angiolina, dijo orgullosamente el caballero, no teneis necesidad de satisfacerle. La suerte al privaros de vuestro padre, os ha dado una libertad que debeis recobrar....

—Lo entiendo, dijo amargamente Marco, Angiolina ha cambiado su pureza por la deshonra....

—Os engañais, señor, interrumpió el caballero. Y quitándose la máscara, añadió:—Miradme bien, tengo sesenta y ocho años, yo soy el conde Massimiani. No corresponde á mi edad ni al nombre que llevo ultrajar el honor de una doncella. No puedo rehusaros una explicacion, y hela aquí: Pasaba solo la vida: mi mujer y mis hijos me fueron arrebatados por la muerte. Mi fortuna no sabiendo qué destino darle, no era para mí mas que un fardo. Viajando constantemente no encontré diversion ni alivio á mi pena ni aun en la variedad de cuadros que pasaban ante mis ojos. La casualidad hizo que encontrase á Angiolina en la Iglesia de San Antonio de Padua. La fisonomía de esta adorable

jóven me conmovió. Me informé de quién era; supe la desgracia de la que Angiolina era victima; que un artesano le habia ofrecido un asilo y prodigado sus cuidados. Los domingos veia yo á Angiolina, y el verla era para mí una necesidad imperiosa. Pronto concebí el designio de adoptarla, de consagrarle el resto de mis dias y asegurarle mi inmensa fortuna. Hice que recibiese algunas cartas.... Mis promesas eran de tal naturaleza que eran capaces de alucinar á una jóven; á los diez y seis años, la opulencia, los títulos es una halagüeña prespectiva.... Sin embargo, Angiolina resistió por mucho tiempo; y soy testigo de los pesares que ha sufrido pensando en vos.

Marco se habia sentado en el bordo de la gondola, pensativo, apoyada su cabeza entre sus manos.

—Decidme Marco, exclamó Angiolina, decid que me perdonais.

—¡Sí, os perdono! no lo dudeis.... No condeno ahora vuestra ambicion, puesto que habiéndoo deslumbrado la riqueza os ha conducido á una esfera mas elevada que la que hubierais tenido á mi lado. ¿Pero por qué no tuvisteis confianza en mí? ¿Me creéis muy egoísta! Si me hubierais dicho: "Se me ofrece una alta posicion social; el propio hermano del dux de Venecia, el conde Massimiani me la ofrece con el título de su hija; ¿quereis cederle el derecho que mi padre os confió!" Si me lo hubierais dicho, no hubiera vacilado un momento en sacrificar mi amor á vuestra felicidad. Angiolina, me habeis despreciado.

—Gracias, gracias, querido Marco, no me maldigais. Mis remordimientos os han vengado.

—No pido venganza. Vivid feliz, muy dichosa; mis deseos se cumplirán.

—Pero no los míos, dijo firmemente la jóven, si continuais separabo de mí. Ahora mas que nunca está gravado en mi corazon el recuerdo de vuestra generosa hospitalidad. Marco, el cielo reuniéndonos esta tarde por un milagro, me ha mostrado mi deber. No me separaré de vos.

—¡Gran Dios! exclamaron á la vez el conde y el gondolero.

—Silencio, silencio, Angiolina, me haceis morir con esa dulce esperanza, añadió Marco.

—¿Qué significan esas palabras *signora!* dijo severamente Massimiani.

Significan señor conde, que si quereis que continúe siendo vuestra hija, es preciso que Marco sea mi marido.

Un silencio causado por la emoción sucedió á esta explicacion inesperada.

Angiolina prosigió:

No tengo otro medio de satisfacer esta doble deuda. Marco no es noble por su nacimiento, pero lo es por el corazon; y por otra parte, ¿quién soy y qué hubiera sido de mí sin él! Si os oponeis á que me consagre de esta manera á él y á vos, os suplico me de-

jeis entrar en un convento donde pasará mi vida orando por el conde Massimiani y por Marco Vicenzio.

Marco seguia con una ávida mirada las diversas impresiones que se sucedian en el rostro del conde.

En fin, este último dijo al gondolero:—Si es vuestra esposa, sereis ambos mis hijos!

—¡Oh! siempre, exclamó Marco, vuestros hijos tiernos, afectuosos.

—Entonces os lo concedo, y manifestad-

me vuestro reconocimiento con vuestro afecto.

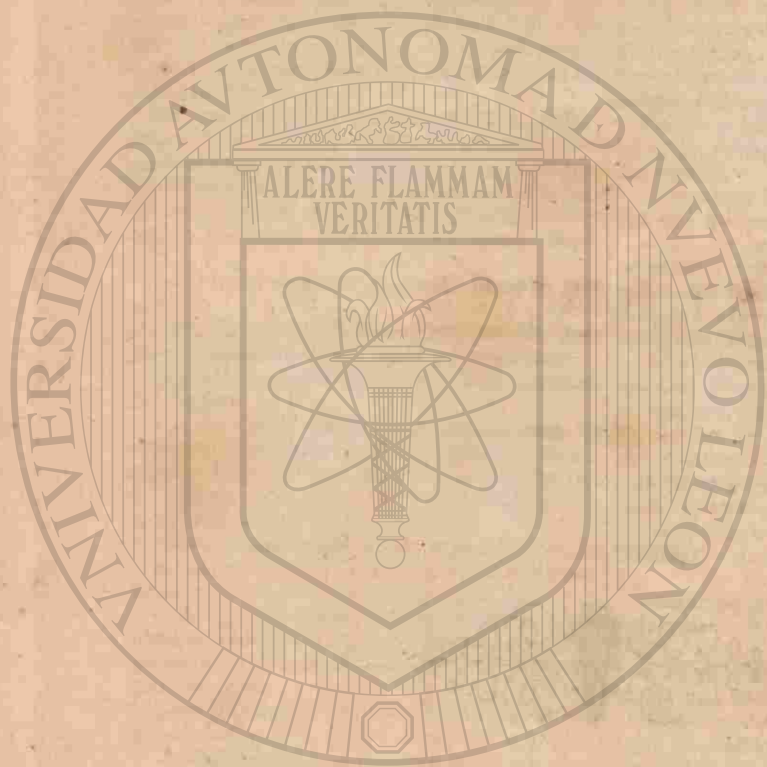
Dos gritos de alegría respondieron á estas palabras. Despues de algunos momentos de efusion, Marco dijo alegremente:

—Vamos, recobraré el remo, ¿á dónde debo conducir á V. Escelencia!

—A tu casa, mi querido Marco.

—¿A mi casa?

—Sí, al palacio Massimiani.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

CALABRIA.



CALABRIA.

Con que en fin, mi querido Eduardo, ¿os proponéis visitar toda nuestra Italia?

—Oh Dios mio, sí querido Paolo, y si no me abandonan las fuerzas, espero conseguir mi objeto. Iré de Nápoles á Roma, de Roma á Florencia y de Florencia á Milan, hay muchos carruajes en que caminar: con algun tiempo y dinero puede irse lejos: ademas, no me falta tiempo ni dinero.

—Añadid, señor Eduardo, una condicion indispensable para poder ver bien la Italia, ese pais en que los recuerdos se representan á cada paso: esa condicion es la de tener buenas piernas.

—¿Ciertamente? dijo Eduardo con una ligera sonrisa que le caracterizaba,

—¿Oh sí: me comprendereis mejor. Si os meteis en un veloz carruaje y seguís incesantemente el camino, ¿cuántos curiosos objetos, cuántas maravillas se habrán escapado á vuestras miradas! A la derecha un templo, á la izquierda un circo; aquí un acueducto, allí un teatro. Como los ingleses, visitareis las poblaciones únicamente, he ahí todo. Debeis hacer lo contrario, tomareis un báculo en la mano y una maleta en la espalda. Id por todas partes, segun lo que mas os llame la atencion. No despreciéis nada, para que despues no tengais que sentirlo. Tal es, segun mi parecer, la mejor manera de viajar, la única que conviene al artista; y con mas razon vos que perteneciendo á una familia rica, os habeis dedicado al estudio del paisa-

je, aprovechaos de vuestro paseo en Italia, pues conviene mucho á vuestra profesion.

—A fé mia, querido Paolo, que raciocináis como un gran artista, como quien sois.

—Gran artista... repitió el italiano inclinándose con modestia. ¡Oh! no me deis ese hermoso título que me hace conocer mas mi debilidad. Dos ó tres estatuas edificadas en Nápoles no son una buena recomendacion para alcanzar la gloria de la posteridad.

—La alcanzareis. Pero decidme, vos que conoceis bien nuestra querida patria, ¿qué lugar debo visitar con preferencia?

—Ya os lo he dicho: todo merece ser visto. Pensad solamente en que la Italia ha sido llamada la tierra privilegiada de las artes, y que en ella todas las obras-maestras tienen la magnífica regularidad de una naturaleza grande, sencilla y severa. En Roma tendreis que permanecer mucho tiempo para visitarlo todo, desde las maravillas de la antigüedad: los arcos de triunfo, las vias romanas, los pórticos, las estatuas, el coliseo, hasta las brillantes obras del arte moderno, es decir: el Vaticano, San Pedro, las obras de Miguel Angel, de Rafael. Florencia os convida con su galería, Pitti y el Arno tan pintoresco. Venecia con su magnífica Iglesia de San Marcos, sus trofeos de victoria, sus palacios cuyas fachadas se reflectan en el agua, y su curiosa navegacion. Milan la severidad del Norte; cerca de esta el delicioso lago Mayor que ostenta la frondosidad de sus

islas embalsamadas. Pisa, única entre todas con su baptisterio, su campo-santo, lleno aún con la tierra depositada por los piadosos, cruzados á su vuelta de Palestina. Padua, Bolonia, orgullosa por el recuerdo de su universidad. Génova os manifiesta con altivez sus palacios de mármol. Ferrara, á pesar de su decadencia, os habla de la corte, de sus duques y del tiempo en que Torcuato Tasso venia á saludar á su protector Alfonso. No ha habido una sola ciudad italiana que no haya producido sus grandes hombres y obras maestras, dignas de ser admiradas. Esta es la consecuencia de la division de nuestro territorio en pequeños principados.

—Pero, dijo Eduardo con una amable sonrisa, en todo el cuadro que habeis bosquejado rápidamente habeis omitido Nápoles.

—No os admire, respondió Paolo; siempre se reserva lo mejor. Esto es lo que se llama vulgarmente: "guardar una cosa para mejor ocasión." Tal vez calificareis mi patriotismo de escajeración: os confieso que Nápoles es para mí el paraíso en la tierra. Nuestra provincia de Labour ha adquirido por su fertilidad el nombre de *Campo feliz*. ¡Cuántas magnificencias atraen la atención! Nápoles con su hermosa bahía, á la que no puede compararse sino la de Constantinopla; Nápoles que ostenta sus calles espléndidas, donde se agita una población viva y alegre. Al Este Puzol con su atrevido puente romano; Bayes, en otro tiempo el lugar de las delicias de los señores del mundo. Cerca del lago Agnano el Pausilipo, tan curiosamente horadado de un punto á otro para que dos carruajes puedan pasar de frente; Santa María levantada sobre las ruinas de Capua; Portici que ha enriquecido los restos de Herculaneum, Pompeya y Stabia, ciudades destruidas por la cólera del Vesubio. Cuando citamos ese coloso que vomita fuego y que hace ondular su penacho de humo sobre Nápoles, ¿no tenemos razon para estar orgullosos? Cuantos nombres sonoros y poéticos aun tengo que mencionaros: Sorrento, patria del cantor inmortal de la *Jerusalem*, Gaeta, Salerno, Benevento, Sulmona, cuna de Ovidio; Otranto, parte de la antigua Calabria; en fin, Tarento, en otro tiempo rival de Roma.

—Vuestra Calabria es muy caliente.

—Pero muy hermosa, y deseo que la recorrais conmigo que la conozco perfectamente. Seré vuestro guía, ¿aceptais?

—Con mucho gusto.

A esta conversacion se siguió la partida; los dos nuevos amigos se pusieron á viajar lentamente como es preciso cuando se tiene la intencion de ver alguna cosa.

Una tarde llegaron á Ytri. No hubo caballos en la posta; esperando á que se les procurase, Paolo dijo:

—Si os conviene, quiero para pasar el tiempo, contaros la historia de un hombre que nació en este lugar y que adquirió una cele-

bridad verdaderamente grande por su vida de bandido.

Eduardo se recostó en un sofá, encendió un cigarro y dijo: ya os escucho.

Paolo tomó la palabra en estos términos: "Lo que voy á referiros pasó en Ytri en el siglo último.

Un jóven cuya fisonomía ardiente anunciaba fuertes resoluciones, se hallaba sentado en un banquillo de tejedor; se ocupaba en arreglar una media, y su mal humor se conocia en la indiferencia con que desempeñaba su tarea; en un momento en que se fastidiaba extraordinariamente nuestro tejedor, se arrojó atrás, dió una violenta patada al banquillo, lanzando una exclamacion furiosa.

—*Corpo di Baco!* dijo un parroquiano que entró en aquel instante en la rústica y miserable habitacion; ¡de muy mal humor te encuentro hoy, mi querido Miguel! ¿Qué te ha sucedido?

—Nada, respondió bruscamente el tejedor, nada es la causa de mi mal humor.

—¿Cómo... nada!

—Sin duda, Agustín; me fastidió.

—Convengo en que es una enfermedad cruel.

—¡Oh! me fastidió espantosamente. ¿Por qué habré nacido en un estado tan miserable! ¿donde acabaré mi vida sin conseguir una regular fortuna!

—¡Pobre Miguel...!

—Muy pobre, tienes razon; y por desgracia preveo que ninguna mudanza ha de haber en mi suerte. A la edad que tengo, con mi fuerza física, mi ardor, y estar todo el día inclinado sobre el telar, es horrible. Mirad, Agustín, ves esa carabina que se halla encima de la chimenea...

—¿Qué quieres hacer! ¡intentas suicidarte!

—Esto seria el partido mas sabio.

—No, no, seria el acto de un insensato. Escucha, añadió el parroquiano bajando la voz, si eres desgraciado yo lo soy tambien; mi condicion de albéitar no es mas agradable que la del tejedor. Muchas veces he dirigido mis miradas alrededor de mí y me he dicho: "La sociedad es severa y sin corazón para el hombre tímido que la implora; al contrario, paga un tributo al soberbio que habla en voz alta y amenaza. Por mucho tiempo he sido tímido; quiero al presente recoger el impuesto de sangre y oro." — ¡Me has comprendido, Miguel!

Miguel Pozza manifestó en sus miradas sus siniestros proyectos. Estrechó fuertemente la mano de Agustín, diciendo:

—Sí, te comprendo, he pensado lo mismo que tú. ¿Quieres que nos asociemos!

—Con mucho gusto. ¡Y crees, Miguel, que encontremos algunos astutos compañeros que quieran entrar en nuestra compañía?

—¡Sí, los encontraremos! Muy pronto nuestra cuadrilla sera numerosa, y pretendo, ¡por San Javier! hacernos temer en las cinco provincias de Nápoles y hasta en las islas.

Después de haber arreglado ambos las disposiciones de su partida y el plan de su vida futura, los dos amigos se separaron.

A la mañana siguiente, los habitantes de la aldea buscaron inútilmente á Miguel Pozza y á Agustín, que habian desaparecido sin decir á nadie sus proyectos.

Habian pasado á penas algunos dias cuando toda la nacion calabrés temblaba al oír el nombre de un formidable gefe de bandidos, y que la policia habia ofrecido una buena recompensa por la cabeza de Fra-Diavolo (1). Sin embargo, en vano los esbirros recorrian todo el pais: Fra-Diavolo les ganaba siempre la delantera. Aquel hombre parecia unir á la ferocidad y valor del leon la agilidad del ciervo; jamás pensaba en una expedicion que no llevase al cabo, aunque se lo impidiesen muchos obstáculos. Llegó, pues, el tiempo en que ningun rico quiso ponerse en camino sin llevar una buena escolta.

En tal estado se hallaban las cosas cuando los franceses republicanos invadieron el reino de Nápoles, gobernado entonces por Fernando de Borbon, esposo de la impetuosa Carolina de Austria. Tenia á la cabeza de sus negocios á un hombre dotado de una rara energía: era el cardenal Ruffo.

Desde entonces Fra-Diavolo creyendo mas conveniente batirse con los enemigos de su pais que con los viajeros, abandonó su antigua profesion. Organizó su cuadrilla en guerrillas y tomó un partido activo en las hostilidades, que se terminaron por la retirada de los franceses. Por tanto, Fra-Diavolo se presentó resueltamente al cardenal Ruffo.

—¿Quién eres! le preguntó su Eminencia.

—Soy Fra-Diavolo.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el cardenal examinando con curiosidad á aquel hombre vigoroso que le habia prestado su auxilio contra los franceses: ¿eres ese bandido que muchas veces ha merecido la horca?

—Convengo en ello, monseñor; pero he reparado mis faltas.

—Es verdad, has combatido valerosamente.

—La aprobacion de vuestra eminencia es la mayor recompensa que puedo ambicionar.

—¿No pretendes obtener otra?

—Deseo vivir como hombre honrado, pero sin volver á mi antigua profesion de tejedor.

El cardenal se acercó á la mesa de su secretario.

—Escribid, le dijo. Concedo el entero perdón de sus crímenes á Miguel Pozza, llamado Fra-Diavolo, que se compromete formalmente á abandonar sus crímenes; además, le nombro coronel de los ejércitos de S. M. Napolitana, con el goce de una pension anual de 3600 ducados.

—¡Ah! monseñor, exclamó Fra-Diavolo; mi reconocimiento durará tanto como mi vida.

(1) Hermano del diablo.

—Procura entonces que dure mucho tiempo, valiente Pozza, porque tu vida es muy necesaria al rey.

Ahora es preciso salvar un intervalo de muchos años para poder continuar mi relacion. Napoleon habia hecho la conquista del reino de Nápoles, que dió á uno de sus hermanos. Encargado de reunir el resto de su antigua cuadrilla, Fra-Diavolo comprendió que su vida aventurera iba á comenzar de nuevo, y desde ese momento adivinó el fin violento que le estaba reservado; pero el rey lo habia mandado y era preciso obedecer. Llegó á Gaeta, donde el gobernador príncipe de Aesse-Philippal le hizo salir como autor de todos los desórdenes. De allí, el gefe de los partidarios se volvió á Palermo; luego habiendo sabido el plan de levantamiento organizado por el almirante Sydney Smith, que se habia ofrecido ciegamente á defender la causa de la reina Carolina, partió con los ingleses, pasó á la isla de Capri, la puso en movimiento y desembarcó en Sperlonga, donde sus compañeros cometieron mil escesos. Mientras que los bandidos se entregaban á toda la violencia de sus pasiones y aterrorizaban á sus compatriotas que pasaban por sus aliados, un fuerte destacamento francés llegó prontamente tomando sus medidas para interceptar el paso al enemigo.

—¡Miserables! exclamó Fra-Diavolo á los suyos, habeis perdido aquí un tiempo precioso veiendo y pillando; y ahora estamos cercados! ¡A lo menos vendamos caro nuestra vida!

El combate se empeñó: fué terrible; la mayor parte de los bandidos quedaron en el puesto; y Fra-Diavolo fué casi el único que por sus prodigios de valor, pudo abrirse camino entre las filas de los franceses.

El gefe vencido marchó sin detenerse hasta que se acercó la noche. Entonces fatigado, derramando su sangre por innumerables heridas, vió que era preciso descansar y esperó hallar un asilo. Justamente, un rayo de luz penetraba por la hendidura de una ventana baja de la casa de un paisano.

Fra-Diavolo tocó.

—¿Quién es! le preguntó una voz.

—Un desgraciado herido que no puede caminar.

El dueño de la casa juzgó sin duda que semejante huésped no seria peligroso; abrió, llevando una lámpara con la que alumbró el rostro del viajero. Los dos á un tiempo dejaron escapar esta exclamacion:

—¡Fra-Diavolo!

—¡Agustín!

—Entra, añadió este con una voz estraña. Luego ofreció un asiento á su antiguo gefe, puso ante él una botella de vino, y se retiró al fondo del cuarto. Después de haber satisfecho su sed, Fra-Diavolo dijo sonriéndose:

—Veo Agustín que ya no me quieres.

—Es verdad, respondió Agustín. Me seria imposible ocultártelo. En la época en

que te serviamos con fidelidad te vendiste al cardenal Ruffo, que te hizo coronel, y te inquietabas poco de lo que pudiera sobrevenirnos.

Fra-Diavolo frunció el entrecejo, su orgullo se ofendia con aquel recuerdo. Sin embargo, creyó conveniente responder, teniendo presente la penosa circunstancia en que se hallaba. Se apresuró pues á decir:—Convengo, mi querido Agustin en que fui culpable. Pero despues, cuando solicité á mis compañeros para conducirlos á Gaeta y de allí á Capri, ¿por que no te me presentaste!

—¡Hermoso oficio! recobrarlo cuando estabais perdidos... porque no creo que hiciste huir á los franceses.

El antiguo gefe, cuyo amor propio estaba ofendido, juró interiormente vengarse un dia de los sarcasmos de su ex-aliado. Sin embargo, le hizo algunas zalamerías y promesas para reconciliarse con él.

Ambos se estrecharon la mano y bebieron juntos un vaso de la *cruma Christi*. Despues Fra-Diavolo, enteramente asegurado de las intenciones de Agustin, se acostó y no tardó en dormirse profundamente.

Fué despertado por el ruido que produ-

cian las culatas de fusiles; Agustin habia vendido á Miguel Pozza.

En pocas palabras os referiré el fin de la historia: conducido á Nápoles el 6 de Noviembre de 1806, Fra-Diavolo fué condenado á ser colgado, y ejecutado el 10 del mismo mes á las dos de la tarde, en la plaza del Mercado en presencia de un inmenso gentío. Así acaban su vida los bandidos célebres.

Un postillon entró en la sala y dijo:

—Si sus señorías quieren partir, los caballos están dispuestos.

—Muy bien dijo Eduardo. ¡Ah! mi querido Paolo, ¿estais seguro de que no encontraremos en el camino á Fra-Diavolo.

—Estad tranquilo, dijo sonriéndose el artista napolitano. Esos héroes de caminos, no ecisten sino en la memoria de las poblaciones.

—Y en la ópera cómica de Paris, añadió Eduardo: He visto la representacion de Fra-Diavolo; pero he podido ahora convencerme de que vuestros detalles son mas exactos que los de M. Scribe.

Y los dos amigos subieron en su silla de posta y se pusieron en camino en una magnífica noche de luna.



SICILIA.

Un viajero, amigo mio, me hablaba de sus curiosas peregrinaciones en Italia y en Sicilia. Al momento me apresuré á suplicarle me hiciese una descripcion de este último pais tan interesante, tan bello, y cuyo precio no conocen sus dichosos habitantes.

—Puedo satisfaceros, me dijo, sin ningun esfuerzo; porque la casualidad me ha hecho poseedor en Palermo, de un album ó *memento* que un curioso viajero dejó olvidado en una posada de esta ciudad. ¿Queréis aceptar este libro! Vereis en él francas impresiones, y sino escritas con un hermoso estilo á lo menos con verdad; podeis esclamar como lo hacia el abate de Vertot: "He logrado mi objeto." ¡Lo aceptais!

Con mucho gusto, le dije.

Y me entregó el manuscrito de cuyo contenido lo que vais á leer no es mas que un resumen.

MEMORIA DE UN VIAJERO.

....¡La Sicilia! ¡Cuántos recuerdos históricos se despiertan en la imaginacion al escuchar este nombre! ¡Cuántas imágenes, ya de pueblos ó de héroes pasan ante la vista! En un momento se reparan veinte siglos: vense pasar los griegos, los cart-

gineses, los romanos, los sarrasenos, los normandos y los españoles, sucesivamente poseedores de esta magnífica isla, tan rica y que debe ser naturalmente el objeto de tanta codicia. Esta tierra ha sido visitada por todos los conquistadores, y no hay un lugar que no ofrezca la memoria de un hecho curioso ó los vestigios de un monumento: es el suelo clásico de la *mythología*.

La Sicilia fué el teatro principal de la guerra que Júpiter sostuvo contra los gigantes: Jiphon y Encelada que fueron heridos por los rayos del cielo y sepultados en el monte Etna.—Ceres hizo de la Sicilia su estancia favorita y ahí fué donde perdió su hija Proserpina, robada por Pluton. Las encantadoras ninfas Cyane y Aréthuse, fueron convertidas en fuentes. En fin, Vulcano y sus Cyclopes, entre otros Polifemo, tienen en las fábulas de los poetas una eterna celebridad.

Quise, saliendo de Nápoles, ver primero las islas Lipari, de forma volcánica, y principalmente el Stramboli, cuyo cráter siempre está inflamado. ¡Cuán estraña es esta tierra; compuesta enteramente de cenizas, de escoria, y á cuyos lados arde continuamente un fuego eterno! Mientras que el Vesubio y el Etna reposan por algunos meses, y muchas veces durante muchos años, el Stramboli permanece siempre en su estado de candencia. En realidad, la isla Stramboli no es mas que una montaña cuya estension es de diez millas en contorno, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD

LIBRERÍA

que se eleva repentinamente y en línea recta del mar.

A media milla mas se descubre la costa siciliana. El tiempo estaba calmado y el navío marchaba lentamente. Desde la orilla de Calabria puede verse la famosa roca de Teyla, celebrada por los poetas antiguos y sobre todo tan temida por los navegantes. Antes de llegar al estrecho del Faro, escuchamos el ruido de la corriente. ¡Qué violencia! ¡Qué brillo! Su murmullo se semeja al de un impetuoso torrente que tiene su curso entre las rocas. El agua arrastra á los buques hácia un punto que forma un remolino donde los pierde.

MESINA.

La imaginacion nada puede figurarse mas hermoso que el puerto de Mesina, formado por un promontorio que se halla á la estremidad oriental de la ciudad, y separa este lugar del resto del estrecho. La forma de ese promontorio es semejante á una hoz. El muelle está rodeado de una hilera de edificios magníficos de cuatro pisos sobre un terreno plano; la estension de la vía, entre esas casas y la mar, es poco mas ó menos de cien piés; en este espacio, se halla un paseo delicioso. La brisa que corre del estrecho mantiene continuamente en un estado delicioso á la ciudad, donde se goza de una perspectiva que es mas fácil admirar que describir.

No lejos de ahí se encuentra el torrente ó torbellino de Carybdis, que segun el temor de los antiguos, era el terrible escollo de Scylla. Ciertamente no es hoy tan formidable, y puede creerse que la violencia del movimiento, continuado durante tantos siglos, ha destruido los puntos escarpados de las rocas, y en gran parte los obstáculos que contenian las olas en unos límites tan estrechos.

FIESTAS.

Bajo este punto, voy á hablar del entusiasmo popular y del carácter poético de las masas, cuánta diferencia ecsiste entre los pueblos del Norte y los ardientes sicilianos! Aquí toda solemnidad religiosa se efectúa á la luz del día con acompañamientos no interrumpidos de danzas y cantos. Tuve ocasion de ver una fiesta que se celebraba en honor de San Francisco. La imagen del bienaventurado se lleva ceremoniosamente entre la multitud, se la coloca en seguida en su capilla, cuyo servicio está encomendado

á los padres capuchinos. Hasta la tarde el pueblo danza en la plaza; las jóvenes sobre todo tienen en este día una gracia esquisita, así como los mozos, con sus graciosos trajes del domingo, manifiestan en sus rostros la alegría. Ante la iglesia se colocan tres hileras de cañoncitos de fierro, que por medio de una larga mecha todos hacen fuego á la vez; las esplicaciones paracen simultáneas; y su eco rechazado por las altas montañas que limitan el estrecho, tiene una estension y magestad infinitas.

La fiesta de la *Vara*, ó de la Virgen María, no es menos curiosa; es mas espléndida, y se asemeja mucho á la de Santa Rosalía, en Palermo. Los mesineses han inventado una máquina que representa el cielo. Esa máquina cuyo tamaño es enorme, se lleva arrastrando por las calles de la ciudad con mucha pompa y solemnidad. Al centro de ella se halla la figura principal que representa la imagen de la Virgen María; un poco mas alto otras tres que son las de la Santísima Trinidad. Al rededor de estas se hallan colocadas muchas ruedas de una construccion muy notable. En cada rueda hay una legion de ángeles, segun los diversos grados de la gerarquía celeste: serafines, querubines y potencias. Están representados por pequeños niños con sus resplandecientes vestiduras de oro y plata; y sus alas pintadas de los mas vivos colores. Cuando la máquina se pone en movimiento, las ruedas dan vueltas; y durante la procesion, estos coros de ángeles forman un concierto perpétuo, cantando *aleluyas* al pié de la Trinidad y de la Santísima Virgen.

LOS BANDIDOS.

Es imposible formarse una idea exacta de la organizacion que preside esta formidable hermandad en Europa. Procurar destruir los bandidos sicilianos, los únicos hombres enérgicos del país, sería procurar lo imposible. Se ha visto muchas veces que los magistrados los han respetado. Nunca ha sucedido que los que se han puesto bajo su proteccion hayan tenido que arrepentirse.

Los viajeros procuran algunas veces ser escoltados por ellos, y es el mejor medio de caminar con seguridad.

TEATRO DE TAUROMINUN.

Esta ciudad, en otro tiempo ilustre, no es ahora sino una pequeña aldea; sin embargo, aun quedan algunas ruinas que atestiguan su antigua magnificencia. El teatro

me admira por su estension: pasé un cuarto de hora visitando los paleos destinados á las señoras; esta parte, que tiene ciento veinticinco piés de estension, puede dar una idea de la estension del edificio. El sitio está precisamente frente al Etna, que visto desde este lugar, ofrece una vista pintoresca.

EL ETNA.

Para llegar al Etna, tenemos que pasar y dejar á la izquierda el *Monte-Rosso*, cuyo cráter terrible ha destruido á Nicolosi.

Desde ahí se va á la segunda region, á las selvas. Forma al rededor del monte una circunferencia de quince leguas poco mas ó menos sobre tres de ancho; desde ahí se descubren y admiran las risueñas llanuras que le sirven de base. Mas cerca de la region superior, *regione escorpeta*, la vegetacion es muy rara; no se encuentran sino abedules, abetos ó pinos. Con dificultad se respira; penosamente puede llegarse á la cima del declive.

Allí se encuentra una plataforma llena de pedazos de lava y de erupciones volcánicas; rodea por tres partes solamente el último cono del Etna, la region del fuego. La altura del volcan se calcula en mil trescientos piés, y su base tiene poco mas ó menos dos leguas de circunferencia.

Despues de muchas fatigas cuya idea aterroriza á muchos viajeros, se logra llegar hasta la cima tan deseada. ¡Que extraordinario es el espectáculo que entonces se desarrolla ante la vista! Todo yace en el mayor desorden, todo es infernal en el interior de aquel abismo: por todas partes las esplosiones estallan y espesos torbellinos de humo se escapan entre los intersticios de las rocas. Sin embargo un espectáculo agradable consuela al espíritu y las miradas. Desde la cima del monte se descubre toda la Sicilia, cuyas orillas triangulares, de una estension de 200 leguas, parecen por un maravilloso efecto de óptica, servir de base al Etna. Cuando sale el sol, la sombra formada por el Etna produce un efecto muy extraordinario: la mitad de Sicilia está cubierta por los rayos del sol, mientras que la otra mitad, bajo la sombra del gigantézco volcan, parece sumergido en una noche oscura.

CATANIA.

Una erupcion del Etna en 1669 y un temblor en 1693 no serian suficientes para hacer desaparecer esta ciudad, cuyos habitantes casi todos fueron sepultados bajo los

restos de sus casas y templos! Sin embargo, tal es la perseverancia ó imprudencia humana, puesto que Catania ha sido reedificada en el mismo sitio, mas hermosa que nunca, esperando solamente la cubierta otra vez por un torrente de lavas. Entre sus diversas antigüedades se cuentan las ruinas de un acueducto, de un gran teatro, las de un templo de Ceres y de una rotunda llamada el Panteon de Roma. Esta Rotunda es hoy un templo consagrado á la Santísima Virgen.

SIRACUSA.

¡Cuanto ha decaído la grandeza de esta ciudad, á la que sus antiguos habitantes hicieron tan célebre, esta ciudad émula de Roma y donde Arquímedes, con solo el esfuerzo de su genio, esparció el terror en la armada de los conquistadores del mundo! De las cuatro ciudades que componian Siracusa, es decir, Tycha, Acradina, Neapoli y Ortygia, no ha permanecido mas que esta última; por todas partes, en el campo, se encuentran los mármoles rotos, cubiertos de bajos-relieves y de inscripciones, esparcidos y confundidos entre la viña y el trigo.

LA OREJA DE DIONISIO.

Merece una particular mencion. Es una obra que atestigua el ingenio y crueldad de este tirano. (1) Dionisio hizo caber en una roca muy dura una caverna espaciosa que tiene ecsactamente la forma de una oreja humana. Su altura perpendicular es de 80 piés poco mas ó menos, y tiene así mismo 250 de ancho. Parece que todos los sonidos que en ella se producian se reunian como en un foco llamado *tímpano*. A la estremidad de este se hizo un pequeño agujero que comunicaba á un cuarto donde Dionisio tenia la costumbre de permanecer, aplicando su oído en aquel agujero, entendia distintamente todo lo que hablaban en la caverna. Tan luego como se concluyó esta obra, mandó matar á los que trabajaron en ella. La caverna llegó á ser la prision de los enemigos reales ó supuestos del tirano, que, despues de

(1) Dionisio, simple ciudadano de Agrigenti, se elevó al poder por medio de su astucia, alagando las pasiones del pueblo y ofreciéndose á él contra los cartagineses. La inhumanidad le era muy natural, la vida de cualquiera hombre le era indiferente. No puede imaginarse de cuantas precauciones se valia para destruir los complots de sus enemigos; sin embargo á pesar de sus crímenes murió en su cama.

escuchar su conversacion, condenaba á unos y absolvía á los otros.

AGRIGENTO.

—Hoy Girgenti. ¡Cuanta decadencia ahora! en otro tiempo tenia 800,000 habitantes, hoy 20 á 30,000 solamente! Cuando se ve esta ciudad desde el mar, presenta como Génova, una bella apariencia; pero para conservar sus ilusiones es preciso no entrar en ella.

PALERMO.

—He aquí la capital del pais, y cuyo título bien merece. Pocas ciudades son tan regulares como esta. Del centro de la plaza llamada la *Ottampa* adornada con hermosos edificios uniformes, se ven todas las calles y las cuatro puertas principales; nada es mas rico sobre todo que la *Porta Nuova* y la *Porta Felice* que terminan el *Corso*. La *Porta Felice* se halla en el *Marino*; es el lugar de reunion habitual de la nobleza de Palermo que se dividen en este paseo delicioso y en el de las *Conversazioni*, círculos brillantes donde tienen una agradable conversacion.

EL CONVENTO DE LOS CAPUCHINOS.

—Este convento está situado á media milla de Palermo, que ofrece una cueva célebre al mundo entero. Es un vasto subterráneo dividido en grandes galerías en las que se hallan una multitud de nichos como para colocar estatuas.

En estos nichos están una multitud de cadáveres hincados reclinados entre la pared. Habrá cerca de trescientos á cuatrocientos, revestidos con sus trages que usaban diariamente. Merced á cierta preparacion, ó tal vez á las propiedades del aire que se respira en el subterráneo, los cuerpos se conservan

en buen estado; solamente la piel y los músculos se secan y endurecen. Los habitantes de Palermo van diariamente á visitar á sus parientes muertos. Familiarizarse así con la muerte es una loable costumbre y suprema para el cristiano.

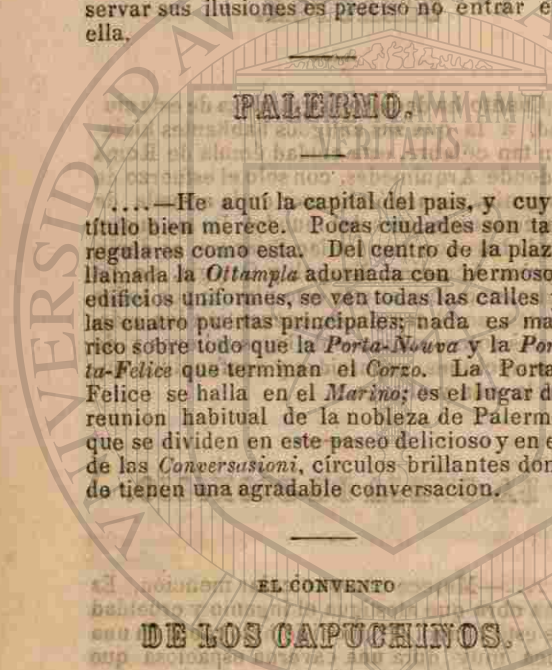
LA CATEDRAL

DE PALERMO.

—Ochenta columnas de granito oriental sostienen el interior de este edificio gótico, de una riqueza y magnificencia extraordinarias. En ninguna otra parte, vereis en las capillas mas oro y piedras preciosas. Sobre todo en Santa Rosalia, patrona venerada de Palermo es donde el pueblo tiene consagrado un culto igual al que los napolitanos tienen á San Javier. Las reliquias de la Santa están depositadas en una grande urna de plata trabajada con todas las reglas del arte y encrustada en diamantes. Las tumbas de la mayor parte de los reyes normandos de Sicilia son del mas fino porfido. Frente á esos monumentos antiguos, la mayor parte, hay un tabernáculo, hecho todo de lapiz-lázuli; tiene cerca de 15 piés de altura. ¡De Cuanto tiempo necesitaria para mencionarnos todas las iglesias de Palermo! Básteme decir que su número llega á trescientas.

PRODUCTOS.

—El Etna es verdaderamente el que proporciona muchos recursos á toda la Sicilia. Además del trigo abunda el vino, el aceite, la seda, las especias y los frutos deliciosos de la region inferior; las hermosas celvas, los rebaños, la caza, los bosques y la miel de la segunda region; la nieve de la tercera, sus cavernas ofrecen minerales y otros productos, cinabrio, mercurio, azufre, alumbre, nitró y vitriolo. Esto hará comprender bastante el afecto que tienen los sicilianos á esa montaña que si muchas veces les sirve de un terrible azote, otras les proporciona todos los frutos de la edad de oro.



JANIL
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

ESPAÑA.
(Sevilla.)



ESPAÑA.

que data de veinte años, entonces, ¡cuán misteriosas eran las conferencias que se suscitaban ante las persianas entreabiertas! Era la costumbre entre los jóvenes, y que llamaban *pelar la pava*.

Desde entonces la España ha estado en la mayor agitación; pero tengo la firme confianza de que recobrará algún día su antiguo esplendor, y representará un interesante papel que le está asignado por la fertilidad de su suelo é inteligencia de sus habitantes. ¡No debe esperarse mucho de una nación que nos ofrece una multitud de hermosas ciudades, como Barcelona, Segovia, Córdoba, Valencia, Zaragoza, Madrid, Burgos, Granada, Cádiz y en fin, otras tantas que han dejado, desde tiempos muy remotos, una fuerte impresión de esplendor y de poder!

Volvamos á Sevilla, donde debemos fijar particularmente nuestra atención; y antes de penetrar en el interior de una casa donde hallaremos reunidos á los personajes del episodio que voy á referir, examinemos un poco los principales monumentos de esta ciudad. La catedral, una de las maravillas de la cristiandad, ofrece reunidos todos los conjuntos de la sublime, y los caprichos de la fantasía; en alguna de estas partes, el día se acerca con la escasa luz del crepúsculo; las grandes ceremonias que en otras veces se celebraban, en nada cedían á las de Roma según su magnificencia. Este templo es-

Entre todas las ciudades de España, tan originales, y la mayor parte marcadas con el sello que dejaron gravado los moros durante su larga dominación, no hay ninguna tal vez que cautive mas la vista del viajero que Sevilla. Ahí desde la famosa torre de la Giralda, obra zarrasena, hasta el barrio de Triana habitado por los gitanos, todo tiene un carácter vivamente marcado. Se encuentra uno bajo el hermoso cielo de Andalucía, en medio de una población ardiente, poética y que su énfasis ha llegado hasta el punto de crear frases como estas: "*Mataría el sol á puñaladas si no fuera por miedo de dejar el mundo á oscuras.*"

En ninguna parte hay mas galantería y cortesía. El jardín de las *Delicias*, el del *Paseo del Duque* son testigos de la agradable conversacion de los que diariamente concurren á ellos. ¡Qué tarrago tan pintoresco! Oficiales ricamente vestidos, monges fumando sus cigarros y estudiantes con sus capuchas raidas, jóvenes [*muchachas*] con sus trages negros y elegantes, hombres del pueblo que conservan aun sus ligeros y antiguos vestidos, que usan con una gracia incomparable: señoras del gran tono que á pesar de la invasion de las modas francesas, continúan cubriéndose con la *mantilla* y haciéndose aire con el *abanico*. Hablo de una época

tá edificado en el mismo sitio en que se hallaba una antigua mezquita de la cual no queda mas que la torre de la *Giralda* obra de los moros y terminada por los españoles (1). Una estatua que representa la fé domina el edificio, que se halla embellecido con admirables esculturas. En el interior de la torre, los moros practicaron un caracol sin escalones; esta escalera es tan ancha y su inclinación tan imperceptible que muchos hombres á caballo pueden subir hasta la altura en que comienzan los trabajos de los cristianos; en este lugar la escalera es mas rápida y tiene gradas.

El Alcazar es aún un magnífico monumento, cuyos pormenores y elegancia despiertan en la memoria gratos recuerdos. No lejos de la Giralda, se encuentra la biblioteca que Cristóbal Colon legó á Sevilla. El hermoso palacio de la *Lonja*, se semeja, en el último siglo, á los archivos de las Indias que entonces estaban esparcidos en muchas ciudades del reino. Unicamente me falta mencionar el antiguo palacio de la *Inquisición*; mas para dar una idea mas exacta de él, os presento un extracto de la obra de M. Charles Dembowski ya citado. Este viajero se esplica en estos términos:

"No teniendo llaves, pues, se hallaban en poder del capitán general, un muchachuelo se ofreció á derribar una puerta casi destruida que comunica el antiguo convento con el edificio de los carabineros, con tres de los cuales entré. Atravesamos un patio, en cuyo centro se hallaba un agujero, que segun dicen era por donde descendian las víctimas á una caldera que gradualmente se calentaba. Cerca de este patio están situadas las salas de las preguntas y el tribunal; sus paredes en estos últimos tiempos, estaban llenas de inscripciones y de figuras insultantes al Santo Oficio, lo que manifiesta la mudanza de ideas entre los españoles. Habiendo llegado á la iglesia, los carabineros encendieron sus antorchas; yo hacia todo lo que ellos practicaban; me senté en el bordo de un agujero hecho en el suelo á la derecha del altar mayor, y apoyándome con las manos, me dejé deslizar por un subterráneo. Mis piés tocaron contra un poste que ocultaba la vista al interior; luego me encontré en el centro de una torrecilla que daba á una vasta galería llena de osamentas humanas, pedazos de vestidos y suelas viejas. Un esqueleto cu-

(1) Esta torre era el observatorio de Manre Algebr, que introdujo en Europa la ciencia de los números y que en su honor se le dió despues el nombre de Algebra. El pueblo tiene mucha veneración á la Giralda. Murillo en un hermoso cuadro representó á los Santos Justino y Rufino, patronos de Sevilla, preservando el campañario morisco de cualquier terremoto que pudiera destruirlo.

(Dos años en España y Portugal por el baron Charles Dembowski.)

bierto de andrajos, cuyo sombrero le habian quitado la víspera unos viajeros ingleses, estaba aún de pié reclinado en la pared; pero todo se desbarató al solo movimiento que hice al acercarme al verle. Me dijeron que me hallaba en el centro de la iglesia, cuyas bóvedas forman una cruz latina. Todas sus paredes están llenas de una especie de armarios, cuyas puertas de fierro que han sido quitadas, se cerraban en otro tiempo, dejando sepultados para siempre á los que se cerraban vivos en ellos. En los rincones, mis guías me manifestaron las señas de los *emparedamientos* que se efectuaban, segun me decian, cubriendo á los condenados con mezcla, donde perecian. En fin, la cruz latina comunicaba á un inmenso subterráneo lleno de cadáveres, y que se estendia hasta la *Alameda Vieja*, y que últimamente ha sido tapiado por órden del capitán general. La iglesia, que era estremadamente hermosa, fué destruida en 1825 por la esplosion que hizo la pólvora que en ella se habia depositado; por esta causa se perdió la parte del convento en que se hallaban situados los suplicios *del Pozo, de la Péndula y del Destilador*.—El pozo se componia, segun se asegura, de muchas aberturas cuadradas que atravesaban los techos de diferentes pisos de uno de los edificios del convento, y que se correspondian directamente los unos á los otros, de manera que por su union se semeja á un verdadero pozo; á los lados de cada una de las aberturas estaban colocados unos largos y agudos ganchos de fierro dispuestos para recibir al desgraciado paciente que desnudo era precipitado desde lo alto del edificio en el horrible agujero. La víctima al principio se agarraba á la primer punta de acero que se le presentaba; luego desprendida por su propio peso caia sobre los ganchos inferiores, y así descendia gradualmente de uno á otro piso hasta que llegaba casi espirando, hasta el fondo de la parte subterránea del pozo.—La *péndula* consistia en una verdadera péndula, teniendo en su estremidad un grande cilindro de fierro que al cabo de cada oscilacion venia á pegar en medio de la frente del paciente que delante de ella estaba colocado contra la pared en la posicion de un hombre crucificado.—En cuanto al *destilador*, se administraba al condenado sobre el cráneo, despues de haberle completamente rapado, y continuaba estirando sobre él hasta que moria."

Si he trascrito este trozo es porque da una idea de las antiguas costumbres de la sombría y católica España; sin embargo, es preciso creer que en el siglo último la Inquisición no conservó la misma violencia; sus instrumentos de tortura no eran sino aparatos inútiles. En este pais se introdujo la dulzura de las costumbres; pero existió una pasión que domina el corazón de los españoles y que no se extinguirá muy facilmente: es la corrida de toros. El siguiente episodio lo atestiguará.

II.

Penetremos en el interior de una casa edificada al estilo árabe. El lugar mas notable de ella es el patio, este se halla rodeado de una hermosa galería sostenida por esbeltas columnitas y cuyo suelo es de mármol. Hermosos cuadros adornan las paredes. En el centro se halla una fuente que vierte su agua cristalina y forma un hermoso contraste con las plantas y flores que la rodean. Una especie de velo que cubre el patio, hace impenetrables los rayos del sol.

Allí se hallaba sentada una jóven cuyo traje sevillano daba mas realce á su belleza. Manuelita no tenia rival, y cuando se paseaba por la Alameda, del brazo de su querido amante Cristóbal, la multitud no cesaba de admirarlos. Sin embargo, Manuelita no era mas que una hija del pueblo, una simple *manola*, pero sirviendo en la casa de la opulenta marquesa de Santa-Fé, habia adquirido en la compañía de su ama cierto orgullo que le asentaba maravillosamente. En el momento en que comienza esta historia, la marquesa se hallaba ausente; y como tenia depositada su confianza en Manuelita, la confié el cuidado de la casa.

Aquel dia Manuelita recibió á muchas de sus amigas, y aprovechándose de la ausencia de la marquesa mandó servirles pasteles y chocolate. Una jóven llegó: era la encantadora Florida, la modista mas hábil de Sevilla.

—¡Oh! querida amiga, dijo alegremente, soy muy feliz.

—¡Feliz, Florida! ¿Qué motivo tienes para gozar de esa dulce satisfaccion que manifiesta tu semblante? Habla.

—Con mucho gusto. Quisiera que todo el mundo lo supiera, estoy muy orgullosa de mi valiente Pepito.

—Como yo de mi Cristóbal; es muy natural, puesto que nuestro matrimonio está en vísperas de efectuarse.

—¡Ah! tu no sabes la alegría que causa á una mujer la arrogancia de un hombre con quien va á unirse! Las corridas de toros comenzaron ayer. Pepito salió por primera vez de *picador*, ha alcanzado muchos triunfos. Con esa calma impasible se presentó ante el furioso animal, venciendo á cada instante. Los vivos de la multitud se escuchaban, los ramilletes, los pañuelos y los sombreros se veian agitar en el aire. El nombre de Pepito se oia por todas partes. Y yo, ya puedes comprender cual sería primero mi turbacion y mi espanto, despues mi entusiasmo, y en fin mi orgullo. ¡Oh! ¡hablo francamente, abracé á mi triunfante Pepito! Ahora ya lo sabes todo.

Manuelita estrechó las manos de Florida felicitándola por su buena fortuna; pero parecia que aquella no le hablaba sino con sentimiento y con una voz casi ahogada por la emocion. Su mirada inquieta, su extraño acento y la lentitud con que hablaba, todo

esto manifestaba que su cumplimiento habia sido únicamente efecto de su sinceridad. La conversacion fué cesando paulatinamente, y Manuelita se puso á meditar.

Repentinamente se escuchó en la calle que no estaba separada de la casa sino por un enrejado, la voz de un hombre que alegremente cantaba este romance de Cadalso:

*¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa?...*

Manuelita se estremeció: era Cristóbal. El jóven apareció y su amante se apresuró á abrirle la reja.

Gracias, *niña*, le dijo; te hallo mas hermosa que nunca, y las estrellas del firmamento son unas miserables linternillas al lado de tus ojos. ¿He hecho bien en venir? ¿No te agrada ver á tu Cristóbal!

—¡Oh! mucho.

—Buenos dias, gentiles señoritas. Os veo á todas reunidas como hermosas flores en un canastillo.

—Siempre galante, dijo sonriéndose Florida.

—No hago mas que lo justo. ¡Ah! ¡querida mia, te traigo una buena noticia!

—¡Ciertamente!... dijo Manuelita distraida.

—Sí, he recibido en fin de Cádiz mis papeles de familia y creo que ningun obstáculo se opondrá á nuestro enlace.

En otras circunstancias Manuelita hubiera dado libre curso á su alegría; pero continuó aparentando una satisfaccion que se semeja á la indiferencia. Cristóbal con aquella penetracion que engendra el amor, no se engañó. Vaciló y dirigió á Manuelita una mirada investigadora. Esta para no dejar adivinar sus pensamientos, permaneció con los ojos bajos. Este silencio duró algunos segundos, que les pareció tan largo como la eternidad. Florida le rompió diciendo:

—Te dejo mi querida Manuelita: Pepito me ha dado una cita cerca de la *Lonja*; es preciso que no falte á ella.

—Tienes razon, dijo impetuosamente Manuelita adigirle á él tan valiente, tan honrado y tan célebre ya, sería un crimen. ¡Ah! ¡tú eres feliz, muy feliz! Cuando salgas del brazo de Pepito, tu marido, podrás levantar con orgullo la cabeza y esclamar: "Es mi muy querido, el arrogante *picador*! este hombre que lucha con el toro y que por su temeridad ha obtenido infinitos aplausos de la multitud!" Esto es muy hermoso.... Tú eres feliz... Corre á unirse con tu Pepito y llévale mis parabienes.

Cristóbal habia escuchado atentamente estas palabras. No hizo ninguna reflexion; pero cinco minutos despues de la partida de Florida, se levantó gravemente y se despidió de las jóvenes.

Apenas se halló fuera, cuando la impetuo

sa Manuelita exclamó: ¡Ese cobarde nada me ha dicho!

Sin embargo, aún no había pasado un cuarto de hora, cuando se presentó un gitano entregando á la jóven una carta de Cristóbal concebida en estos términos:

"Mi muy querida Manuelita.

"Has dudado de mí, de mi valor, has hecho mal; pero te perdono, porque tu error nace de un sentimiento generoso.

"Te agrada la gloria en un amante; yo la obtendré. Quiero manifestarte que mi valor es igual al de Pepito. Ven mañana á la corrida de toros; me verás entre los combatientes. O soy vencedor ó pereceré."

Al concluir la lectura de esta carta, Manuelita se puso á llorar abundantemente. ¿Sería por la alegría, ó por la emoción! El corazón de una mujer es muchas veces un abismo que ella misma no puede sondear.

III.

La plaza en que debía efectuarse la corrida de toros estaba enteramente invadida por la multitud. Había una extraña confusión de gentes de todas condiciones, extranjeros, *manolos* y *manolas*, mientras que los ligeros *calesinos*, arrastrados rápidamente por mulas enjaezadas á lo morisco, conducían sin cesar otros espectadores. Desde la víspera los toros son conducidos al *toril* por unos pastores armados de picas; muchas veces se escucha el bramido de esos terribles animales, así como las exclamaciones, los gritos y las risas de la multitud que se agita con la vivacidad de la petulancia del mediodía.

He aquí cuales eran los actores del drama que iba á representarse:

Dos *picadores*, caballeros armados de una garrocha y cuyos caballos tienen los ojos vendados para que no se espanten á la vista del toro.

Dos *espadas*, para darle muerte.

Un *cashelero* que termina la agonía de la víctima.

Una numerosa cuadrilla de *capeadores* y

banderilleros, que sin cesar atormentan al toro, los unos arrojándole sus capas de seda y los otros unos dardos pequeños adornados con *banderillas*.

Una *jauría* de perros.—Dos caballos para remudar.—Tres mulas destinadas á llevar al toro fuera de la plaza.

Cuando se escucha la corneta; dos clarines y dos timbales responden desde lo alto del *toril*; se abre al toro la puerta que se lanza mugiendo en medio de la gritería de la *asamblea*. Un *picador hiere* al animal con la estremidad de su garrocha y huye inmediatamente perseguido muy de cerca. Cristóbal era el primero; se hallaba vestido á manera de *figaro* con su traje resplandeciente de oro y plata. ¡Oh! cómo latía el corazón de Manuelita! pero el jóven despreciaba el peligro; hirió valerosamente al toro que bamboleó un instante, después bajó la cabeza y undió uno de sus cuernos en el vientre del caballo. Un grito general se escuchó.... Pero los *capeadores* corrieron agitando sus capas y distraiendo así á la bestia feroz. Cristóbal se levantó, tuvo tiempo y destreza para arrancar la rosa del cuello del toro y, acercándose á la galería en que se hallaba Manuelita, le arrojó su trofeo ensangrentado.

Otras dos corridas sucedieron á la primera. El nuevo *picador* era siempre el más ardiente en el combate. Nos es sensible decir, que habiendo sido derribado otra vez, Cristóbal fué muerto por el toro, que le arrojó por el aire volviendo á recibirle en sus cuernos....

¿Puede considerarse cuál sería la sensación que produjo este acontecimiento principalmente en la desgraciada Manuelita, que por su imprudencia y sus deseos había causado la muerte de su amante....!

IV

Después del acontecimiento que acabo de referir, había en la casa de locas de Sevilla una jóven que paulatinamente pasaba de los accesos de furor á los del más profundo descaecimiento. Las únicas palabras que profería eran estas: "No vayais á la plaza de toros."



PORTUGAL.

Pasar en silencio la pintoresca figura de Portugal de esa parte de la península Ibérica después de haber dado una ligera descripción de las costumbres de España, sería cometer voluntariamente una falta. Pero procuremos no incurrir en ella. Esta vez, mis queridos lectores, voy sin apartarme de la idea de la narración á hacerlos una descripción geográfica. Un antiguo escritor portugués, llamado Macedo, lleno de un entusiasmo patriótico, escribió un día: "Si la España es la cabeza de la Europa, Portugal es su diadema." Con espresiones que no parecen escasajeradas á M. Ferdinand Denis, uno de nuestros eruditos contemporáneos, más distinguidos, dijo: "Siempre los poetas han pagado una especie de tributo de admiración á esta tierra privilegiada. Manoel se conmovió hasta el extremo de llorar, cuando escuchaba una canción popular que ensalzaba su hermoso clima, y Byron no halló espresiones propias para describir este país."

Si, la naturaleza se ha mostrado como madre tierna de Portugal, cuyo suelo es en extremo fértil. Este país no solamente es notable por sus montañas, sino por sus ríos que regando por todas partes la Lusitania, la han hecho acreedora desde el tiempo de Strabon, al sobrenombre de Tierra Feliz. Los principales son el Miño y el Duero que en otro tiempo tenían la reputación de que en sus

aguas rodaban arenas de oro. El Mondego, tan impetuoso durante el invierno como tranquilo en la estación del estío. El Tajo sobre todo, tan celebrado por los poetas y novelistas y que desemboca en el mar, después de recorrer setenta leguas. La barra de Lisboa ó embocadura del Tajo, puede tener dos leguas de ancho; está defendida por los fuertes de San-Julian y San Lorenzo; está dividida en dos grandes porciones que pueden contener grandes embarcaciones: el canal de Terra y el canal d'Acasova.

¿Quién no ha leído las descripciones de Lisboa, de esta ciudad todavía hermosa á pesar de los espantosos desastres que iban á destruirla en el siglo último! Antes se enorgullecía, siendo construida lo mismo que Roma, sobre siete colinas; pero el nuevo plan seguido para su reedificación, después del temblor acaecido en 1755, dió á Lisboa una extensión de dos leguas. Tal como ahora se halla, la ciudad forma un inmenso semicírculo. El muy distinguido autor de un tratado intitulado: *En las márgenes del Tajo*, ha hecho de la capital de Portugal esta corta pero característica descripción.

Sus palacios, manifiestan en sus hermosas paredes, reflectándose como en un espejo, el esplendor de su hermoso cielo; sus azoteas y miradores aparecen entre las ramas del laurel, los árboles de box y otros con su r e s

DIRECCIÓN GENERAL



plandecientes follajes; sus parques embellecidos con pomars, cuyo nombre se da á los plantíos de naranjos."

Cuando se trata de Lisboa, es preciso citar antes que todo la catedral, el palacio de las Necesidades y el acueducto de las Aguas Libres.

La catedral, antiguo y venerado monumento, que según la apariencia su construcción es del siglo doce, mucho ha sufrido. En el año de 1344 un temblor casi la destruyó, siendo preciso reedificar la capilla grande; la catástrofe de 1755, y el incendio que se le siguió tuvieron terribles resultados; la cúpula que dominaba la nave principal fué destruida, así como el campanario; el fuego estinguió igualmente todo su tesoro. La fachada principal es moderna; la torre del reloj ha sido reedificada bajo los auspicios del marques de Pombal (1). Desgraciadamente el arquitecto al ejecutar las reparaciones, según el uso del último siglo, se separó del estilo primitivo. En esta iglesia, hermosa aún á pesar de tanto como ha sufrido, se conservan las reliquias de San Vicente, patron de la ciudad y del reino de Algarves (2) aun existe la fuente bautismal en que fué bautizado San Antonio, que nació en Lisboa y que sin fundamento se le llama San Antonio de Padua.

El origen de la construcción del palacio de las Necesidades merece mencionarse. En 1599 la peste desoló á Lisboa; los habitantes acomodados huían de ella, retirándose á las provincias, creyendo respirar un aire más saludable. Un marido y su mujer, ambos estremadamente piadosos, se refugiaron en Ericeira. Durante su permanencia en esta villa, los dos esposos, diariamente unían sus oraciones á las de un ermitaño que acostumbraba sentarse á la orilla del mar, donde se veneraba á una imagen de la Virgen María. A su vuelta, después de haber cesado la peste, no quisieron separarse de esta imagen, á quien atribuían su salud, tuvieron medio de llevarla consigo; merced á las limosnas de los fieles, pudieron construir una pequeña iglesia en la aldea de Alcántara. Una hermandad de marinos contribuyó á los gastos. Esta asociación se formó en honor de la santísima Virgen, desde entonces se invocaba á la madre de Dios bajo el título de las Necesidades, los marineros recurrían á su intercesión cuando se hallaban en algún peligro ó amenazados por alguna enfermedad.

El templo se aumentó considerablemente por los cuidados de Pedro de Castilho y se concluyó en 1639.

"Desde esa época, dice, M. Ferdinand Denis, la iglesia de Nossa Senhora das Necesidades, siendo al principio insignificante, fué después el objeto de una particular solicitud de

(1) Primer ministro de José I^o.

(2) El país de Algarves fué uno de los conquistados á los moros por los portugueses. Hoy forma la sexta provincia de Portugal.

los soberanos. Isabel de Saboya, la mujer del infortunado Alfonso VI (1) concurría á orar allí; luego Jacobo V, después de una peligrosa enfermedad, hizo construir no solamente la rica iglesia que aun existe sino también el palacio que está contiguo y que es la residencia de los reyes. El palacio de las Necesidades que mas bien sirve á los portugueses de una casa de recreo que de un castillo real, es notable sobre todo por sus hermosos jardines y abundancia de sus aguas. Se notan además muchas estatuas, hechas por Guisti, que fué mandado traer de Italia para fundar la escuela de Mafra: en la capilla real se halla una hermosa estatua de San Pablo, obra de José Almeida que fué uno de los mas distinguidos estatuarios portugueses.

El Palácio de las Necesidades contiene un gran número de obras del arte de mucho valor que generalmente es increíble en Francia; es preciso mencionar su rica biblioteca, donde se encuentran ediciones antiguas verdaderamente preciosas, así como manuscritos inéditos de los que podrá aprovecharse la historia nacional. Añadiremos á estas descripciones que, en este palacio se reunieron las primeras cortes extraordinarias después de 1820.

Me queda que bosquejar únicamente el acueducto das Aguas Libres. Al fin del siglo diez y seis se tomaron las medidas necesarias para surtir de agua á la ciudad de Lisboa, Jacobo V fué quien tuvo la honra de edificar un monumento tan magnífico como tan útil. Veinte años fueron suficientes para terminar esa obra colosal. Parece que el hábil ingeniero (Manuel de Maya) tomó tan bien sus medidas y dió tanta solidez al acueducto, que la terrible catástrofe de 1755 no causó daño alguno á la arquería.

Este acueducto comienza á tres leguas de la ciudad; se cuentan ciento veintisiete arcos. Hay de trecho en trecho unas torres cuadradas, con ventanas en cada lado llenas de barras de fierro, y sirven para mantener la ventilación. Nada es comparable al efecto mágico que produce el acueducto al atravesar el río de Alcántara; los treinta y cinco arcos inmensos unen dos eminencias opuestas y atraviesan un espacio de cuatrocientas toesas de estension.

El teatro de San Carlos, uno de los mas hermosos y vastos que existen en Europa, contribuye á hermosear á Lisboa. Se construyó en el año de 1793. Os admirareis tal vez al saber que hasta entonces no había habido una escena digna de su nombre. Sin

(1) D. Alfonso, hijo de Jacobo IV, nació el 2 de Agosto de 1643. Una enfermedad terrible que tuvo á la edad de tres años le privó de todas sus facultades. Sin embargo, fué rey; pero dos años después de su matrimonio con Isabel de Saboya, fué enviado desterrado á Azores, después le condujeron á Cintra, donde murió consumido por el fastidio en su prisión. Su hermano D. Pedro se apoderó del trono.

embargo, en 1502 comenzaban las representaciones dramáticas puesto que en aquella época, Gil Vicente representaba sus autos (1) y sus pastorelas en la cámara de la reina. Por la llegada á Lisboa de la famosa cantatriz Zamperini se vieron obligados á construir un gran teatro, siendo suficiente para ello seis meses.

He aquí una corta descripción que dará una idea de la magnificencia de San Carlos; "Todos los corredores, dice M. de Hautefort, están abovedados, así como las escaleras que conducen á los palcos; las salidas están tan bien dispuestas, que en un momento, el salón puede quedar vacío. El foro tiene una profundidad inmensa; ochenta caballos a la vez pueden maniobrar en él.

Portugal es mas notable aún por sus conventos; sus construcciones revelan un carácter verdaderamente nacional, debo decir de aquel tiempo, puesto que las órdenes monásticas han sido abolidas. En primer lugar, conviene citar el monasterio de Alcobaza. ¡Cuántos recuerdos trae á la memoria este templo magnífico, compuesto de tres naves de igual altura, y dedicado á Nuestra Señora de la Asunción! En este templo han sido sepultados muchos soberanos de Portugal y sus esposas; ahí es donde reposan D. Pedro y la infortunada Inés de Castro (2). Para dar una idea de este monasterio, añadire que tiene cinco claustros capaces de contener novecientos religiosos. Si se quiere saber el origen del antiguo convento de Santa Cruz de Coimbra es preciso retroceder hasta el de la monarquía. Se verá, que Don Tello á su vuelta de Jerusalem, donde admiró las instituciones de los canónigos del Santo sepulcro, quiso que en su país hubiese un establecimiento semejante. La fundación intentada por el piadoso prelado fué el objeto de los cuidados y de la munificencia de muchos soberanos. Con injusticia dejaría de mencionar el convento de Batalha que data del siglo catorce. Murphi en su *viage á Portugal* ha dicho: "En cuanto á elegancia no hay ciertamente en Europa ningún frontispicio gótico que pueda compararse con el de Batalha; el pórtico que tiene veintiocho piés de ancho y cincuenta de alto, está adornado con una multitud de figuras en relieve."

(1) Piezas compuestas bajo un asunto religioso.

(2) Esta mujer, que por su belleza y sus desgracias ha tenido gran celebridad, fué amada por el infante Don Pedro, hijo de Alfonso IV. Este rey, queriendo privar al infante de ese amor, permitió á algunos cortesanos enemigos de los Castros que matasen á Inés. Mas tarde Don Pedro habiendo subido al trono vengó poderosamente aquel asesinato.

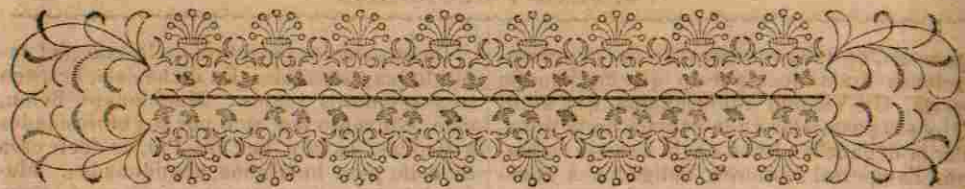
La atrevida arquitectura de la sala del capítulo es admirable. En dicha sala, existen tres sepulcros reales. Mencionaré Belen, este convento tan rico por sus curiosidades artísticas; es hoy la *Casa Pia*, es decir casa de asilo para huérfanos abandonados. Mafra debe atraer nuestra atención: es á la vez el Escorial y el Versalles de Portugal. Mafra presenta un monasterio y un palacio. Ahí abunda el oro y el mármol; por orden de Jacobo V, cuarenta y cinco mil trabajadores, incluso siete mil soldados, concurrieron á la erección del edificio que posee por lo menos ochocientos ochenta y seis salas y cinco mil puertas y ventanas.

Hoy Mafra ha sido abandonado; el agua del cielo se filtra entre las piedras desunidas; las estatuas y los cuadros están cubiertas de musgo, las plantas parietarias nacen en su techo. ¡Pomposa reliquia del siglo pasado, monumento del orgullo humano! Mafra muy pronto quedará destruido pues no se tiene cuidado de él.

Después de Lisboa, inmediatamente se presenta Oporto, ciudad estremadamente comerciante y rica por sus establecimientos públicos; después Elvas, cuya plaza militar es la mas fuerte de todo el reino; Coimbra capital de la provincia de Beira, Coimbra llamada Atenas del Portugal; Lamego y Pinhel ciudades episcopales; Almeida, plaza fuerte, construida en una llanura de tal manera elevada, que desde lo alto de su castillo, se descubren los límites de doce diócesis; Braganza, admirablemente situada en los bordes del Rio-Pervenza, en el centro de una fértil campiña; Faro, capital de Algarve; Tavira, ciudad de las tradiciones caballerescas, en cuyo puerto se refugiaban las embarcaciones portuguesas á su vuelta de sus expediciones contra los berberiscos.

Mucho ha decaído el Portugal que tuvo su época de esplendor. En otro tiempo mandaba á las regiones mas lejanas del Asia sus flotas conquistadoras, y el tiempo en nada ha disminuido la gloria de los Vasco de Gama y de los Alburquerque. Y sobre todo la gloria de Camoens nunca se olvidará. ¡Camoens, el sublime autor de las *Lusiadas*; Camoens que, después de una vida llena de agitaciones, de peligros y de sufrimientos terribles, murió en un hospital de Lisboa, sin tener un paño con que cubrirse!

¡Triste destino del génio! ¡siempre esas grandes inteligencias han de tener que luchar con la miseria! ¡Comprenderán al fin los hombres que deben consagrar un culto particular á esos seres privilegiados que representan directamente á un Dios sobre la tierra!



INGLATERRA.

Escocia. -- Irlanda.

Hace algunos años, que por casualidad, fui testigo ocular de una discusión interesante que trataré de describir; porque en el momento en que me ocupó del Reino Unido, que contiene tantas maravillas, mi pluma se detendría con una especie de espanto ante un objeto tan vasto, si mi memoria no acudiese á mi socorro. Por esta vez, mis queridos lectores, me abstendré de emprender una narración. Lo que oí suplirá a los alcances de mi imaginación.

Lo que voy á referir pasó en Greenwich. Yo estaba alojado en uno de los principales hoteles del lugar en compañía de un amigo mío que se estableció en Inglaterra y que, por consiguiente, estaba al corriente de los usos y costumbres de los habitantes del país.

Tres caballeros se colocaron en una mesa cerca de la nuestra, y comiendo suculentamente se pusieron á discutir. Al silencio que se terminó por frecuentes libaciones de la manera británica, se siguió una acalorada discusión, y no tardé en advertir que cada uno de ellos sostenía patrióticamente las excelencias de su país.

¡Ved, me dijo mi compañero, la ceguedad del hombre por sus ideas hereditarias. He ahí un inglés, Sir Enrique Tresham; un escocés, M. Jorge Mac Carthy; y un irlandés, el honorable M. Lionel O'Fergus, que

combaten con igual ardor *pro patria et socijs*; ó mejor dicho, son tres juicios enteramente opuestos; el primero en favor de la Inglaterra, el segundo en el de Escocia y el tercero en el de la Irlanda.

—Sí, exclamó Sir Tresham, afirmaré, hasta el último instante de mi vida que en el Reino Unido, la preeminencia bajo todos conceptos pertenece á la Inglaterra. ¡Quién, obrando de buena fé, ha de sostener lo contrario, cuando se vé el alto grado de civilización, de esplendor comercial é industrial, de poder marítimo y de preponderancia á que ha llegado este noble país! En la historia del mundo entero, hay pocos ejemplos tan manifiestos que demuestren esos rápidos progresos. Ante nuestra fuerza y nuestra inmensa riqueza, ¿dudareis todavía un solo momento de nuestra superioridad? Hablad, mi querido Mac Carthy.

—Ciertamente, dijo este, teneis á vuestro favor la evidencia de los hechos. Ninguno se atreverá á negar el alto grado de esplendor de la Inglaterra; pero creed también que conviene á su importancia política ocupar el primer lugar entre las tres islas. Suponed que Edimburgo fuese la capital del Reino Unido, los progresos de que os gloriais los hubiéramos adquirido así como vos.

—¡'or ejemplo! vosotros los escoceses no



Lit. de V. G. Torres.

ESCOCIA.

teneis nuestra perseverancia, nuestra fuerza de voluntad.

—Decid, que ahora tenemos parte en vuestros trabajos, en vuestras empresas. Si el irlandés también....

—El irlandés, exclamó Leonel O'Fergus, está oprimido, pero sufre!

—Vamos, interrumpió el inglés, no tratemos de política; como buenos amigos nos hemos reunido aquí para comer alegremente. Estoy contra los discursos serios.

—Vos tenéis la culpa querido mío, dijo Mac Carthy; no podéis estar en ninguna parte, sin elogiar a cada instante la prosperidad de vuestra patria.

—Tengo razón.

—¡Todavía! dijeron á la vez los dos oyentes.

—Sí, añadió con calor Sir Tresham, y si queréis que os bosqueje un cuadro, escuchadme con paciencia.

—Bien, ¡pero consentís que hablemos despues!

—Sea, quiero deciros que mi Albion es á mis ojos la tierra por excelencia. Ved nuestros puertos, nuestros arsenales. Comenzaré por manifestaros á Lóndres; ahí encontraréis el Támesis que es tal vez el río mas hermoso del mundo entero para la navegacion, con sus magníficos puentes de Westminster y de Black-Friars. (1) Nuestro Lóndres es lo mismo que lo que fué en otro tiempo Roma, sede de la libertad, protectora de las artes y el objeto de la admiracion del mundo entero; no hay ciudad cuyos almancen ofrezcan mas elegancia.

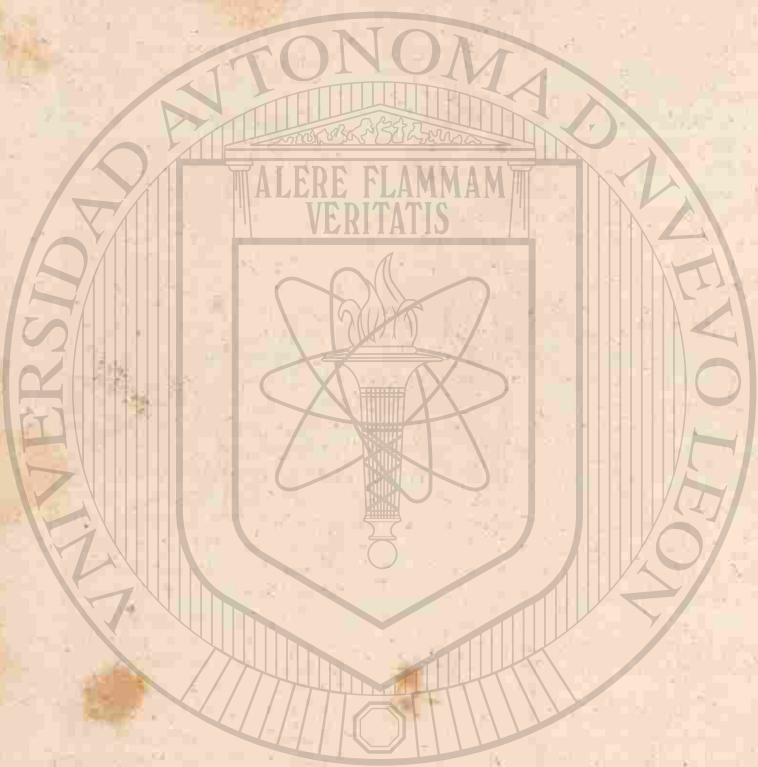
Por la posición que ocupa, goza, gracias al Támesis, de todos los beneficios de la na-

(1) El puente de Westminster es considerado en Lóndres, en cuanto á las construcciones de este género, como el mas perfecto y elegante. Es de piedra y atraviesa el río en una estension de 11 1/2 piés. Está embellecido por los dos lados, con una hermosa balaustrada de piedra, resguardada contra la lluvia. El puente tiene de ancho 44 piés, y las sendas por ambos lados son hermosas y cómodas. Está compuesto de catorce pilares, trece arcos grandes y dos pequeños, todos semicirculares; el del centro tiene 76 piés de ancho y los demas van disminuyendo gradualmente 4 piés. Este monumento se comenzó en 1733, se concluyó en 1750 y costó 9.336.000 francos, 1.867.200 pesos.

El puente de Blacks-Friars, [dominicos ó frailes negros] en nada cede al de Westminster, tanto por su magnificencia quanto por su construcción; pero la naturaleza del terreno de ambas orillas obligó al arquitecto á emplear arcos de forma elíptica, lo cual produce por tanto un hermoso efecto. Este puente se comenzó en 1760, se concluyó en 1770, y costó la suma de 3.668.160 francos, [733.632 pesos,] está situado casi á igual distancia entre el de Westminster y el de Lóndres, y puede desde allí verse el Támesis hasta White-Hall, y presenta la hermosa perspectiva de la iglesia de San Pablo.

vegacion, sin estar espuesta á las sorpresas de una flota enemiga ni á la insalubridad de los vapores húmedos de la mar. Comenzando con una regularidad imponente del lado del río, se estiende por ambas orillas, recorre una estension prodigiosa de Este á Oeste, formando un anfiteatro hácia el Norte y se prolonga cerca de siete leguas en contorno con una hilerá de magníficas casas de recreo y deliciosas aldeas, domicilios campestres de los nobles y negociantes que han buscado un aire mas saludable y se han retirado de las agitaciones de los negocios. Recorredlo, ahora; encontrareis en este vasto lugar mas de trescientos edificios religiosos, mas de cien casas de caridad y veinte hospitales por lo menos. Tenemos el honor de poseer la iglesia mas regular del culto protestante, San Pablo, obra sublime de Cristóbal Wren (1). Westminster, este imponente edificio gótico, donde se halla la sala mas vasta que existe en el mundo; la hermosa columna llamada el Monumento, que se edificó bajo los auspicios de los habitantes de la Este, para eternizar el recuerdo del terrible incendio que destruyó á Lóndres en 1666; la noble construcción de la Lonja; la torre, ese recuerdo presente de nuestros antiguos anales; el museo, tan rico por sus preciosidades, que immortalizará el nombre de su generoso fundador Sir Slone; la Almirantía; Mansion House; (casa) los palacios de la nobleza; los parques, los squares [las plazas] les docks [los diques], el tunnel; ¡todo no contribuye á hacer nuestra ciudad superior! Además de los palacios de Lóndres (que igualmente son magníficos y adornados con esquisito gusto) se ven los castillos particulares en que la opulencia de la nacion inglesa brilla con todo su esplendor. Sus castillos tienen un mérito que les es propio y que los hace superiores á los demas que se encuentran en el continente; lo mismo están por el interior que por el exterior; sus departamentos y pabellones tienen la misma elegancia, tanto por su construcción como por el ajuar, todo está en el mayor orden. Os enumeraré ahora las ciudades de nuestro condado; Newcastle, en el Northumberland, con su gran comercio de carbon de piedra; Carlisle, capital de Cumberland, cuya catedral es muy hermosa, Durham, York, Halifax; Manchester y Liverpool, estas dos arterias de la industria; Chester, Derby, Sincoln; Birmingham, que un orador ha llamado "al-

(1) La estension interior de la iglesia de San Pablo de Lóndres es de 479 piés; y su altura desde el suelo de mármol hasta la cruz que se haya colocada en la cima de la cúpula es de 326. Esta catedral fué construida al estilo griego á imitación de la de San Pedro de Roma. Es, sin duda alguna, el único edificio de esta magnitud que se haya ejecutado por un sólo hombre. Su célebre arquitecto, Sir Cristóbal Wren, llegó á una edad muy avanzada, y concluyó la obra de San Pablo á los treinta y siete años despues de haber colocado la primera piedra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

maceu de Europa" ;Oxford y Cambridge, las dos hermanas en ciencias; Portsmouth, Southampton, Douvres; Windsor y su magnífico castillo, obra de nuestros reyes, porque desde Guillermo el conquistador todos han contribuido a su engrandecimiento y belleza. Creo que debo concluir; nunca acabaría si quisiera mencionar todos los nombres, cuyos recuerdos se presentan a mi memoria, y describir nuestro esplendor comercial, nuestra superioridad marítima y manufacturera sobre los demás pueblos por grandes que sean.

—¿Habeis concluido ya vuestro discurso, querido Enrique? preguntó Jorge Mac Carthy.

—Sin duda, respondió Sir Tresham; ya os dije, amigos míos, que he querido abreviar; ya sabéis que mi objeto me hubiera conducido demasiado lejos.

—Pues bien, dijo Jorge, quiero aprovecharme de la circunstancia para manifestaros que mi opinión acerca de mi país no se ha alterado por vuestras demostraciones geográficas e históricas. No, sin duda la Escocia no tiene la misma importancia que la Inglaterra en cuanto a su política; pero desde el advenimiento de los Estuardos al trono de Isabel, mi patria se ha ligado de tal manera a la vuestra, que no se puede admirar el esplendor de una, sin atribuir algunos rayos de él a la otra. La antigua erudición escocesa es notoria; es muy sabido que Carlomagno tuvo una correspondencia epistolar con los reyes de Escocia, y formó con ellos una liga; empleó a los escoceses para arreglar, establecer y gobernar las universidades que favoreció especialmente, y los otros santuarios de las ciencias, tanto en Francia, como en Alemania y en Italia. Otro hecho no menos constante, es que Barbour poeta escocés, filósofo e historiador, más antiguo que Chaucer, puesto que floreció en 1395, escribió con la misma pureza el inglés que este célebre poeta, y que su versificación, tal vez, es más armoniosa. Thomson, Burns, Goldsmith, Sterne y Walter Scott, siempre serán entre nosotros el honor eterno de las letras. En las ciencias, citamos con justo orgullo para las matemáticas, a Neper de Merchistone, Keil; para la astronomía, Gregori, Maclaurin. Me sería preciso presentaros un volumen por lo menos para mostraros todos los hombres que han brillado por su inteligencia y han sido útiles por sus trabajos. Habeis pasado una revista de las ciudades inglesas, que la mayor parte ofrecen monumentos hermosos y que son recomendables por su esplendor y su comercio. ¿Sostendréis que en nuestros treinta y tres condados escoceses no existen ciudades industriosas y florecientes, tales como Glascood, Kirkoval, Invernss, Rothsay, New-Aberden, Verth, Kinross, Stirling, Dumfries y Edimburgo? ¿Dónde se encuentra más variedad de objetos que en Escocia? ya sea recorriendo les *lowlands* [1] ó ya subiendo las

[1] Tierras bajas.

highlands. [1] Soguid de Oeste á Este la cadena de los montes Grampians; os admirareis de lo grande de la naturaleza hasta en la esterilidad de las rocas y matorrales. En la costa occidental, por todas partes los golfos retratan sus caprichosos contornos; en el interior, los lagos cuyas orillas están formadas por los bosques, seducen las miradas; estos son nuestros *Lochs* tan pintorescos; entre otros el Loch de Spinic cerca de Elgin, notable por la multitud de cisnes que en él se encuentran. Cerca del Lago Mess hay una montaña que tiene mil ochocientas toesas de altura perpendicular y en cuya cima hay un lago de agua dulce, y su estension es de treinta toesas, y nunca se yela. En nuestro país hay tan buen cultivo como en Inglaterra; se multiplicarán los caminos y canales, despues será muy productivo. En cuanto a los monumentos citaré dos que igualan, si no aventajan a los de Inglaterra: uno es el palacio de Holyrood en Edimburgo, y el otro el hospital fundado por Jorge Herriot, platero, bajo el reinado de Jacobo VI, y construido por Inigo Jones. Aquí terminó mi discurso.

—Hemos escuchado la defensa en favor de la Escocia, dijo Sir Tresham; á vos os toca ahora, mi querido O'Fergus, defended vuestra Irlanda... Siempre que podais defenderla.

—¿Eh! ¿por qué no? replicó vivamente O'Fergus. Sin embargo su rostro manifestó cierta espresion de tristeza. "Confieso replicó él, que mi pobre patria está lejos de presentar un cuadro de prosperidad. ¿Quién ha de tratar de ocultar las miserias de la Irlanda! Esto sería lo mismo que colocar un hermoso collar de perlas finas en el cuello de una pordiosera andrajosa, y esclamar despues: "¡Ved esa gran señora que pasa!" No, lo confieso, mi Irlanda no es feliz; pero ¿debe inferirse de esto que Dios ha desheredado a su clima, de fertilidad y á sus habitantes de principios de honor?

—A lo menos interrumpió Sir Tresham, ¿no negareis que el aldeano irlandés ha llegado á un estado de embrutecimiento inaudito!

—Siento convenir en ello, pero la vergüenza es para la Inglaterra: este embrutecimiento es el fruto de un gobierno tiránico, de la excesiva avaricia de los propietarios, de la enormidad de los impuestos y de la falta de instruccion. Pero que llegue á considerar la angustia de los irlandeses, que aligere las cargas que pesan sobre ellos, y sobre todo que los propietarios no sigan con su costumbre de alejarse del país llevándose el dinero que de él han sacado; entonces todo mudará, y nos aprovecharemos de la fertilidad de nuestro suelo que, á pesar de ser pedregoso, es excelente y da en abundancia todos los productos que se le piden. Nuestro amigo Jorge ha hablado de *Lochs* de su Escocia; yo quiero hablar de nuestros *Loughs* tan abundantes de pescados; del lago Neagh, notable

[1] Tierras altas.

por la cualidad petrifica de sus aguas; del lago Killarney que se desarrolla presentando hermosas perspectivas. En ningun otro país, nada ha producido la naturaleza, segun entiendo, que pueda igualarse á nuestra *Chaussee des Géants*... [1]

Vamos, vamos, interrumpió Sir Tresham, no nos dejemos llevar por el deseo y el placer de las descripciones, esto nos conduciría demasiado lejos. Seré franco; los tres tenemos culpa y razón.

—¿Como es eso? dijo el escocés.

[1] La calzada de los gigantes ó del gigante se encuentra en el condado de Antrin, á tres leguas, poco más ó menos, de Colerain. He aquí la descripción que ha dado de ella M. José Prevost, en su magnífica obra titulada: "Un paseo en Irlanda."

"La calzada del gigante, esta maravilla de la naturaleza, parece estar destinada á confundir para siempre las hipótesis de los sabios. Figura raos un inmenso fundamento de estacas compuestas de trozos de columnas basálticas tanto pentágonas, como ecásgonas septágonas ó octágonas perfectamente formadas, unidas unas á otras con la más perfecta simetría, y parecen, cuando se examinan separadamente, otras tantas obras del arte cinceladas por la mano de un gran artista. La calzada se estiende en la mar sobre una estension de más de una milla. La blanca espuma de las olas barre sin cesar esa calzada maravillosa que, del lado del Sur, está coronada por las rocas, y montes enormes en cuyos lados se ven una variedad increíble de

—Sí; hemos comenzado, yo sobre todo, por ser demasiado absolutos en nuestras opiniones. Las tres patrias ofrecen, considerándose cada una en particular, bellezas naturales, grandeza, energía y sus recuerdos históricos memorables. No tratemos de dividir las; sino al contrario unámoslas estrechamente para la prosperidad común.

Los tres amigos pagaron el importe de la comida, encendieron su cigarro y salieron del hotel.

"construcciones espléndidas y caprichosas. Nos metimos en una barca para pasar en revista aquella serie de obras maestras que han recibido del pueblo un nombre característico. La barca nos condujo primero ante *l'organo del gigante* conjunto de columnas cuidadosamente alineadas con admirable regularidad. Nuestros bateleros nos afirmaron que á las doce de la noche de Navidad, cada año, se oye una música estraña producida por aquel teclado colosal. Vimos sucesivamente las *chimeneas* el teatro del gigante, el sillón del gigante, el rey y sus nobles, el sacerdote, y su rebaño, la nodriza y su niño, la corona y la zampoña del gigante, todos estos nombres muy significativos se les han concedido, segun la analogía cuya esotitud he reconocido; tanto en las rocas basálticas como en las que unen á la ribera se hallan incrustadas las sombrías paredes de aquella costa. Este panorama verdaderamente mágico se halla dominado por la roca de Plaiskin, asombrosa pirámide de compuesta de tres pisos de columnas basálticas, cuyas cimas se pierden entre las nubes."



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Lit. de V. G. Torres.

GRECIA.



GRECIA.

Al Señora Baronesa de G. *do*

Os dignásteis pedirme, señora, algunas nociones sobre la Grecia moderna, para instruir á vuestros hijos, á esa colonia de la juventud estudiosa. Habeis invocado una autoridad muy infima, cuando tantos viajeros y escritores de primera órden han recorrido y descrito cuidadosamente un pais donde los grandes actos de la civilizacion llegaron á un alto grado de esplendor. El único mérito que pueda tener, suponiendo que pueda tenerlo, será el de ofrecer á vuestros hijos una obra compendiada, un resúmen que comprenda con facilidad; el de conmover su jóven espíritu sin fatigar su memoria.

¡Pues bien! entremos en materia. No tratando de emprender una introduccion, debemos bosquejar rápidamente lo pasado, como contraste natural de las cosas y costumbres de lo presente.

Cuando se habla del arte, de la poesía, el pensamiento se fija involuntariamente hácia aquella nacion tan floreciente por el genio de sus habitantes; nacion que supo permanecer intacta, á pesar de la desmoralizacion del Bajo-Imperio, de la conquista y de su ocupacion por los moros, sin perder absolutamente el prestigio de que se hallaba revestido su porvenir. Todo en ella era poético; un idioma suave y vibrante, á la vez que

animado y armonioso, habia dado á sus ciudades, á sus mares, y á sus numerosas islas, esos nombres encantadores que agrada escucharlos. ¡Quién no se deleita viendo en un mapa esas provincias que no se atreverá á pronunciar sin recordar tantos acontecimientos célebres! La Macedonia, la Tesalia; hácia el Sur Etolie, Phocide, Achaie, Elide, Messenia, Arcadia, Laconia y Esparta, Argolida, Beotie, Astique, y Atenas. Atenas que por el ascendiente de su antigua popularidad, ha sido el sitio principal del reino nuevo, la capital de Othon 1°. ¡Cuán mágicos son los nombres que se han dado á las islas: Coreyre, Lecaude, Tharos, Lemnos, Seyros, Zacynthe, Cyterca, Paros, Melos, Chio, Naxas, y en fin la Creta. Minos tan poderosa y que costó á los turcos muchos esfuerzos y sangre, cuando quisieron despojar á los venecianos de aquella isla incomparable. Así el espíritu vivificante del pueblo helénico se esparció por todas partes, no solo en el continente, sino tambien en las colonias, tanto en Italia como en Sicilia, así mismo fué difundido su hermoso lenguaje griego, el gusto de las artes, de las letras y del comercio. Todo lo dominable por la inteligencia y las armas, porque ese mismo pueblo, por consecuencia de su subdivision

en una multitud de repúblicas independientes y luchando continuamente por la superioridad, debía ser naturalmente guerrero. Por causa de ese valor, de ese sentimiento innato de la táctica, los griegos continuaron sus guerras contra vecinos formidables, tales como los persas, y resistiendo á los romanos, de otra manera peligrosos, y que sin embargo concluyeron por dominar á la Grecia.

¿Qué cosa hay mas curiosa, al estudiar las costumbres de los griegos modernos, que investigar las de sus abuelos! En oposicion con la actual pobreza del país, se admira su riqueza y su esplendor de otro tiempo; el lujo de lo pasado no cuadra bien con la simplicidad de lo presente. Desde los primeros tiempos, llamados heroicos, era notable el espíritu militar que animaba á los griegos y presidió á la organizacion de sus armas tanto ofensivas como defensivas; sus cascos variados y elegantes sus corazas, sus cotas, de malla; picas, dardos, cuchillas, arcos, flechas y hondas; sus veloces carros, en que muchas veces el guerrero se lanzaba para combatir á pié. Nada se ejecutaba sin música; los de Creta marchaban contra el enemigo al son de flautas; otros pueblos al acorde de sus laudes y liras; á la vista de sus adversarios los jóvenes de Esparta lanzaban un grito de alegría, y despues de haber sacrificado una cabra, ceñían sus frentes con hermosas coronas. El premio al valor, era muy estimado. Este consistia en una corona, en el permiso de levantar columnas y estatuas en favor de sus dioses y en consagrar sus armas á la defensa de la *acropole* [ciudadela]. Si los guerreros morian pobres, los hijos eran sostenidos á espensas del tesoro público, con una pensión de dos *oboles* [30 céntimos diarios]. Llegando estos á la pubertad se presentaban ante la asamblea del pueblo; allí un magistrado les dirigia la alocucion siguiente: "En memoria de los servicios de tu padre, la patria te adopta y te hace ciudadano; hoy te confia esta armadura para que sepas hacer uso de ella." En fin por última recompensa, los mas esforzados ocupaban los principales lugares en el teatro y en las asambleas públicas.

En cuanto á la marina, los antiguos habian hecho igualmente rápidos progresos. Por mucho tiempo las flotas griegas tuvieron aterrizados á los pueblos bárbaros, que no podian comprender, cómo esas naves armadas y llenas de soldados podian caminar por el agua. Las galeras no tenian al principio muchos remeros como lo manifestaba la nave *Argo*. Mas tarde las construcciones fueron mas atrevidas, mas colosales: pueden citarse la galera de Ptolomeo Philopator la *Cyclade* ó el *Etna* que caminaban impulsadas por muchos remeros, llevando, ademas de cuatrocientos marinos y de cuatro mil remeros, una guarnicion compuesta de tres mil soldados. Podia llamarse una isla flotante.

Por un contraste extraño, los griegos, á pesar de sus costumbres relajadas, profesaban

á sus dioses un culto tan perenne, que habian multiplicado infinitamente el número de sus fiestas religiosas. Por medio de éstas honraban la memoria del amigo que acababan de perder ó de algun ciudadano que habia prestado grandes servicios á la patria. El aniversario de los acontecimientos mas gloriosos para la república, se celebraba con fiestas. El tesoro público erogaba los gastos de aquellos actos en que reinaba una magnificencia increíble; entre los principales eran notables los Panathécés y las pompas de Eleusis. Tendré necesidad de recordar y manifestaros los juegos solemnes, á los que concurrían innumerables espectadores de todos los pueblos! Se sabe que los honores que se hacían á los vencedores eran los juegos olímpicos. A la vuelta á su patria, se conducían en un carro de triunfo, haciendo asimismo un arco en la muralla para hacer la entrada mas imponente.

Los detalles de las ceremonias de su culto, forma de los templos, y usos religiosos, estaban frecuentemente conformes con los del cristianismo, pues los antiguos se servían de agua lustral, de cáliz y de vinajeras en las libaciones, incensarios, cirios &c.; esos detalles, creo no son ajenos de mi objeto y por lo mismo me he ocupado de ellos. Podré advertiros, mis jóvenes lectores, cómo entre los griegos, los diversos actos de la vida, tales como el matrimonio, los nacimientos, los funerales, se semejabán á los que practicamos. En Thebas habia instituciones filantrópicas; la instruccion primaria se daba con empeño á los niños. Ya he dicho la influencia de que gozaba la música: los primeros músicos se pusieron en el número de los dioses y se reverenciaban como á los protectores del arte que habian inventado. Los embajadores enviados al ejército enemigo marchaban tocando su lira ó su laúd, con el fin de suavizar los espíritus de aquellos con quienes iba á tratar. Las lecciones de moral y los consuelos muchas veces se mezclaban á la música. En los tiempos heroicos, el mismo personaje era poeta, músico, y cantor. Este uso duró mucho tiempo despues de Chiron y Orfeo, pues Homero con la frente ceñida de laurel cantaba de ciudad en ciudad sus inmortales rapsodias. El amor á la gloria, producida por la educacion homérica de los ciudadanos, engendró las obras maestras del gusto y de la simplicidad que se vieron brillar en el seno de la Hellode. Entonces la nacion entera, electrizada por un fuego divino, tomó parte en los sucesos de sus artistas; los pueblos les honraban disputándose la gloria de obtener sus cuadros y sus estatuas, y conservarlas religiosamente [1].

La antigüedad y tantas maravillas, me han hecho ser mas estenso de lo que deseaba. Pasémos, pues, sin detenernos á la era mo-

[1] La mayor parte de los detalles que acaban de leerse están sacados de la excelente obra de M. Pouqueville que trata de *Grecia*.

derna que, por lo demas, ofrece millares de objetos que la pueden hacer semejante á la pasada, exceptuando el poder y el esplendor.

Como otras veces, las casas griegas están divididas en dos partes por una gran sala que ocupa el centro y todo el ancho del edificio. Allí se efectúan las fiestas y se hacen las ceremonias que requieren un gran espacio. Por un lado están las habitaciones de los hombres, y por el otro las de las mujeres bajo el nombre de *Ginackeon*. En los pisos inferiores están las cocinas, los almacenes y las caballerizas. En los dormitorios hay siempre una lámpara que arde toda la noche; este es el uso de la gente acomodada; entre el pueblo, es una devocion, porque la lámpara esta ordinariamente colocada ante la imagen de algun santo. En lugar de camas como las nuestras, los griegos se contentan con poner colchones en los sofás. En ninguna pieza hallareis chimeneas; pues para calentar la habitacion se sirven de un brasero: con el fin de preservar el rostro del calor de él, han inventado el *tendour*. Este consiste en una mesa cuadrada, bajo la cual se coloca el fuego; se la cubre sólidamente poniendo despues un tapete mas ó menos rico, y se sientan cerca del *tendour* en un sofá ó en almohadones.

La ocupacion principal de las mujeres griegas consiste en el bordado, arte tan antiguo que sus abuelos practicaban con mucho ardor como lo demostraban Virgilio y Terencio. Las mujeres salen poco generalmente y aquellas cuyo trabajo es útil á sus familias tienen en sus tareas una paciencia infatigable. Penetremos en el retrete de una mujer griega; no hay en él otro mueble que un sofá, un cofrecillo guarnecido de marfil en que se hallan las sedas, las agujas y todo lo necesario para el bordado.

La costumbre muy notable de otras veces era la ternura que se manifestaba á las nodrizas: estas no abandonaban la casa, aun cuando el niño que habian criado estuviere ya grande y casado. Aquella costumbre de adhesion tradicional de las nodrizas ha permanecido aún. Se las distingue ahora con el nombre de *paramana*, segunda madre.

El tocador es para las mujeres griegas una grande ocupacion. Hablemos primero de este objeto por ser muy variados los tocados. Unas veces los cabellos trenzados caen sobre las espaldas; otras al rededor de la cabeza ó prendidos negligentemente con flores segun el uso de las hijas de Sparta; si el tocado está bajo se le sustituye con una pluma de garza real. La mitra, que antiguamente usaban las mujeres, tenían unas cintitas que caian por las mejillas y pasaban debajo de la barba. Las griegas tienen hoy el mismo adorno, que está ademas guarnecido de franjas: se llama *mahoutika*.

He aquí el conjunto del traje. Una camisa de gasa de seda blanca que descende hasta los piés; cuyas mangas son muy largas,

unos calzoncillos forrados, siendo lo exterior de un género de seda, y el forro de una tela ligera. En la camisa se pone la *anthere* que ajusta el talle. Sobre la *anthere* se coloca el *caftan*, y en fin el *ropon*, que ordinariamente, es el vestido mas rico. Siempre las damas griegas han apreciado cubrirse de pedrerías: las hebillas de sus cinturones, sus collares y sus brazaletes están llenos de piedras preciosas, y en sus cabezas brilla el diamante al lado de los jazmines y rosas. El abanico sirve de sombrilla; es grande, redondo, compuesto de plumas de pavo con su mango de marfil; en el centro tiene colocado un espejito. El uso tan antiguo del velo ha sido conservado cuidadosamente por las griegas: ese símbolo de la modestia forma aún la parte esencial del traje.

Vivos, elocuentes, prodigos en imágenes y comparaciones, los griegos han conservado, á pesar de sus desgracias y sufrimientos causados por la guerra de la independencia, su ardor en el lenguaje, su poética ecesageracion. Llaman por ejemplo, *reyes* y *reinas* ó bien *arkhondas* y *arkhondirsa*, á los mas distinguidos de entre ellos ya por su categoria ó por su opulencia. Todo se aumenta á sus ojos, todo tiene el espíritu oriental.

Entre los usos antiguos que han prevalecido hasta el dia es preciso referir la costumbre que tienen de beber mucho en la comida, en la que se sirve un corderito relleno cocido en horno, la miel del monte Hymette, pasteles, aceitunas y trigo tostado. Se ve en los festines de los griegos, no solamente los excesos de los antiguos, sino tambien las coronas que se colocan en las cabezas de los alegres convidados.

Pasar de este capítulo al de la religion parecerá mucha precipitacion; pero escusad la irregularidad del régimen que he adoptado para referiros tantos usos. Jóvenes austeras, la costumbre de orar en comunidad y de reunirse en la iglesia antes de salir el sol, el temor á la excomunion, y en fin, un gran respeto debido al patriarca y á los obispos, tales son las ideas que los griegos han tenido de los primeros cristianos. Mas si creen esto, no es porque tengan un espíritu esento de supersticiones; asimismo los griegos tienen en sus montañas, cavernas, selvas y aguas á las que consagran su devocion. Algunos dias del año, van en multitud y beben de esas aguas; esta es una fiesta pública. Las mujeres rocian con ella su seno para hacer desaparecer una desgracia que preven ó que las hacen temer. Dientes de ajo, talismanes, y otros amuletos que se ponen en el cuello de los niños son los medios mas usados con el fin de conjurar á lo que se llama el *mal ojo*.

Uno de los usos antiguos al que los griegos se han dedicado apasionadamente es el baile. Antes representaban los hechos célebres; hoy es lo mismo.

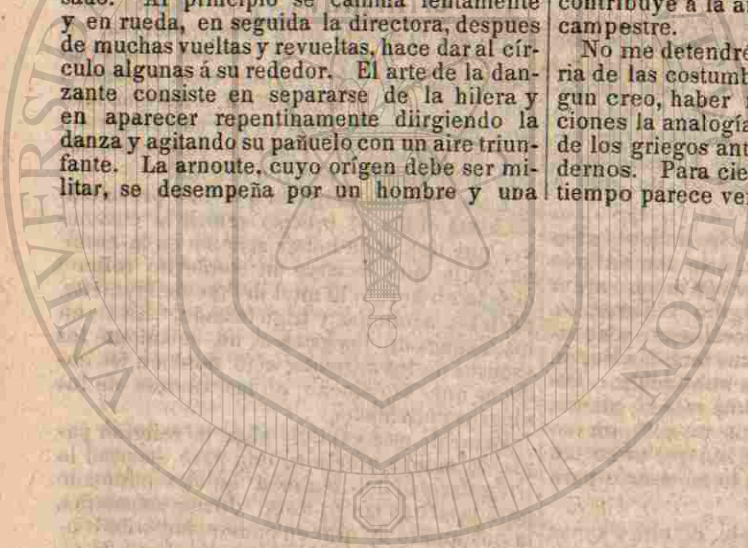
Todos los danzantes agarrados de la mano corren y saltan por las calles y campiñas, representando sus antiguas danzas que forman

parte del culto público. No hay fiestas ni solemnidades en las que los griegos no dancen al rededor del altar, ó al menos del templo, segun las costumbres de sus padres. Las principales danzas usadas en la Grecia, en esta época, son la Candiota, la Griega, la Arnoute, la Valaque y la Pyrrhica. Para la Candiota, el aspecto es tierno y se comienza lentamente; en seguida se vuelve mas viva y animada. La jóven cuyos movimientos son mas distinguidos hace una multitud de figuras y contornos cuya variedad sorprende á las miradas. En la *griega* las jóvenes y los mozos, hacen los mismos pasos y figuras danzando separadamente, y en seguida se reunen y se mezclan. Entonces una jóven es conducida por un hombre, toma un pañuelo ó una cinta, teniendo cada uno de ellos dos puntas; los demas pasan y vuelven á pasar sucesivamente debajo de ese arco improvisado. Al principio se camina lentamente y en rueda, en seguida la directora, despues de muchas vueltas y revueltas, hace dar al círculo algunas á su rededor. El arte de la danzante consiste en separarse de la hilera y en aparecer repentinamente dirigiendo la danza y agitando su pañuelo con un aire triunfante. La arnoute, cuyo origen debe ser militar, se desempeña por un hombre y una

danzante. El conductor lleva un látigo y un baston en la mano; baila y anima á los demas, corre rápidamente por delante pegando con el pié y haciendo chasquear su látigo, mientras que los demas, con las manos entrelazadas, le siguen con paso igual y mas moderado.

Terminaré mis interesantes descripciones de lo pasado como de lo presente, con un hecho curioso. En las aldeas griegas aun se observan las fiestas de Céres. Cuando las siembras están para cosecharse, van danzando al son de la lira á visitar los campos, se vuelven de la misma manera con la cabeza adornada con algunas espigas entrelazadas en el pelo. El día señalado para la cosecha, se reunen en los campos danzando con la guadaña colgada en la espalda; el que toca la lira canta una aria á la que responden en coro, y hasta el ruido que produce la hoz al segar el trigo, contribuye á la armonia de aquella música campestre.

No me detendré mas en esta pequeña historia de las costumbres griegas. Me bastará, segun creo, haber mostrado con diversas relaciones la analogía que ecsiste entre los usos de los griegos antiguos y entre los de los modernos. Para ciertos pueblos, la accion del tiempo parece verdaderamente insensible.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

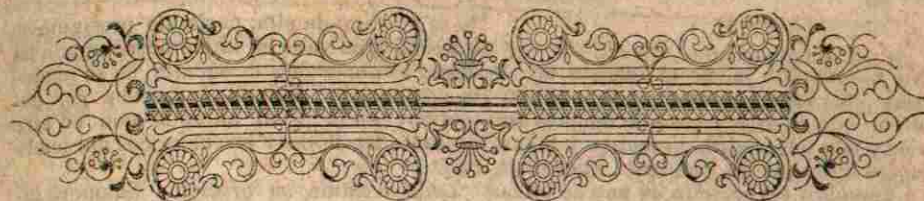
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Lit. de V. G. Torres.

TURQUIA.



TURQUIA.



Una masa inmensa se agitaba en la hermosa mezquita de Soliman, los embaldosados estaban cubiertos de ricas y magníficas alfombras, brillantes candelabros estaban colocados delante del altar, y un gran número de lámparas colgadas en la bóveda, embellecida con multitud de mosaicos, iluminaban aquel recinto. Cerca de un obelisco de pórfido, el imán pronunciaba la oración del *Febur*, esperando la ceremonia de la adopción que iba á verificarse.

La comitiva se adelantó lentamente, y la multitud se colocó en hilera en uno y en otro lado de la galería para dejarla pasar. La madre de la jóven, que iba á doptarse, era la primera. Era una viuda como de treinta y dos años, su rostro era hermoso, aunque alterado por el pesar; hubiera podido servir de modelo para una estatua que representase la dulzura ó la resignación; miraba hácia abajo, y sus manos las tenia colocadas ante el pecho como en acción suplicante; á su lado estaba Alí, el padre adoptivo, y Fatmé, su mujer legítima; los seguía una jóven y tímida niña, vestida con un ropaje blanco y que llena de emoción se apoyaba en el brazo de su hermana mayor.

Las otras personas de la familia los seguían de dos en dos recitando los versículos del Koran; cada una de ellas llevaba un ario encendido. Cuando llegaron delante del altar la comitiva se paró. La adoptada permaneció de pie en el santuario, y el padre adop-

tivo afuera. Los parientes se colocaron siguiendo el orden de la ceremonia, y el imán revestido con su capa *Ihram*, se prosternó y dijo:

“Gloria, honor y alabanza á Allah y á Mahoma su santo profeta!

“Gran Dios! no hay otro Dios, sino tú; ¡Dios altísimo! ¡Dios altísimo! las alabanzas son para tí.”

Y pronunció estas palabras según la costumbre del país, en seguida guardó silencio; después con el mas profundo recogimiento, elevó sus dos manos, entre abrió los dedos, y llevando el pulgar hacia la parte inferior de la oreja, recitó el *Ahhkeam Us-Falath* [1] y dijo:—“Allah, tened piedad de nosotros, y que vuestro santo profeta, una como padre y como hija, á estas dos personas extrañas una de la otra.”

Entonces la adoptada salió del santuario, y después de arrojarle en los brazos de su padre adoptivo, se puso de rodillas. Alí puso el pie sobre el cuello de la jóven diciendo:

“Tú eres ahora y serás en lo de adelante mi hija, puesto que hoy es cuando te he engendrado. Así debe suceder, pues Allah es el verdadero Dios, y Mahoma su santo profeta.”

En seguida la levantó y la abrazó; recibieron juntos la bendición, y se unieron á los demás asistentes para rezar la oración del día, el *Salath ul Djuin'a*. [1]

[1] Oración dominical de los mahometanos.

[2] Oración que se reza todos los viernes.

II.

¿No habéis visto jamás el interior de un harem? ¿No habéis admirado jamás un retiro turco, uno de esos retiros de mujeres tan frescos y tan adornados, graciosos y bellos como los seres que los habitan? Pues bien, voy á descubrir los secretos de uno de ellos.

Figuraos una vasta pieza con ventanas enrejadas como las de un convento, los suelos están cubiertos de ricos tapices de Persia, varios de ellos formando sofás y al derredor de todo el cuarto se levanta a la altura de medio pié, una especie de cama de reposo de raso blanco, con dos hileras de cojines del mismo género, enriquecidos con borlas y bordados de oro que se unen á las guirnalda de flores que se hallan pintadas con arte sobre los muebles de madera; en las cuatro esquinas de la pieza, se ven las cazoletas con perfumes, cestas de rosas floridas, fuentes de mármol blanco, de donde salen numerosos chorros de agua que corren sobre una alfombra de anémonas y de junquillos, y vuelven á caer de una fuentejilla á otra formando un dulce murmullo.

Sentada sobre un cojín de terciopelo azul, delante de un magnífico *tendour* bajo el cual ardía un fuego vivo, una joven cuyo rostro estaba cubierto con su velo, símbolo de la modestia y de la pureza de una joven de quince años, recitaba con una voz dulce y ferviente la oración *Namaz*; sus hermosos ojos estaban fijos en el tapiz sembrado de coronas y de risueñas figuras, y sus blancas manos reposaban sobre su larga túnica. Toda su actitud anunciaba el mas profundo recogimiento.

Era Leila, á quien los años habian embellecido mas, Leila que no vivia sino para pagar con su ternura y sus cuidados, su deuda de gratitud hácia Ali y Fatmé. Mucho mas inteligente é instruida que la mayor parte de las jóvenes de su país, habia adquirido varios conocimientos. Sus manos ejercitadas sabian dirigir hábilmente el pincel sobre el papel satinado, ó hacer vibrar las cuerdas de un *scheschdar*. La felicidad de Leila consistia en cumplir todos los deseos de Ali y de servirle; le agradaba presentarle la lumbre para que encendiese su pipa; ó bien llevarle la taza del café. Su espíritu amable llenaba de gozo toda la casa, y siempre daba Ali gracias al profeta por haberle inspirado la idea de adoptar á Leila.

Apenas Leila habia comenzado los primeros versículos de su oracion, cuando se abrió la puerta, y un joven, vestido magníficamente, cuya figura era noble y orgullosa, de talle alto, de bigotes negros y finos entros, y poniéndose delante de ella la contempló silenciosamente, dirigiéndole una mirada atrevida. Al principio ella creyó que era Ali, á quien algunos negocios habian traído á Andrinople, y á quien ella esperaba con impaciencia, pero cuando reconoció que era Haroun, el hijo del gran visir, un temblor súbi-

to se apoderó de ella; por tanto prosiguió su oracion; y en vano el impio buscó modo de atraer su atencion y de sacarla de su pladosa meditacion. Haroun se paseaba con paso grave en la pieza, mirando con un aire distraído las flores y los mosaicos del cielo raso.

Leila terminó su oracion. Entonces levantándose como pura y melancólica aparicion, dijo: "Haroun, estoy destinada á veros siempre siguiendo mis pasos como los negros genios de Eblis!

—Es porque mi corazón está atormentado. Leila, ¿por qué me desdeñas, por qué rehusas ser mi mujer?

—Vos lo sabéis, la violencia de vuestro carácter me espanta; y por otra parte no quiero dejar, casándome, á mis padres adoptivos.

—¿Oh Leila! tú tienes mala opinion de mi carácter que hubieras podido ablandar; por tanto yo te hubiera colmado de inefables delicias; tus vestidos estarían cubiertos de diamantes y de rubíes, y cuando tuvieras que pasar por los caminos, se regarían de flores que tú hollarías. ¡Ah! si tu quisieras, sería tiempo todavía; verías millares de esclavos inclinarse á tus piés; y jóvenes doncellas, blancas como tú, pero menos bellas, velarían tu sueño mientras que reposabas bajo la fresca sombra de los granados, cuyas ramas con sus flores de fuego flotarian sobre tu cabeza.... Dí, Leila, ¿prefieres esta dulce existencia?

—No, Haroun, no la quiero, no la quiero, porque deseo mas las tiernas caricias de mi padre; no necesito de ella porque tambien tengo esclavos negros, y jóvenes doncellas blancas, y yo no busco la felicidad en los placeres; y ya ves que desechando tus súplicas, obedezco á Ali.

—¿Pues bien! puesto que mi enternecimiento no puede seducirte, puesto que mi súplica no te conmueve, espera y verás lo que la venganza de Haroun te reserva.

Leila permaneció inmóvil de terror cuando oyendo que la puerta se cerraba con violencia, y viendo que Haroun habia desaparecido, se arrodilló y dijo:

—¡Allah! tened piedad de mí y de mi pobre padre Ali, ¡pues una desgracia y tal vez la muerte nos amenaza!

III.

Era la época de *Ramadan*. Una inmensa multitud invadía las calles de *Stamboul*; desde lo alto de los minaretes, los muezines entonaban el *Ezann* anunciando la oracion. Con los ojos bajos, las manos abiertas y levantadas, caminaban y recorrían á pasos lentos las galerías de las mezquitas.

Una mujer, cubierta con un caftan de rico género y seguida de un esclavo, atravesaba rápidamente las calles de la ciudad. Ella se detuvo, agitada, cerca de un lugar llamado el Cuerno de oro. El sultan iba á pasar. Una agitacion que recorrió las filas de la

multitud anunció la llegada de Hahmoud. Pronto apareció el comendador de los creyentes; iba montado en un caballo árabe, cuya silla y mantilla estaban cubiertas de pedrerías. Los ministros, el muphti, los ulemas, los bostandigs, los spahis con sus brillantes uniformes, escoltaban al sultan que aquel día, debía segun su devocion, visitar las diversas capillas sepulcrales ó *turbés* construidas en honor de sus predecesores.

La suplicante elevó á lo alto de su cabeza una tea encendida que llevaba su esclavo; por esta señal se reconocian las personas que tienen que implorar alguna gracia del Sultan. Hahmoud dirigió á aquella mujer una rápida mirada y se detuvo: esta entregó entonces á su alteza un papel que recibió con bondad. Por lo demas, la costumbre de los sultanes es dejar á los desgraciados que se acerquen á esponer sus quejas y escucharlos.

—¡Mi padre.... murmuró la joven.... mi pobre padre.... pido gracia para él!

Estas fueron las únicas palabras que pudo pronunciar.

—Consuélate, hija mia, respondió Hahmoud. Ignoro en este momento el nombre de tu padre y el peligro que le amenaza; pero está segura que leeré atentamente tu petición.

Se alejó. La comitiva no tardó en desaparecer al dar vuelta á una de esas calles estrechas y tortuosas de Constantinopla.

Ya se habrá adivinado que la joven que acababa de interceder la clemencia imperial era Leila. He aquí los acontecimientos que la habian obligado á dar ese paso.

La misma mañana del día en que habiéndose introducido en la morada de Ali sobornando á dos esclavos con oro, Haroun habia empleado vanamente, súplicas y amenazas para conmovier el corazón de Leila, impetuoso joven se habia entregado enteramente á su indómito placer de la venganza. Con tal motivo acusó á Ali en *Stambul* de cómplice de los griegos sublevados. Entonces la insurreccion helénica estaba en toda su fuerza: por todas partes se combatía con encarnizamiento teniendo de sangre el antiguo suelo del país de la civilizacion y de las artes; á cada instante perecían héroes cuyos nombres quedaron grabados en la inmortalidad; los Botzaris, los Conaris, los Colocotroni y otros tantos que levantaron victoriosamente la cruz que por muchos años habia estado humillada. Ali, partidario secreto de la independencia de los griegos á quienes habia conocido en uno de sus viajes, apreciándoles y doliéndose de ellos, no se habia ocultado para despreciar al Divan y sobre todo la importuna intervencion de los temibles egipcios. La acusacion de Haroun pareció ser fundada; fué bien acogida, pues los *mollas* (1) condenaron á Ali á la pena capital. Todo estaba perdido. Entonces Leila,

(1) Jueces.

inspirada por el cielo, dijo enjugando las lágrimas de Fatmé:

—¡Anímate; ¡el que ha cuidado de mi infancia será salvado por su hija adoptiva!

Dos días despues de la tentativa de Leila, las puertas de la prision se abrieron para poner en libertad á Ali. ¡Cuánta alegría experimentó aquel hombre al estrechar contra su corazón á su esposa, á su hija que tanto le habian llorado!

—Os sorprendereis, le dijo, si sabéis por quien he sido reemplazado en el calabozo.

—Esplicaos, querido Ali, dijo Fatmé con un tono de viva curiosidad.

—Mi denunciador, Haroun, ha sido reducido á prision por calumniador, y de la influencia de su padre, á esta hora, se presenta cargado de cadenas ante un tribunal.

—¿Será posible! murmuró Seila, no pudiendo dejar de sentir alguna piedad por aquel que solo el amor habia hecho culpable. ¡Dejaremos que muera!

—¿Cómo! dijo Ali con admiracion.

—Puesto que el profeta os ha bendecido, ¿no debéis, á vuestra vez, favorecer á un enemigo rendido?

—Te comprendo, hija mia, y admiro tu magnanimidad. Allah, juzga los corazones, y es testigo del deseo que tengo por salvar al infortunado Haroun; ¡pero que debo hacer!

—Lo que hizo vuestra hija. Id y arrojaos á los piés de nuestro magnánimo sultan.

—No me atrevo.

—¿Por qué?....

—No, mi carácter es tímido; antes preferiria atravesar con los piés descalzos el puente Sirath que ejecutar tal accion.

Leila no replicó; pero habia tomado ya su partido y sabiendo que el sultan volveria á salir para continuar sus diversiones públicas, fingió ir al baño y como la primera vez, fué con una carta en la mano á esperar á Hahmoud.

El Sultan no habia olvidado á la joven y hermosa suplicante; y manifestó cierta sorpresa á su presencia; toma la carta y le prometió de nuevo atencion y ayuda.

La joven pidió gracia para Haroun, esponiendo el motivo que le habia conducido á cometer aquel la accion.

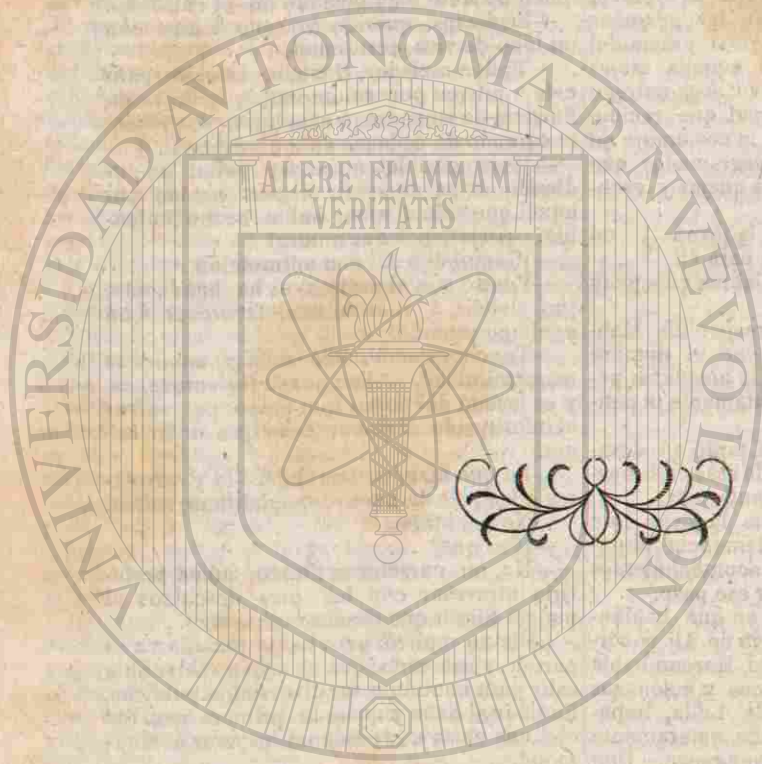
—Se creará que Hahmoud no se admirará al recibir una razon plausible.—quiero decir el perdón de las partes interesadas,—para salvar la vida del hijo de su primer ministro?

—Lo cierto es que el mismo día en que Haroun salia de su prision, Ali recibió la carta siguiente:

“Yo te abominaba, Ali; tu muerte era el colmo de mis deseos; porque habiendo sido rechazado por Leila, detestaba por mi resentimiento á sus padres adoptivos. Poco faltó para que hubieses perecido. Tu hija te protegió con su gracia y su virtud. Pero lo que me admira, es que Leila me haya dispensado su proteccion. Dí á tu

"hija que la bendigo y que la respeto tanto
 "como la ultrajé. Dile ademas, que en lo
 "sucesivo puede vivir tranquila bajo tu hon-
 "rado techo. Yo buscaré en mis viajes la
 "quietud que falta á mi agitado corazon.
 "Tal vez la separacion, la distraccion y el

"estudio de las costumbres de los giaours
 "me volverá la calma, sin la cual la vida no
 "es mas que un fardo.
 "Adios, Alí; espero que á mi vuelta en-
 "contraré en tí un amigo.
 "HAROUN."



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

RUSIA.



RUSIA.

Que diferencia tan notable existe entre los rusos actuales y los que se llamaban moscovitas en tiempo de Olga y los Foder. Tan poco que se haya hablado de Knout y de Cosaco, que se haya descrito un soldado irregular del Don, con su barba puntiaguda, su ancho cinturón, su vestido rojo, sus anchos pantalones, se ha creído bosquejar la Rusia. Tendré pues mas conciencia que nuestros escritores pintorescos á defecto de su talento, y procuraré describiros algunos lugares de Petersburgo.

Nada en la historia es comparable á la repentina elevación de la Rusia.

Al Norte de Europa, tan civilizada, una capital y un imperio se fundaron al mismo tiempo, ambos nuevos en la historia moderna; la civilización moral y física establecida por un solo hombre que, como un hábil escultor, hace el cuerpo la cabeza y concluye su estatua sin descansar, acción digna de admiración y de asombro!

Hasta el siglo VII, la Rusia no se contaba en el número de las naciones civilizadas: en el fondo de sus pantanos de sus selvas inmensas, vivían sus habitantes sin comunicarse unos á otros, sino únicamente para la guerra, es preciso decir que el valor de los suecos, el brillante esfuerzo de los polacos, casi siempre, le dieron la superioridad; el dominio que se disputaban del territorio de los cosacos, de Kief, la ciudad sagrada, era el objeto de la hostilidad eterna con la Polonia. Del lado del Asia, la Rusia estuvo amenazada en

la edad media; en el interior sus tragedias, sus falsos Dimetri y las sublevaciones de los soldados la habían espuesto á los asaltos. La ignorancia del clero y de los nobles se oponía á todos los progresos; ambos no sabían sacudir el yugo, y dejar de estar sumisos ante el trono; el pueblo vivía en la miseria y en el embrutecimiento. En el exterior, tenían poco comercio, careciendo de puertos y navegación; nadie creía que la Rusia botase un solo buque en el mar Blanco, en el mar Negro, en el mar Caspio y en el mar Báltico, donde su águila doble estiende y baña hoy sus uñas encorvadas y cortantes. En el siglo XII, vemos á Anna de Rusia casada con uno de nuestros soberanos, (1) pero ninguna relación tenemos con ese imperio; si engrandeció fué silenciosamente. Por lo demás no ha tomado forma alguna pues permanece en el mismo estado de una montaña; pero el artista la derribó á la manera egipcia.

El hombre civilizado no debía faltar á aquella tierra, aun no explotada, pero fértil; el mármol no se había creado para permanecer en bruto. Era preciso que hubiera un ser distinguido que tuviera la fuerza de todo un pueblo, un príncipe mas grande que sus abuelos, digno de corregir lo pasado, de fundar el porvenir, de imponer su obra á sus descendientes. Ese príncipe debía ser fuerte é inflexible, severo y perseverante, justo y generoso; debía unir las cualidades opues-

(1) Enrique I.

tas del conquistador y del pacificador—Alejandro y Numa,—saber dirigir la puntería de un cañon al mismo tiempo, que dictar una ley, todo esto era necesario al fundador de una era nueva.

Lo que causa admiración en los decretos de la Providencia, es que el hombre que tenía reservado apareció repentinamente, hasta cierto punto a pesar de su pueblo, y se hace ensalzar sin haber sido llamado. Pedro I. que no desdeñó la civilización, tuvo una corte brillante, muchos servidores se humillaban ante él; la multitud, a su paso, le adoraba con la frente en el polvo, cuyo acto de humillación, Pedro I. se creyó obligado, más tarde, de impedirlo bajo una pena severa. Sus *strelitz* [antiguo cuerpo de infantería moscovita] cuidaban de su persona; las grandes campañas de Moscovia sonaban mientras caminaba, la Europa le enviaba el tributo de su magnificencia manufacturera: el czar hizo más; se dijo a sí mismo: "La nación no es mi persona, a pesar de que represento a toda entera. Estos hombres no están civilizados; no admitirán las mejoras sino por fuerza. Iré a las otras partes de Europa, donde conoceré las artes, el comercio, la industria y enseñaré yo que soy el jefe, estos dones pacíficos a mi pueblo guerrero, a mi buen pueblo de Slaves," y Pedro descendió de su trono para entrar como peon en un buque; cambió el cetro por un martillo, y se fué sin ningunos honores, a bordo de "El Navío del Estado."

Este hombre tenía una inteligencia maravillosa, un infatigable celo por las mejoras. Pasaba por Amsterdam, París, Versalles sin desanimarse, y dirigía sus miradas, con confianza, hacia el Volga solitario, esta era un genio brillante: porque, con sus propios súbditos era con quienes tenía primero que combatir; después hacerlos aprovechar de su decisión y unirlos entre sí. Apenas habían pasado algunos años, cuando los moscovitas despreciaban en las llanuras, al terrible *pospolita* polaco, y obtenían contra los suecos la venganza de Narva.

En el imperio rejuvenecido, había necesidad de otra nueva ciudad. Moscovia estaba muy retirada del centro de la Europa, muy lejos de las naciones civilizadas. El czar dirigió sus miradas por todas partes deseando siempre colocarla en el centro de ella. ¿Dónde fundaría esa capital? Siendo una tierra de conquistas arrebatada a sus irreconciliables enemigos, los suecos. Quería edificar en aquel terreno en que recientemente habían combatido, el destino militar y político de su pueblo. ¿Cuál sería el lugar propio para una ciudad! encontrando únicamente ciénegas, un río impetuoso, campos estériles y un aire glacial. El czar dijo sin embargo: "Aquí ha de ser." Y he aquí porque el nombre de Petersburgo está inscrito entre los nombres de las más grandes ciudades.

Esto aconteció en 1703, después de la primera victoria naval que los rusos obtuvieron

en el Báltico contra la flota sueca. Dueño de todo el Neva, Pedro resolvió asegurarse por medio de las armas del territorio conquistado. La fortaleza de Schottbourg, muy lejano de la embocadura del río, se mandó destruir cuando se construyó otra más cerca del mar. Con el fin de escoger un lugar más conveniente, el czar fué, seguido de una multitud de personajes distinguidos, a examinar las islas bañadas por las diversas ramificaciones del Neva. Allí le ocurrió como una inspiración repentina, el pensamiento de fundar en aquella soledad una ciudad grande y poderosa, de animar como por milagro los desiertos de la Ingria y de la Carelia. La aridez de aquellos terrenos no lo desanimaron; porque la naturaleza, dotando a Petersburgo de aguas abundantes, rehusó a todo el país que la rodea el ornato florido de los ríos; los pantanos producen frondosos arbustos enanos; aquí un sauce, allá un pequeño bosque de pinos ó de abedules; es lo que se encuentra únicamente. El terreno que a la vista del emperador se desarrollaba era inmenso: hacia el Este se veían las risueñas colinas reverdecendo, mientras que al Sur, se elevaban los montes Doudershof.

Un islote cuya superficie es muy baja, llamado Enicari (isla de las Liebres) y situada en el Neva, ante la isla llamada hoy Petersbourgskajer-Storona [al lado del antiguo Petersburgo], fué adoptado para cimentar una fortaleza. Nada se despreció para asegurar la fuerza de la plaza. El príncipe y favorito Mentchikof recibió su gobierno. La atención de la isla de Inizari, los escombros del terreno, los trozos de madera, la construcción de la fortaleza, y las casas, exigían un gran número de trabajadores. Las tropas a las órdenes del príncipe Repnini, los ingrienes los carelianos, y gentes de Nougorodod, trabajaban sin descanso, los gobiernos del interior mandaban millares de artesanos, cosacos, tartaros y kalmucos; los prisioneros suecos contribuyeron igualmente a la obra del vencedor. En el mismo estado, cuarenta mil hombres tallaban y conducían piedras y maderas; casi un pueblo entero de peones, todos de raza é idiomas distintos trabajaban sin cesar. Todos aquellos hombres, contratados por tres *kopecks* diarios, no tenían al principio, para hacer fosos, abrir canales y levantar bordos, picos palas ni carros; pues llevaban en sacos, en las manos ó en los faldones de sus *caftans*, la tierra que removían con un palo ó con la mano; además de estos trabajos tan penosos, dormían en el campo en el suelo húmedo, en medio de la neblina y de las lagunas formadas por la lluvia.

El interés, el honor de la Rusia estaban empeñados en aquella obra gigantesca. El czar tomó parte en aquellos trabajos: designando inspectores, cargo muy difícil entre él mismo y Narischeski, Troubetskoi Zotof, Golovkine y Mentchikof. Los baluartes tomaron los nombres de sus inspectores respectivos, comenzando por el de la Puerta de San

Pedro, que recibió el nombre del soberano. A los cuatro meses la construcción de la fortaleza se hallaba ya concluida. En el bordo meridional de la isla, se levantó con el título de los santos San Pedro y San Pablo, una iglesia de madera con tres torres en las cuales el domingo izaban los gallardetes de un navío. Una casa de madera pintada, imitando al mármol, se designó para servir de arsenal. Los otros edificios menos importantes, eran el templo de los luteranos, la cancillería, las tiendas y la botica real.

Diariamente, cuando el tambor tocaba la diana, y hasta que sonaba la retreta, el pabellon del soberano flotaba en el baluarte. Izar ó quitar el pabellon, era la señal de comenzar ó cesar los trabajos: un cañonazo anunciaba uno ú otro. Para estar más cerca de sus obreros, el czar hizo construir en la isla de Petersburgo, a doscientos *sagenes* (1) de su baluarte, una casita de madera; él habitaba dos cuartos estrechos, pintados simplemente. En el techo se veía un mortero de madera, y en cada uno de los dos ángulos una bomba pronta a reventar. Tal fué en Petersburgo el primer palacio de Pedro, según las expresiones de Mr. Ferry de Pegny, escritor distinguido que nos ha dado la mayor parte de esos detalles: "nunca ese soberano fué grande, sino en medio de su humildad casucha."

El czar notó la buena posición militar de la isla de Lotline, a treinta *verstes* (2) de San Petersburgo, posición verdaderamente inexpugnable; no tuvo reposo hasta que puso en su colonia centinelas. Estos trabajos, habiendo llegado el invierno causó la pérdida de algunos; pero la necesidad les obligó a seguir aquella obra de defensa. Los suecos, en efecto, no podían tener una escaramuza desde lejos, y ver con los brazos cruzados, a sus rivales fortificados en el Báltico. El 4 de Junio de 1705, aparecieron en el Neva: su flota era formidable. Por tierra, uno de sus generales más espermentados, llamado Maidel, salía de Viborg con nueve ó diez mil hombres para batir a Petersburgo; pero su mucha confianza en sus fuerzas lo traicionaba: la ciudad se salvó. Apesar de tantas inquietudes, la población se aumentaba considerablemente en Esthoniens, en Finois, en Livoniens, emigrando artesanos extranjeros, marineros y sobre todo comerciantes. Se daba a los pobres terrenos y madera. Todos aquellos hombres que no se conocían, la mayor parte sin ilustración, sus soldados sin disciplina, aquellas hordas de tartaros reunidos, trabajaban con unidad en la obra del soberano. ¿Qué triunfo del espíritu puede haber más glorioso!

Después de un año de ausencia de su querida ciudad, ya por la guerra ó por sus viajes,

1 La *sagene* se compone de tres *archines*, rusas; que equivalen a siete pies ingleses.

2 *Verstes*, medida de los rusos que equivale a quinientas toesas.

el czar regresó sorprendido de lo que veía. Desde entonces tuvo que hacer las veces de Mentchikof. Un *oukas* reunía cada tres meses quince mil obreros. Se construían astilleros y baluartes. En aquella época [1707], el czar completó esas innovaciones con su misterioso matrimonio con Catarina I. En el silencio de la noche, Pedro, Catarina y Bruce, uno de sus más fieles servidores, en un rápido trineo, atravesaron el Neva cubierto de nieve, y llegaron a un lugar solitario al Oeste de Petersburgo; allí se detuvieron ante una capilla de madera, casi sepultada entre la nieve. Bruce condujo a un sacerdote, y a la pálida luz de un lámpara bendijo el matrimonio de uno de los más ilustres monarcas del mundo. Pedro como se ve, no quiso que ninguno supiese sus designios, sino solamente Dios.

Los suecos, por su parte, preparaban otra expedición contra la ciudad naciente. Esa expedición definitiva, según ellos, debía tener sin embargo, el mismo resultado que la primera. Labecker por orden del senado de Stokolmo, salió de Viburgo con catorce mil hombres. Petersburgo tembló: la ciudadela estaba provista de víveres. Pero Labecker, al principio vencedor y dueño de la orilla izquierda del Vera, fué víctima por faltar en lo más importante: no se había asegurado de víveres. Pudo embarcarse felizmente. Este nuevo suceso aseguró la colonia. Sin embargo, Carlos XII entró en Rusia.

La batalla de Putalwa tuvo una influencia decisiva sobre los destinos de Petersburgo: la mañana siguiente el czar escribió al general almirante Apraxine: "La piedra angular de nuestra ciudad del Neva está en fin sellada." Habiéndose hecho por esa grande hazaña poseedor de la Ingria, mandó a los ministros y a todos los nobles ir a fijar su residencia en Petersburgo; desde entonces aquella ciudad tomó definitivamente el nombre de la capital de las Rusias. Se arregló un tratado especial de comercio con la Francia; las opulentas ciudades de Lubeck, de Breme, de Dantzic, obtuvieron ventajas particulares. Los extranjeros comenzaron a llegar en gran número; por su parte los personajes más notables del imperio, se apresuraron a cumplir las órdenes del czar. Mentchikoff dió ejemplo por su lujo, construyendo, antes que todos, una casa de piedra a orillas del gran Neva. La descripción de este hotel, dará una idea de la magnificencia de aquel favorito, ó más bien de toda la de aquel tiempo. El edificio se componía de tres pisos y estaba frente a un hermoso jardín; el salon principal, de una extensión extraordinaria, sirvió por mucho tiempo para los bailes y reuniones de los cortesanos; la escalera que conducía a él era grandiosa. El departamento particular del príncipe estaba embellecido tanto en los cielos rasos como en las paredes, de pequeños relieves y dibujos azules representando objetos de la Escritura Santa, de la historia y de la mitología. Las salas de recibimiento esta-

ban adornadas con ricas tapicerías, de Gobelins y destinadas al czar á su vuelta de Paris. Otro gran señor, el conde Goloukine, hizo también construir una casa de piedra en la orilla de la isla de Petersburgo.

El czar por su parte en el espacio de un solo año (1710) embelleció la ciudad con numerosos edificios. Por gratitud á la Providencia que se mostró tan favorable á su colonia, fundó la iglesia de madera dedicada á la Santísima Trinidad. Allí todos los domingos cantaba en el coro como un rey de la edad media.

Pedro I era un príncipe muy glorioso. Persuasión, fuerza, autoridad y todos los medios le parecían fáciles para acelerar el aumento de su reciente capital: por este motivo fijó el decreto memorable que sigue:

Se prohíbe espresamente bajo pena de destierro ó de confiscación de los bienes del delincuente, construir por cierto tiempo casas de piedra en otra parte que no sea Petersburgo.

Tenia que vencer preocupaciones, la malevolencia ó el apego á los antiguos usos. Sin embargo, no perdió ninguna de sus buenas y primitivas costumbres; quería que sus favoritos tuviesen el lujo de que él carecía voluntariamente. Así, pues, obligado á mudar de residencia mandó á edificar una casita en el ángulo del terreno que forma el Neva dando principio á la Foutanca. La nueva habitación tomó el nombre de casa de Estío. Un gran jardín la hermoseaba. Frente á esta casa se construyeron muchos palacios para la residencia del soberano. A los alrededores de la ciudad, el czar dedicó un edificio, (*Ekaterinenhof*), al nombre de su esposa que acababa de obtener. El edificio era de madera y de dos pisos; las naves colaterales se le añadieron en el reinado de Isabel. Desde allí se extendía un canal hasta el golfo, con un ensenada para refugiar pequeñas embarcaciones; lo cual, según la pasión de Pedro I por el mar, era indispensable en todos los lugares en que reside el monarca. No lejos de allí en una isla situada á la entrada del gran Neva, cerca de Goutonef, se edificó también un palacio; este se hallaba coronado de una torrecilla, desde cuya altura se descubría el mar, y en la que Pedro I se ponía á observar si llegaban buques extranjeros. Durante este tiempo, á orillas de la Ingria, á ocho verstedes de Petershof, Mendchikoff formó una quinta de proporciones colosales, rodeado de un gran jardín y se llamaba Oraniensbaum. A la orilla izquierda del Neva se pusieron los establecimientos útiles; entre otros, el de fundición de cañones por lo que se dió á todo el lugar el nombre de *Liteianaia*; una cancelería de artillería y fortificaciones, almacenes de víveres, el mercado objorni, un palacio llamado el *Italiano* situado en el lugar en que hoy se encuentra la escuela de la orden de Santa Catarina. [Instituto de señoritas nobles]; un jardín de plantas medicinales [en la isla Karpizare], por lo que se dió á esta isla el

nombre de Aptekurski [boticarios]. Tales fueron los edificios construidos desde 1711.

Nada cansaría como enumerar todas las ocupaciones de Pedro: en pié desde las tres de la mañana, corregía hasta las cinco las pruebas de la *gaceta de Petersburgo*, y leía los manuscritos que iban á imprimirse. A las cinco, guardaba en su bolsa su estuche de matemáticas y el de instrumentos de cirugía, tomaba su bastón y sus apuntes, y partía, unas veces en su batel, otras en coche ó á pié, para ir á inspeccionar los trabajos públicos. Como á las seis ó siete, entraba al senado, pasaba de un colegio á otro, pedía instrucciones sobre los negocios, decía sus determinaciones, tomando también parte en los debates. A las once volvía á su casa, tomaba en consideración todo lo que le había sido notable, después daba audiencia á los suplicantes; escuchando á cada uno con paciencia y bondad. Después de la comida, leía las gacetas extranjeras ó indicaba al margen lo que debía traducirse para la de Petersburgo. A las cuatro se dirigía á su obrador de tornero, que llamaba su lugar de reposo. Allí arreglaba los grandes intereses del Estado, examinaba una multitud de negocios, formaba proyectos, dictaba cartas y en fin de todo trataba: desde el interior de aquel cuartito, dirigía los destinos de todo su imperio.

¿Queréis saber el resultado de un trabajo tan tenaz? Os le voy á referir: En 1723 se habían vendido á países extranjeros navios mercantes rusos; la Italia, la Francia, Dantzic y la Persia habían establecido con Petersburgo una navegación no interrumpida; y Pedro en el mismo sitio en que, con una hacha en la mano trabajaba en las canteras, veinte años antes, contemplaba, en 1724, los mástiles de doscientos treinta navios que de todos los mares de Europa concurrían á ese faro brillante que él había encendido en el Norte. Tres años antes, el senado gobernante le había designado el título de Padre de la Patria, emperador de todas las Rusias y el sobrenombre de Pedro el Grande.

El 28 de Noviembre de 1725, la patria perdió á su padre.

La ilustre Catarina debía erigir á Pedro, en la plaza del senado, un monumento digno de tan sublime monarca; la estatua, obra de Falconet, se colocó sobre un grande pedazo de mármol de una sola pieza, cuyo peso es de un millón setecientas mil libras. Preciso era elevar un monumento á la memoria de uno de los mas grandes monarcas; pero el mas hermoso que podía dedicarsele á Pedro, era la conclusion de su obra; ¡pues bien! aquella obra, testamento sagrado de un noble genio, no fué ni un solo instante interrumpida, y la jóven capital, como un niño educado cuidadosamente, no ha hecho sino crecer, cada dia mas fuerte y regular.

Ahora, para admirar mejor á Petersburgo, salgamos de esta ciudad; contemplemos sus edificios en línea recta y nos parecerá mas

majestuosa aún. Desde lo alto de la montaña de Poulkoba que está cercana, vemos presentarse multitud de monumentos de aquella época. La flecha dorada de la torre de la Almirantía se ve moviéndose en el aire; vése brillar la aguja de la iglesia catedral de San Pedro y San Pablo, dominada por un ángel colosal. Por todas partes, se ven blanquear los vastos edificios, pomposas columnatas y las hermosas cúpulas de las iglesias con sus cruces resplandecientes. A lo lejos se descubren en medio de su magnificencia melancólica, las cúpulas del antiguo monasterio Novovoskrécenski, hoy convento de smolni Petersburgo encanta las miradas con su hermosa iglesia de Kazan, su inmenso palacio de invierno, unido por una galería, á

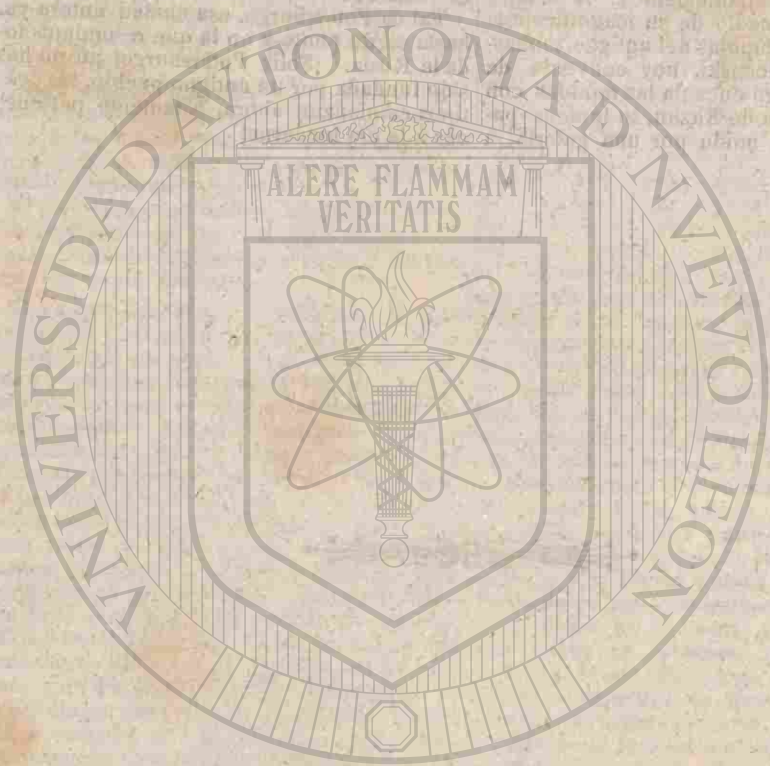
la ermita; obra de Catarina II. Se admira aún en aquel vasto panorama, el palacio de mármol, magnífico aunque irregular; el Hotel de la academia de Bellas-Artes, grandioso por su arquitectura; el Estado-Mayor, suntooso edificio circular. Petersburgo parece estar compuesto de palacios; los simples particulares tienen sus domicilios que muy bien pudieran llamarse reales; ahí se ven, en medio de un aire glacial, los mármoles y las estatuas de la caliente Italia.

Tal es Petersburgo, esa ciudad entera ya, hasta cierto punto y en la que resumimos toda la Rusia. ¡Feliz Petersburgo! ¡tú no has sido fundada por un antiguo pueblo, tus destinos comienzan ahora, solamente perteneces á la era moderna!

JANIL

ONOMA DE NUEVO LEÓN

RAE DE BIBLIOTECAS



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

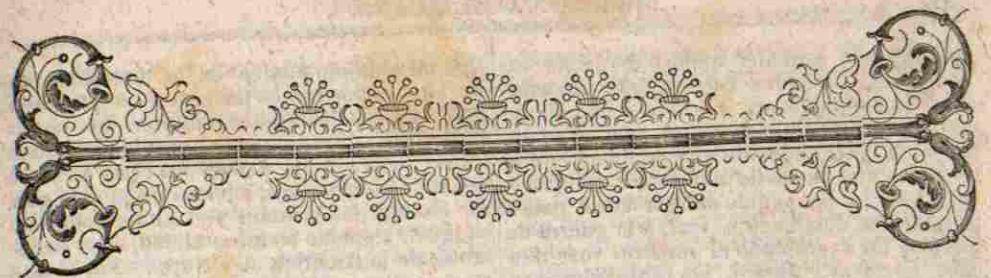


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

CAUCASO.



CAUCASO.

Schirvan. --- Georgia. --- Circasia.

Una línea casi imperceptible en el mapa separa dos comarcas que, por ser vecinas y estar casi unidas, no tienen diferencia notable. Un torrente que desciende del Cáucaso señala en su curso impetuoso los límites entre Schirvan y la Georgia; estas provincias á pesar de ser rusas son sin embargo enteramente distintas. En Schirvan, no puede pedirse á su terreno estéril sino manantiales de betun; porque es el único producto que la naturaleza le ha dado en abundancia. Por todas partes se encuentran las fuentes de donde se saca esa sustancia líquida. Se nota, cerca de cuatro leguas de Bokan, de la ciudad principal de Schirvan, una fábrica establecida cuyas chimeneas despiden constantemente el gas inflamable contenido en los manantiales de betun; y que ante aquella luz—que en la noche ilumina espléndidamente la campiña,—los indus y los guebres, que reverencian al fuego, llegan peregrinando á rendirle su adoracion.

Situada al pié del Cáucaso, y estendiéndose en el istmo que separa el mar Negro del mar Caspio, la Georgia puede llamarse con justicia un interesante pais. Su capital, Tiflis, embellecida por el general Yermalof y el obispo armenio Narsis, contaba con 35.000 habitantes siendo toda la poblacion de 350.000 almas. Altos, de facciones nobles, andar or-

guloso y una apariencia guerrera, tal es el conjunto y la fisonomía de los georgianos, siempre han sido útiles á los ejércitos rusos; pero entre las naciones de su raza, es la mas inteligente y la mas civilizada.

¡Tendré necesidad de recordar la reputacion de belleza de que gozan en el universo, las mujeres de Georgia! Ninguno ignora que unen á una perfecta regularidad en sus facciones, digna de los modelos del estatuario griego, una rara blancura y una espresion de dulzura que duplica sus encantos. Añadid á su hermosura un traje de los mas pintorescos, que consiste en un largo pantalon muchas veces con botonadura de oro ó rosas de liston, una tunicilla y un traje talar ajustado con un cinturon. En cuanto al tocado, usan un pañuelo graciosamente colocado en la cabeza; y en fin, cuando salen, usan un gran velo blanco que las cubre enteramente sin ocultar su belleza.

El traje de los hombres es casi semejante, esceptuando un gorro de piel de carnero que usan en lugar del pañuelo, y una capa de fieltro con que se cubren en el invierno. Los del pueblo tienen la barba larga mientras que los nobles se rasuran y se dejan únicamente los bigotes.

Vamos ahora á fijar la atencion en una de las naciones del Cáucaso que es verdade-

ramente mas notable: quiero decir de los Tcherkess, llamados vulgarmente sircasianos. Los montañeses aman la independencia; á pesar de algunos esfuerzos para someterlos en 1777, época en que estableció en el territorio una línea de avanzadas militares, la Rusia no ha podido obligar á este país á aceptar una dominación real; á la guerra de Sircasia ha sacrificado el imperio ruso muchos hombres y dinero, sin conseguir una conclusión satisfactoria, sobre todo, cuando Ab-del-Kader del Cáucaso, Schamil levantó el estandarte de la rebelión y reunió una multitud de tribus que desde antes combatían cada cual por su lado y que por consiguiente las fuerzas estaban divididas infinitamente. El pueblo sircasiano era belicoso y poseía las cualidades propias para hacerse temible. Indócil después del combate, daba muerte sin piedad, hábil en imaginar estratagemas y en dirigir emboscadas, no se desanimaba ante una desgracia, se hallaba pronto á huir como á atacar, se multiplicaba numerosamente y triunfó al fin de su cansado enemigo. Los sircasianos, emboscados detrás de las hayas ó de las rocas, tiraban con tanta habilidad, que estaban seguros de no errar el golpe, y son los mejores caballeros del mundo. Desde la mas tierna edad, hacen ejercicio á caballo, y se les atan primero unos cojinitos entre las piernas para darles una forma arqueada. Los caballos, que son de raza árabe aventajan de tal modo por su ligereza á los de los cosacos, que estos, jamás pueden alcanzar á un sircasiano que camine al galope.

Al ver á los Tcherkess, se creería encontrar á los guerreros de Atila, con sus cascos puntiagudos. Tales son en efecto, los de los sircasianos; usan asimismo escarceles, bizales y corazas. Componiéndose su armamento de pistolas, un sable turco, un puñal, una carabina y muchas veces un arco y algunas flechas dando á su fisonomía un aspecto terrible.

Hasta ahora, la Rusia ha hecho grandes esfuerzos para seducir á los habitantes del Cáucaso; los ha incorporado en su ejército de los Tcherkess, permitiéndoles conservar su traje nacional; pero esta medida ha sido inútil.

El viajero Clarke ha bosquejado el carácter de los Tcherkess; como se verá en el párrafo siguiente:

"Instruidos desde su mas tierna edad consideran la guerra y el pillaje, no solamente como una ocupación necesaria sino como honrosa; aquellos bárbaros manifiestan en sus maneras la mas fuerte espresion de una valentía feroz, la bellaquería y desconfianza. Examinad á un sircasiano cuando huje de vos, vereis que su frente demuestra indiferencia y parece meditar un crimen. Tan luego como percibe que le observan, se sonríe de una manera pífida; y se muestra muy cortés y muy sumiso."

Mas indulgente que M. Clarke, confieso

que mi opinión acerca de la moralidad de los sircasianos, no es tan severa, y que hago justicia á sus cualidades militares: los sircasianos tienen la indigna costumbre de vender á los turcos y á los persas sus hijas para el ornato de los harems; además un pueblo que no conoce las virtudes y el amor paternal, es igual, respecto á su moralidad, á los habitantes de la América del Norte. Por lo demás, si ellos no pendiesen de los rusos, estarían entre sí en perpetua hostilidad. En otro tiempo los príncipes ó gefes de tribus se atacaban sin cesar, y robaban á los de las poblaciones inmediatas. El labrador que conducía su arado y el segador que recogía sus gavillas tenían que estar armados con su carabina y su sable. Usaban para ocultar sus armas una capa de piel de cabra, aun en los mas fuertes calores del estío. En cuanto á la belleza de sus facciones y estatura es muy general en aquel pueblo. Las mujeres son tan hermosas como las georgianas; en la cabeza usan una especie de turbante; sus cabellos trenzados caen detrás de las espaldas; sus túnicas muy elegantes están abiertas por delante, y cerradas con broches de plata.

Si la guerra es la principal ocupación de los sircasianos, no se debe creer, sin embargo, que aquel pueblo es indiferente al placer. La danza es su diversión favorita. Con tal motivo escuchemos las palabras del viajero inglés.

La danza de los Sircasianos es muy diferente de la de las demas naciones.

"Diez, quince ó veinte personas, forman una hilera agarrados de la mano, unas veces se inclinan hacia adelante y otras atrás, y levantando los piés tanto como pueden según lo requiere la música, y no interrumpen la uniformidad de los movimientos sino con gritos y exclamaciones. Nada es mas difícil que la situación de los danzantes que se colocan en el centro de la cadena. La danza se suspende repentinamente: entonces uno de los danzantes, separándose de su hilera, se pone en cuclillas de una manera muy singular; pues ejecuta dos pasos muy semejantes á los movimientos de la giga. Ambos se ven, no solamente en la danza inglesa de la *Cor-nemuse*, sino también en las de las naciones septentrionales. El primero consiste en saltar en un pié y tocar la tierra con la punta y el talón: el otro en saltar alternativamente en un pié, llevando el otro hacia adelante imitando el brinco de un ciervo. Este movimiento parece haber sido imaginado para imitar el andar de este animal. Los irlandeses le dan aún el nombre de *Danza del ciervo*."

COSACOS.

Si á la noticia que se ha dado de las poblaciones caucásicas, añadimos algunos detalles sobre los cosacos, puesto que son, por su posición geográfica, sus costumbres guerreras y los servicios diarios que prestan á la Rusia,

una guardia avanzada contra los Tcherkess. Habitantes de las orillas del Don, á quien consideran como á un padre los cosacos, pueden considerarse como un pueblo ignorante á la vez que civilizado. Son cristianos, mientras que los Tcherkess profesan la religion de Mahoma, y reconocen dócilmente á los reyes del imperio. Me ha parecido conveniente hacerles conocer, pues así lo exige la relacion que hemos adquirido.

En Francia generalmente los cosacos son juzgados con severidad; se les confunde con los que habitan el Asia, los Bachkirs, los Kalmucos, los Hirghis y otros que, en la guerra de la invasión, siguieron la suerte del ejército ruso.

Un escritor de aquel país, hombre de tanto talento como de mucho ánimo, el príncipe Elim Metscherski, habia tratado en un excelente artículo de dar mejor opinión acerca de los cosacos. Su trabajo espiritual nos dará á conocer su carácter.

Compuestos de una reunion de aventureros y de colonos que se establecieron en las fronteras meridionales de la Rusia, los cosacos vivian sometidos á una especie de gobierno paternal ó patriarcal; el mas sabio ó el mas valiente se elegia gefe ó *Attaman*; para hacer justicia se reunia con los ancianos y padres de familia más estimados. Esos cosacos al escucharle hablar apasionadamente de la vida aventurera, pusieron sus establecimientos á orillas del Dnieper, del Don, del mar Negro, del mar Caspio, en el Cáucaso y en la Siberia. Hé aquí lo que el príncipe de Metscherski arregló en pocas palabras con respecto al importante papel que los cosacos tenían que desempeñar.

"No mencionaré las sangrientas luchas de los cosacos, sus hazañas heroicas contra los turcos y los tártaros diversos pueblos del Asia, no os los mostraré, arrojándose sin cesar sobre las hordas del Oriente, siempre vencedores y nunca vencidos; Colonos oscuros descubren nuevos mundos en el Océano de las tierras asiáticas; peregrinos á caballo cuyo baston era una lanza y el bordon una canana, encendian fuego debajo de los chopos de la Taurida y sobre las nieves del Kamstchatka, nuevos cruzados cavaban con sus picas la tierra de los infieles para plantar el signo de la resurreccion en los lugares en que se amontonaban los cadáveres; nuevos mártires fe-cundando con su sangre el germen de la civilización que ellos igaoraban, con la cruz pendiente en su pecho; dique humano colocado por la Divina Providencia para contener la barbarie asiática: alanos vigilantes con sus collares de acero, guardaban el rebaño europeo y hacian que las bestias leonadas del Asia mordiesen en sus fierros agudos. Ecsiste en todo esto una epopeya que no ha encontrado su Homero, un drama con peripecias sangrientas é imprevistas que no ha tenido un Shakespeare ó un Schiller, es la edad media oriental que espera sus romancistas y pintores.

Del siglo diez y seis al diez y siete, la fisonomía de los cosacos era mas distinta que la de hoy en razon de la independencia de aquel pueblo. Después de haberse incorporado á la Rusia era preciso que perdiese un estado de civilización que por sus costumbres le correspondia.

En otro tiempo era notable la ternura filial que los cosacos profesaban al Don: cuando se alejaban para una expedición, no cesaban de despedirse del rio: uno de los cantos compuestos en honor del Don y que voy á transcribir, se distingue por su originalidad.

"Apasible y manso Don Yvanovitch, [1] tú, á quien amamos como á un padre y cuya fama se estiende en todo el universo, ¡por qué tus aguas que en otro tiempo tenían su curso impetuoso y rapido ahora estan tranquilas! ¡Oh Don! tú permaneces pacífico, y esto nos inquieta.

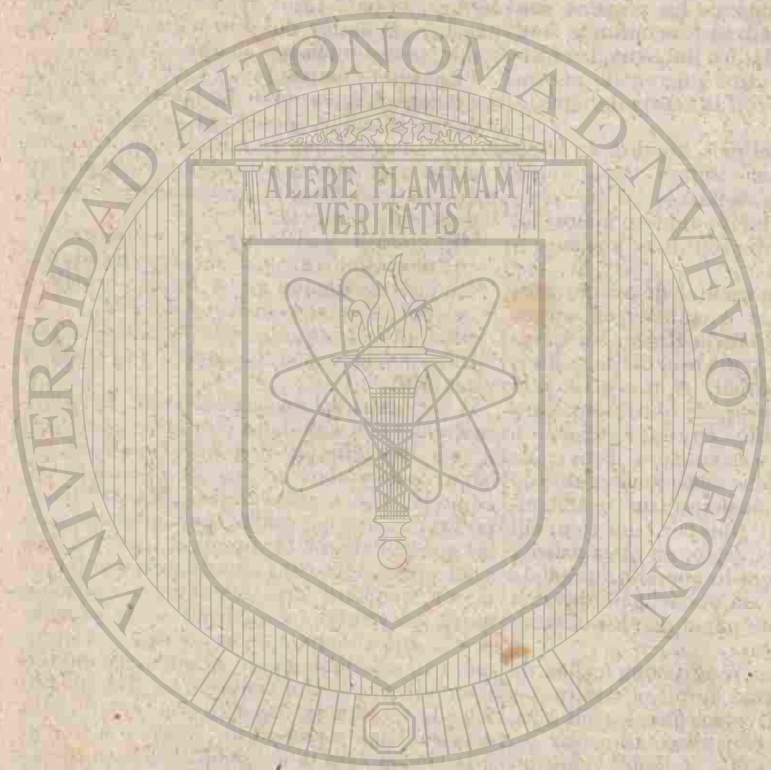
"El glorioso y apacible Don murmuró: "¿Cómo no he de permanecer tranquilo? "Yo he desanimado á mis valientes halcones, los esforzados cosacos del Don. "Sin ellos mis bordos estarian bañados por las olas y la arena esparcida por toda la "campaña."

A la vuelta de sus expediciones, la presa se dividia con equidad entre los vencedores. A esta operación se llamaba el *Dauvan*; los cautivos de ambos sexos se repartian, así como las bestias y las armas. Mucho tiempo los cosacos no tenían por mujeres sino las que quitaban á los turcos, á los tártaros ó á los sircasianos. El amor les era indiferente; un guerrero que se enamoró apasionadamente y que lo advirtieron sus compañeros, fué el objeto de sus burlas y desprecio. La educación de los cosacos es enteramente militar. Convendréis en ello cuando leais lo siguiente: Cuando una madre á las seis semanas de su parto, llevaba á su hijo á la iglesia para la ceremonia de la purificación, el padre tomaba al niño, lo colocaba en un caballo, le ponía un sable y lo armaba *cosaco*. Cuando le salían los dientes se volvía á colocar en un caballo y de esta manera se llevaba á la iglesia donde se cantaba un *Te Deum* invocando á San Juan [2] para que el cielo les concediese que aquel niño fuese tan valiente como sus antepasados.

La guerra era para los cosacos una necesidad, de manera que aun en tiempo de paz, sus juegos y diversiones eran un simulacro de la vida campestre, unas veces eran corridas de caballos, otras tiros de fusil ó cazas del corzo, ó bien una multitud de caballeros se arrojaban al rio para pasarlo á nado. En la tarde todos bebían *hidromel* [aguamiel] despues entonaban cantos guerreros repetidos en estribillo. Todos estos cantos antiguos son muy usados.

[1] Hijo de Yvan.

[2] Patron de los cosacos.



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

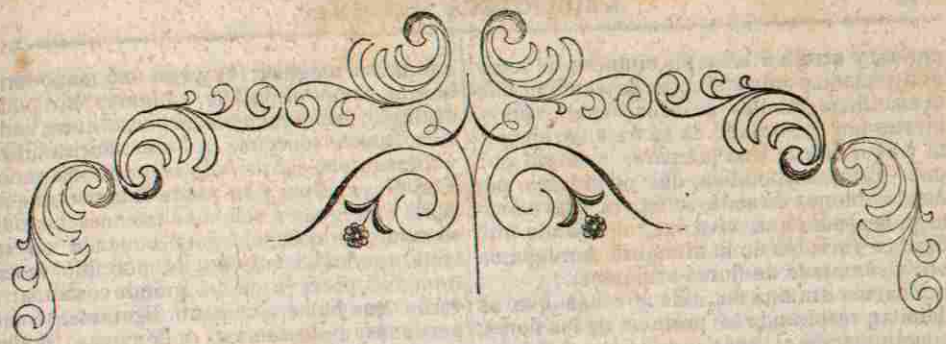
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Lit. de V. G. Torres.

CHINA.



CHINA.

ERA el quince de Enero, día muy solemne en China. La ciudad de Son-tchéou-fou, capital de la parte oriental de Nankin y la mas hermosa del imperio, estaba iluminada. Se veían en los balcones multitud de linternas redondas y hechas de un cuerno trasparente; el cuadro era de madera barnizado y dorado, y en la tela fina que moderaba los rayos de la luz sin interceptarlos se habían pintado flores y figuras caprichosas. La multitud se agitaba en las anchas y hermosas calles de Sou-tchéou-fou.

Numerosos palanquines, hombres que conducían caballos, camellos y carretas; corrillos de personas de distancia en distancia escuchando á los que pregonaban la buena ventura; mercaderes de pájaros, letra-bonzos, jugadores de los cubiletes, y en fin, toda clase de titireteros invadían la ciudad. Mujeres de linage tártaro, á pié ó á caballo, entraban en los almacenes y manoseaban las bandillas y cintas que se les mostraba.

En una casa de buena apariencia, cuyas hermosas cornisas que separaban los pisos estaban barnizadas y adornadas con multitud de argentinas campanillas, y las paredes pintadas é incrustadas en porcelana, al través de las persianas de una de las ventanas, era fácil distinguir á una jóven que parecía tener diez y seis años. Su estatura era me-

diana y graciosa, ojos grandes, tez blanca, y fresca. Sus cabellos negros, tersos y divididos en varios rizos y en trenzas, entrelazados con flores y piedras preciosas. Tenía una túnica de seda color de rosa, enriquecido con un bordado muy fino, completando su traje una golilla de raso blanco. Sentada en un sofá forrado de raso de Nankin, y en actitud meditabunda, entregaba entre sus delicados dedos una flor de thé; los amarillos tamarindos y las fragantes hortencias en sus ricos jarrones de porcelana, se mecían sobre su cabeza y daban á la pieza que habitaba el aspecto de un jardín. Las miradas distraídas de la jóven China se fijaban alternativamente en las antiguas esculturas del pabellon, y en las cajas de cristal de roca ó lapizlázuli que contenía los perfumes, en los muebles de tié-ly-mou [1] y por último en el cielo raso, adornado con florones hechos con tinta de China en fondo blanco. La jóven suspiraba al contemplar la inutilidad de aquellas riquezas frívolas que no pueden dar la felicidad; en seguida se levantó, sacó un libro de una caja de bambú, y habiendo cerrado las persianas de la ventana, se sentó en el sofá, cruzó sus pequeños piés calzados con unas chinelas puntiagudas de raso, llenas de

[1] Especie de madera de rosa oscura.

perlas, y arrojó á tras su cinturón de crespon y plata, y cuyas franjas descendían hasta sus finas medias de seda, medio encubiertas por el bordado de su traje tan elegante y adornado. Una lámpara, cubierta con una gasa, suspendida del cielo raso por unos cordones de seda, se movía suavemente y despedía una viva luz, dibujando mil figuras variadas en la alfombra bordada de oro y sembrada de flores brillantes.

Ydamée era una de esas jóvenes que se deleitan respirando el perfume de las flores, contemplando el agua que corre bajo sus pies, hablando, caminando y muchas veces recitando los versículos de un libro sagrado. Tenía algo poético en sus movimientos, en sus miradas y en sus palabras; era uno de esos ángeles caídos del cielo y que deben volver á él tan puros como descendieron. Abrió lentamente el libro que tenía, le hojeó, y leyó con atención varios capítulos; y en fin, su cabeza se inclinó inquieta sobre su pecho.

Pronto una puerta se abrió, y una mujer de presencia noble y grave entró en la habitación; su tocado consistía en un fongwang (1) sus cabellos recogidos con un moño de crespon negro prendido con un alfiler de oro, y su vestido violeta oscuro demostraban la alta categoría de que gozaba su marido en el Estado. Al ruido que hizo al entrar Ydamée levantó la cabeza y corrió á arrojarle en sus brazos; la señora la abrazó con ternura y le dijo con un tono solemne:

—Hija de mi alma, ya sabes que en la representación del *Huérfanito de la casa de Te-hao* (2) en el palacio de *Hou-pon* (3) tú te hallabas entre las jóvenes hermosas de tu edad, detras de una reja de bambú que estaba adornada con cintas de seda; tú ocupabas la primer fila. En tu distracción, tus piéscitos tocaban y hacían mover la colgadura de seda encarnada de la balaustrada. El muy noble y poderoso mandarin Min-Sun se dignó verlos; han causado en él una fuerte impresión; vengo á advertirte que consiente en dar veinte mil thael con tal de casarse contigo (4). He aquí la carta que ha tenido á bien dirigirte.

Sea porque Ydamée presentía cual había de ser su suerte, permaneció inmóvil por el dolor ante la certidumbre de la desgracia que la amenazaba; la joven nada ambicionaba; no deseaba ser la esposa del mandarin. Vaciló, pero aunque su palidez fué estremada no era fácil notársele por el color que

[1] Un gorro de tela de oro, enriquecido con piedras preciosas, imitando un pájaro, cuyo pico queda sobre la frente, mientras que el cuerpo cubre la cabeza. Las alas desplegadas caen por las sienes y la cola por detras. Se usa únicamente entre las mujeres casadas y de distinción.

[2] Tragedia china.

[3] Gobernador de hacienda en provincia.

[4] En China, el padre de la novia no da dote á su hija, al contrario él le recibe del yerno.

cubría sus megillas (1) y con una mano temblorosa tomó el billete. Idamée no pudo distinguir los caracteres de la escritura; nada veía, quiso sonreirse... esa sonrisa triste y forzada descubría aún la profunda emoción de su alma; y la pobre Idamée que se había entregado á sus meditaciones, cuando su madre, creyéndola muy ocupada en su lectura se había retirado, no percibió la estremidad elevada de un grande estandarte verde que había levantado ligeramente las persianas de la ventana y de cuyas franjas pendía un ramillete de flores amarillas. El estandarte permaneció fijo en un lugar: sin duda alguno esperaba que cogiese el ramillete; pero cuando le retiró, las rosas permanecían aún, y algunas hojas se vieron regadas en la alfombra como testigos de su aparición: Hing-Si acababa de pasar. Este era el hermano mayor de Idamée: capitán en el ejército y desgraciado en un combate que sostuvo contra los sublevados tártaros, había sido condenado á muerte y tuvo necesidad de huir. Pero el interés y el amor que tenía á su hermana le habían detenido; insensible al peligro que le amenazaba, se había vuelto disfrazado para libertar á Idamée de un matrimonio odioso.

II.

El pueblo recorría las calles de *Sou-tchéou-fou* con el fin de ver pasar al mandarin *Min-Sun*, que iba por su joven esposa para la celebración del matrimonio. El traje de *Min-Sun* era magnífico: llevaba en el pecho un lienzo amarillo ricamente trabajado, en el cual estaba bordado un brillante sol; su túnica de brocado encarnado descendía hasta los pies; un cinturón de seda adornado con piedras preciosas ajustaba su cintura, y su sombrero estaba cubierto de raso blanco, forrado de tafetan; y en cuya estremidad pendían una multitud de cerdas encarnadas.

En una silla dorada y descubierta, conducida por cuatro hombres, el mandarin caminaba precedido de todos sus oficiales de ceremonia, unos llevando ante él una sombrilla de seda y los otros pegando en unos tamborillos de cobre y llevando látigos, bastones y linternas encendidas, apesar de ser de día. Habiendo llegado á la casa de la novia, se detuvo ante la puerta del segundo patio y esperó que su suegro *Tio-Hang* lo introdujese.

Los padres de la novia estaban sentados, *Tio-Hang* hacia el Oriente y *Jalo-Ee* al Occidente; los demás parientes al rededor de ella: Idamée, acompañada por su nodriza y una de sus amigas se hallaba de pié en las gradas del pórtico. Estaba vestida con una túnica adornada con bordados de oro representando unos dragones con sus enormes

[1] Los chinos se pintan desde la edad de once años.

garras (1); un cinturón de plata ceñía su delgada cintura; unas chinelas de raso encarnado calzaban sus delicados pies; y en sus hermosos cabellos trenzados y recogidos al rededor de su cabeza como los usan las mujeres casadas, estaban entrelazadas algunas piedras preciosas. Idamée se acercó á *Tio-Hang* y á *Jalo-Ee*, hizo á cada uno cuatro *van-fóe* (2) saludó igualmente á toda su familia y les dirigió su última despedida; en aquel momento su voz manifestaba una tristeza y una dulzura penetrantes; era como los arrullos de la paloma que abandona su nido ó como los últimos acordes del laud.... La que dirigía la ceremonia presentó una copa de *samsou* (3) á Idamée, que regó con él el suelo y tomó el resto; en seguida se arrodilló ante su padre, que le dirigió una pequeña exhortación; su madre la colocó en la cabeza una guirnalda de flores, de la que pendía un velo de crespon blanco; así mismo le aconsejó que siguiese una buena conducta.

—Valor, hija mia, le dijo, sé siempre dócil á la voluntad de tu esposo y observa rígidamente los deberes de una mujer casada.

Entonces *Tio-Hang* tomó á su yerno por la mano, le condujo en medio del patio, donde el mandarin y su triste compañera debían de verse la primera vez. Ambos se saludaron con dignidad, se arrodillaron y murmuraron sus oraciones; en seguida se condujo á Idamée á su palanquin, cubierto con una tela color de rosa. *Min-Sun* entró en el suyo y la comitiva se puso en marcha. Habiendo llegado á la puerta de su casa, el noble esposo descendió é invitó á su esposa á entrar en ella. Esta temblando como la hoja sacudida por el viento, levantó tímidamente su velo y saludó por segunda vez; los esclavos llevaron una palangana llena de agua en la que se lavaron las manos; Idamée viendo hacia el Sur, y *Min-Sun* al Norte; despues, se sentaron á la mesa, el mandarin presentó una copa de *samsou* á su esposa, despues de haber bebido la mitad; pero la joven no pudo contener por mas tiempo su emoción; su cabeza se inclinó ante el pecho, un frio mortal se apoderó de ella, y la copa fatal cayó de sus manos y arrojó un grito terrible; su madre y su amiga. *Kaou-li*, que estaban en la pieza inmediata fueron á socorrerla. El mandarin se puso pálido, porque la copa que se había caído la había considerado como indicio de desgracia.

—Oh madre mia! oh *Kaou-li*! tened piedad de mí! exclamó la pobre Idamée; dejad que me retire, os lo suplico; ¡estoy muy indispueta!

Su madre hizo una señal de aprobación; en-

[1] Atributos distintivos del emperador. Solamente á sus favoritos les era permitido adornarse con ellos.

[2] *Van-fóe*, reverencia de las mujeres Chinas; *vau* significa diez mil y *fo* felicidad.

[3] Vino de China.

tonces su amiga pidió permiso para acompañarla; y con el apoyo de su brazo, consiguió hacerla caminar. Cuando estuvieron solos en el departamento de Idamée, esta se recostó en un sofá y comenzó á llorar. Con el rostro cubierto bajo el velo, procuraba ahogar los suspiros para moderar la sensibilidad de *Kaou-Li*, que participaba de todas sus penas; porque las lágrimas de su amiga caían como gotas de sangre en su corazón. En fin *Kaou-Li* tomó una lámpara, se adelantó hacia la joven esposa que, entregada en una vaga y dolorosa meditación había olvidado hasta á su dulce y querida compañera.

—Idamée, le dijo, te hallas dispuesta?

—Querida amiga, exclamó Idamée estremeciéndose, eres el modelo de una santa amistad. ¿Quieres llevar al cabo tu proyecto?

—Si, Idamée, siempre.

Y ayudándola á despojarse de su vestido de boda, hizo que se pusiese los suyos; luego se revistió con los de la joven. Entonces estrechándose mutuamente entre sus brazos se despidieron.

—Que el cielo te guie, dijo *Kaou-Li*, abriendo una puerta secreta.

—Que él te recompense tu buena acción, respondió Idamée.

Y cuando desapareció, *Kaou-Li* se puso á orar.

III.

¿Dónde iba, la imprudente joven, que llamaba una noble acción el ciego afecto de una amistad tierna y débil? ¿A dónde dirigiría sus pasos? ¿Cuál era su objeto? ¿cuáles eran sus proyectos? ¡Ah! lo ignoraba. *King-Si* le escribió que aquella tarde, en el momento en que todos se entregasen á la alegría, él la esperaba para huir con ella y retirarse á una provincia lejana.... Ella caminaba en medio de la oscuridad; su pensamiento era puro; ¡por qué no la guiaria la buena razón, así como á *King-Si*! Idamée escuchó los acordes de los instrumentos que se prolongaban á lo lejos; al menor ruido se estremecía: cada árbol era á su vista una sombra amenazante que la perseguía, y el crugido de las ramas le parecían la voz de *King-Si* que la llamaba. Débil por la fatiga, cayó casi muerta á orillas del río.

La luna comenzaba á iluminar las plateadas olas del río, brillando débilmente al través de las nubes. Idamée podía aún distinguir las linternas de la casa de su padre, que hacía tres días se hallaba iluminada, despidiendo una luz opaca é incierta que se extinguía gradualmente en las paredes. Las casas de *Soultchéou-Fou* se veían sobre las colinas que dominaban la ciudad y al través de la ligera oscuridad de la noche. Un profundo terror se apoderó de Idamée, y los pensamientos se sucedían en su agitada imaginación.

Cuando la joven levantó la cabeza, que inclinó penosamente, creyó distinguir en la

oscuridad de la noche, una gran sombra que parecía deslizarse por el agua, y pronto sintió que un brazo vigoroso rodeaba su esbelta cintura. Quiso huir, pero su debilidad se lo impidió. Un hombre la condujo á una barca que pronto se apartó de la orilla.

—¡Eres tú querido hermano! exclamó ella temblando; ¡por qué no procuré desuadirte de tu proyecto de fuga!

—Porque así lo han querido los dioses, respondió una voz enérgica que ella reconoció por la de King-Si, que remando con viveza, trataba de alejarla de la orilla. Hubiera sido desgraciada; yo debo protegerte, yo que soy tu hermano. El porvenir nos pertenece. En un instante nos pondremos en salvo.

La habitación de Tio-Hang, los árboles y las casas desaparecían, y la barca caminaba rápidamente. No se oía sino el ruido uniforme del remo, cuando las pisadas de unos caballos se escucharon á lo lejos; King-Si continuó remando mas aprisa; pero pronto percibió brillar armas en medio de la oscuridad, luego algunos hombres con linternas se vieron atravesar en sus ligeros caballos y cuyo movimiento rápido y regular demostraba la costumbre de las expediciones marítimas. A pesar de todos los esfuerzos que empleaba King-Si, los caballeros rodearon la barca que era impelida por un viento contrario. Muchos de ellos se precipitaron y quisieron apoderarse de Idamée, King-Si había sacado su sable combatiendo con una mano, y con la otra sosteniendo á su hermana. Semejante á un león al que quiere arrancarse su presa, era terrible por su cólera y formidable en su defensa; pero sucumbió contra sus numerosos enemigos, y habiendo recibido varias estocadas cayó llevando consigo á Idamée casi muerta.

En medio de los caballeros, se veía á una joven, pálida con el pelo en desórden, y cuya palidez formaba un contraste con aquella terrible escena. Era Kaou-Li la infortunada que la habían obligado, aunque inútilmente, á seguirlos, para que dijese el lugar

donde se había refugiado su amiga. Pero el velo de Idamée, que había olvidado en la orilla del río la había entregado. Libre ya de su terrible defensor, Kaou-Li, se lanzó en la barca, se arrodilló cerca de Idamée y la estrechó entre sus brazos. La joven esposa que acababa de volver en sí, ocultó su cabeza en el seno de Kaou-Li, no pudiendo soportar el horrible espectáculo que se ofrecía á su vista. Permanecieron mucho tiempo en aquella penosa actitud, semejantes á dos flores que la tempestad ha encorvado y que inclinan una hácia la otra sus cálices perfumados.

Este hombre está muerto, dijo uno de los chinos que iban á las órdenes del mandarin, tocando á King-Si con el pié; es preciso arrojarlo al agua, y llevar á estas mujeres á Sout-chéou-Fou.

Al escuchar estas palabras, Idamée arrojó un grito terrible acercándose al cuerpo inanimado de King-Si, trató de volverle á la vida, y calentarlo estrechándolo contra su corazón; pero sin piedad á su dolor, se le arrancaron de sus brazos y el río fué su sepultura.

La barca, conducida por hábiles remeros llegó pronto á la orilla, y las dos mujeres, estrechamente abrazadas, confundían su existencia y sus suspiros.

Después se escuchó un ruido sordo, y se vieron dos cuerpos blancos, dos formas celestes aparecer un instante y flotar en la superficie del agua, agitada por un momento. Permanecían insensibles; pero sus manos entrelazadas manifestaban aun la tierna y profundada amistad que las había unido. ¡Pobres víctimas de un error, de una falta!

—¡Gran Dios! exclamó uno de los remeros, ¿quién podrá soportar la cólera del mandarin!....; Poderoso Foé, si aun es tiempo, á pesar de las tinieblas de la noche, guiadnos para salvarlas!....

La mañana siguiente, la barca condujo á la orilla únicamente dos cadáveres; y en lugar de un matrimonio se celebraron los funerales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Lit. de V. G. Torrez.

INDIA.



INDIA.

I.

EN una pieza de forma oval y ricamente amueblada, cerca de una gran ventana abierta que daba al campo lleno de blancas flores, en un *musmu* [1] de oro y seda, se hallaba sentado un príncipe indio con las piernas cruzadas según el uso del país. Cerca de él, estaba una joven que tenía una tortolilla con su hermoso plumaje, y de vez en cuando espantaba con su *chonry* [2] las moscas que volaban al rededor de su esposo y señor. Cerca de ellos ardía, en unos braseros de oro, el fragante sándalo, cuyas emanaciones esparcían un vapor suave y balsámico en el zévana [3].

¿Por qué estás pensativo, Cirio de Frangistan! dijo Naour-Raldy á su joven esposa; ¿por qué en tus facciones la tristeza sucede á la sonrisa? ¿Por qué lloras, mi *begura* [4]? ¿Qué *Feringis* [5] habrá tenido la audacia de mirar á mi amada? ¿La calumnia de algun malvado habrá sido fatal á sus parientes? Que hable; y entonces el cuerpo del imprudente será arrojado por mis espays en los

jungles [1], servirá de pastura á los animales feroces; y cuando el *dowrah* [2] indique el camino á los viajeros, mostrará el lugar en que el culpable haya sido abandonado con el fin de que se tema la justicia y el poder de Naour-Raldy.

—Os lo agradezco, señor, respondió Isnelly, os agradezco vuestras generosas disposiciones con respecto á mí; pero nadie me ha insultado ni á mis parientes, y puedo, sin ningun temor, ir á lavarme los piés en el *mullah* [3] de la pradera, sin que ningun *feringis* sea tan temerario para que se atreva á dirigir sus miradas á la esposa de mi señor. Sin embargo, la tristeza se ha apoderado de mi alma. Esta mañana, mientras que contemplaba el agua que corría entre las flores, yo me decía: “Así pasa mi dichosa vida!” Y repentinamente escuché el grito prolongado de un cuervo marino, que me predijo que mi felicidad habia concluido; y que pronto no seria mas que un polvo frio é insensible; arrebatado por los vientos....

—Desecha esos temores; ¡no se presenta ante nosotros un brillante porvenir! No es por tí por quien esa ave de mal agüero ha dado ese grito alarmante; no es á tí á quien amenaza, mi querida Isnelly.

Esta suspiró.

- [1] Cojin.
 [2] Cola de vaca con el mango de concha ó de marfil.
 [3] Habitación de las mujeres.
 [4] Voz que significa princesa.
 [5] Europeo.

- [1] Terrenos pantanosos que sirven de guarida á las bestias salvajes.
 [2] Guia de los viajeros.
 [3] Riachuelo.

En aquel instante una *ayas* [1] entró y avisó al príncipe de que uno de sus *bankas* [2] deseaba hablarle. Se fué á la sala de audiencia y dejó á su joven esposa en la zé-zana.

II.

Se escuchaba el susurro de la brisa que jugaba con las hojas de los platanares.

Sentada en el verde césped, Isnelly recibía los *namascarams* [3] de sus parientes, que habían ido á verla para celebrar el día oncenno de la luna. Los de su familia se habían colocado á su alrededor; los ancianos fumaban en sus *kookahs* [4], las mujeres se divertían ensartando perlas en largos cordones, y los jóvenes indios fueron acompañando al príncipe á visitar un templo de *Vichnou*, donde debía pasar la noche orando, recostado en un lecho de yerba. La estatua del dios, estaba rodeada de flores y de cortinas de varios colores, que le formaban una especie de capilla; estaba revestida con telas preciosas y llena de pedrerías, cerca de ella se había puesto un abanico; varios músicos, colocados en diversos puntos, debían ejecutar una sinfonía celeste, y acompañar á las innumerables voces que dirigían al cielo sus alabanzas en honor de *Vichnou*.

Para llegar á ese templo, era preciso atravesar antes una espesa selva que no tenía ningun sendero; ahí el cañafistolo, el palmero y el meollo se elevaban á una altura estremada y mostraban todo el vigor de la vegetación en aquel clima. Plantas enredaderas y parásitas interceptaban el paso y multitud de animales feroces poblaban solamente aquel lugar; pero mientras más obstáculos tenían que vencer y más peligros que despreciar, mas creían merecer el favor de los dioses: solo la fe les servía de escudo.

Los caminantes marchaban cantando himnos sagrados, cuando repentinamente, del centro de un matorral, se lanzó un tigre furioso, un tigre real, conocido en otro tiempo con el nombre de tigre de Ganga. Su boca estaba llena de espuma, sus ojos centellantes; de un solo brinco salvó la distancia de quince piés, y se arrojó sobre *Naour-Raldy*, que iba á la cabeza de la procesion religiosa; lo maltrató y lo hirió antes que pudiese socorrérsele. Los jóvenes indios quitaron al príncipe de sus garras sanguinarias, pero fueron víctimas por su sacrificio. El monstruo se precipitó sobre ellos, sus miembros hechos pedazos apenas fueron capaces para satisfacer su hambre, y regando su camino con los restos palpitantes de aquellos.

Una hora despues, dos hombres condujeron á su palacio al príncipe sin conocimien-

- [1] Esclava negra.
[2] Cortesanos indios.
[3] Complimientos de familia.
[4] Pipas.

to y bañado en su sangre. Era la tarde de la fiesta.... *Vichou* había perdido á sus fieles servidores.

III.

Solamente gemidos se escuchaban en los departamentos del palacio de *Naour-Raldy*. En vano su esposa había procurado reanimarle con sus caricias, inútilmente el *hahim* [1] había empleado toda clase de medicinas, y apesar de los bálsamos que muchas veces habían hecho milagros, el príncipe pasó de los brazos de su esposa á los de la muerte. Isnelly estrechaba contra su corazón el cuerpo inanimado dando gritos que movían á compasión; no quería separarse de él.

—¿Qué he hecho, *Brahma*? decía ella, ¿por qué me has quitado al esposo que era mi alegría y felicidad? ¿No he cumplido bien con los deberes de esposa? ¿No escuché sus cantos con el mayor gusto y enagenamiento? Muchas veces moderé su cólera con mi apacibilidad y sumisión.... ¿No le he estrechado contra mi corazón cuando ha sufrido? Quisiera que mi vida reanimase la suya.... Pero puesto que ya no ecsiste, iré á reunirle con él en el paraíso de *Indra*. *Kirtanam* [2], contigo, amado esposo; no me llamarás en vano, y *Brahma*, abriendo las puertas de su palacio de marfil, las cerrará cuando hallamos entrado juntos.

—¡Adios para siempre, recuerdos de mi juventud! ¡Y vosotras, *mayas* [3] muy queridas de la pobre Isnelly! Si obtuve por algunos instantes el precioso *chintomany* [4] le he perdido sin poder adquirirle otra vez en este mundo; y semejante al *taorae* [5], inclinaré mi corola marchita entre los verdes juncos, hasta que el bálsamo regenerador de *Brahma* me haya vuelto mi lozanía y belleza.

Y en medio de su llanto, Isnelly se sonreía con aquella idea; porque tenía la esperanza de que la muerte no era sino el principio de otra vida....

IV.

Algunos dias despues, Isnelly dió un gran banquete á sus parientes y amigas que habían ido á consolarla; la estrechaban entre sus brazos, enjugando sus lágrimas, y prodigándole sus cuidados y su ternura; la hicieron sentar en un *barsana*; y entonces su hermana *Vichega-Lackchimy* se adelantó hácia ella y le rompió un collar de oro que usan las mujeres casadas. Habiendo con-

- [1] Médico.
[2] Alabanza.
[3] Ilusiones.
[4] Piedra que da la felicidad á los que la poseen.
[5] Lirio de un estanque.

cluido esta ceremonia, se condujo al *darbar* [1] para manifestar si se hallaba dispuesta á sacrificarse en la hoguera de *Naour-Raldy*.

—¿Queréis reuniros con vuestro esposo en el paraíso del *Indra*? preguntó uno de los jueces con una voz grave; reflexionad bien antes de manifestar vuestra resolución.

—Noble *sahid* [2], respondió ella, juro por el gran dios *Brahma* que abandonaré esta tierra sin ningun pesar. Desprecio ahora la vida; ¡qué cosa agradable puede ofrecer á una pobre viuda de la que huye todo el mundo como de una réproba! ¡Ah! dejad que me reuna con mi amado esposo de mi corazón; ¡no tengo otra esperanza, no deseo otra cosa!

—¿Estais segura de vuestro valor! ¿Permanecereis fuerte el dia del sacrificio!

—Sí, salud.

—Dios lo quiera.

V.

De pié cerca del cuerpo de *Naour-Raldy*, los llorones *ecshortaban* al príncipe á que tuviese paciencia en su largo viaje del paraíso del *Indra*. Lo colocaron en una especie de nicho adornado con telas preciosas y guirnaldas de flores; se le colocó en él con las piernas cruzadas y la boca llena de betél; estaba adornado con todas sus alhajas y vestido con su mas rico y elegante traje. Su viuda le seguía, espléndidamente adornada y conducida en un soberbio palanquin; llevaba una túnica de raso con flores de oro, un ancho pantalon de seda verde olivo; un chal encarnado rodeaba pintorescamente su esbelto y gracioso talle; un turbante enriquecido con perlas y rematado por una garzota, adornaba su cabeza, sus brazos y su cuello mantenían dos ricos brazaletes y un hermoso collar.

Una inmensa multitud se agitaba al rededor de aquel hombre que no pertenecía ya á la tierra y de aquella mujer que iba á abandonarla para siempre. Felicitaban á Isnelly por su pronta aparición en el

- [1] Consejo de estado.
[2] Título honorífico que se da por respeto.

paraíso del *Indra*; se le prometía una gloria inmortal y sus póstumos honores; y la infortunada víctima se sonreía en medio de aquel aparato de muerte. Se le dió un brebaje que la hizo perder su razon [1]. Con acentos de verdad y *ecsaltacion*, profetizaba el porvenir y distribuía betél á todos los que se acercaban al palanquin.

Habiendo llegado al lugar del suplicio, descendió de su palanquin y su parientes la condujeron á un estanque en que se sumergió vestida; despues la llevaron cerca de la hoguera, al rededor de la cual se veían á los *brahmas*, teniendo en una mano una antorcha encendida y en la otra un vaso lleno de aceite: la joven viuda estaba rodeada de sus parientes, todos armados.

El *pourohita* dió la señal: Isnelly fué despojada en un instante de sus *sringarams* [2], dió tres vueltas al rededor de la hoguera y en fin, se precipitó sobre el cadáver de su esposo que acababa de colocarse en ella.

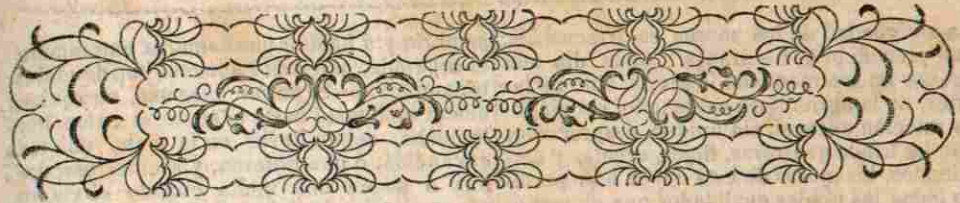
Entonces se oyeron vivas aclamaciones y aplausos prolongados; los *brahmas* derramaron el aceite; iban á prender fuego cuando se escucharon las pisadas de muchos caballos. Sir *Jorge Smith*, uno de los generosos oficiales del ejército británico que se hallaba en posesion de la India, apareció seguido de una numerosa y brillante escolta. Las autoridades inglesas que muchas veces han combatido la deplorable costumbre de los *suttées*, se había opuesto decididamente al suicidio solamente de Isnelly. Con muchas dificultades y ruegos á los *brahmas* se consiguió cambiar el *écsito* de la ceremonia. La joven opuso una viva resistencia á los que querían conservar la *ecsistencia* que era para ella tan pesada. Pero, en fin, Isnelly se resignó, y viviendo en un retiro absoluto, se convenció de que era mas penoso pero mas meritorio, llorar á los seres amados que han desaparecido, que seguirles violentamente á la tumba antes de la hora fijada por el cielo.

- [1] Este brebaje consiste, segun se asegura, en un cocimiento de azafran. Este, tomado en mucha cantidad, ocasiona risas inmoderadas y convulsivas y muchas veces la muerte.
[2] Adornos.



Lit. de V. G. Ferraz.

ALGERIA.
(Moro - Kabila.)



ARGELIA.

UNA hermosa tarde de primavera, algunos jóvenes elegantes encontraron en el baluarte italiano a un spahi de presencia noble y grave; talle fino y esbelto. Habiéndose reunido los jóvenes y el spahi, dieron un grito de sorpresa y alegría.

—¡Eduardo!

—¡Ah! Julio, Federico, Jorge, mis antiguos amigos mis compañeros de colegio! ¿Por qué motivo os encuentro aquí?

—¡Graciosa pregunta! dijo Jorge de Vallebrune; es á tí, Eduardo á quien debe dirigirse. Nuestra casa está situada cerca del baluarte y ante Tortoní; Paris nos pertenece, á nosotros que jamás le hemos dejado, sino para respirar el aire de nuestros parques ó para bañarnos en el mar. Pero tú, un guerrero, has renunciado á las dulzuras de la civilización.

—Es verdad replicó el spahi; siempre he tenido verdadera pasión al estado militar, y he creído que no hay mas gloria y honores que obtener que en Africa; he aquí porque desde hace siete años he tenido una existencia azarosa, pasando muchos peligros y sufriendo muchas fatigas y privaciones.

—¡Sí, observó Federico de Marsane; pero ya eres capitán lleno de honores! Esto es muy halagüeño á tu edad.

—¡Ah! dijo Jorge, debéis estar al corriente de las costumbres que nos son enteramente desconocidas.

Precisamente. La Argelia es parecida á las naciones de Oriente. Todos nuestros compatriotas que no tienen tiempo ni medio de visitar la Turquía, la Siria y el Egipto pue-

den ir á Tolon, embarcarse en buque de vapor y hacer un rápido viaje en Argelia, que les manifestará costumbres desconocidas. Pero veo que mi traje os llama la atención; los parisienses han de ser siempre curiosos! Vamos á la casa Tortoní; allí hablaremos con mas satisfacción.

Cuando los amigos se hallaron instalados en aquella casa y sentados al rededor de una mesa, el spahi replicó en estos términos:

—Ya os lo dije, la Argelia es estremadamente curiosa y pintoresca. No podrá dejar de serlo, cuando se considera que la dominación cristiana en aquel país es un hecho nuevo, un hecho contra el que unos hombres increíblemente tenaces—los árabes—y un ambicioso de mucho ingenio,—Abd-el Kader—no cesan de protestar, con las armas en la mano. Así es que, hace muchos siglos, es decir, despues de la invasión de los árabes, dominada despues por la invasión turca, la Argelia, cristiana en la época de San Agustín, ha permanecido mahometana y bárbara. Muchas razas, enteramente distintas, habitan aquella nación.

—¿Podeis enumerarlas? dijo Jorge.

—Con mucho gusto. Cuento en el Africa francesa siete variedades de la especie humana: los turcos, los kouloughlis, los moros, los árabes, los berberiscos, los judíos y los negros. Los turcos forman los genizaros que á escepcion de un corto número se embarcaron despues de la conquista.—Los kouloughlis (*quzuloughly* hijos de soldados), hijos de turcos y de mujeres moriscas, son una raza rica y disipada, que vive en el *far niente*.—

La antigüedad de los moros es irrecusable: han precedido á los árabes. Cada día mas agenos no solamente de la gloria, sino de las artes, de la agricultura sobre todo, sin ninguna relacion entre sí, sin unidad, despreciados por las tribus guerreras, flojos, crueles y afe-minados, los moros de esta época han perdido todas las nobles cualidades que el mahometismo habia dado á sus antepasados.—Es preciso no confundir á los árabes con los berberiscos ó cabyilas. Los árabes, que son una raza caucásica, tienen el rostro ovalado, la tez morena, la barba negra, los ojos brillantes y hundidos, nariz encorvada con las ventanas anchas y movibles, la fisonomía singularmente espresiva se divide en dos clases: los árabes sedentarios ó agricultores y los árabes errantes ó pastores. Los primeros habitan las cabañas y se entregan á toda clase de cultivo; los segundos no viven sino del producto de sus rebaños ó de sus latrocinios y no tienen mas habitaciones que tiendas, que trasportan sin cesar de un lugar á otro. En cuanto á los kabyilas, puede creerse, que descienden de los antiguos númidas. Las montañas son sus moradas: allí se fortifican; en tiempo de los deys se arrojaban sobre las ciudades y las robaban. Su talle es alto, su cuerpo delgado, nervioso y robusto. En ellos, la espresion áspera del rostro, la sequedad de sus gestos, indica su crueldad [1]. Nuestra dominacion no ha tenido otros enemigos mas encarnizados.—Solo me resta hacer mencion de los judíos y de los negros. Los judíos de Argel han sufrido cruelmente la intolerancia de los musulmanes. Obligados á llevar trajes de un color

[1] He aquí como M. Leon Galibet en su notable obra, la Argelia antigua y moderna, describió el traje y algunas costumbres de la raza kabyila.

“El traje de los kabyilas es muy sencillo: consiste en un casquete blanco y en una especie de camisa de lana de mangas cortas, ajustada á la cintura por medio de un cordón. Sus piernas y sus piés están siempre desnudos; solamente los gefes usan babuchas amarillas en tiempo de paz y botas encarnadas con espuelas cuando van á una campaña. Usan además encima de la camisa de lana una especie de género que llaman *haik* con el que se embozan con mas ó menos elegancia. Esta pieza de género está unida á la cabeza por un cordón de pelo de camello: durante el día, les sirve de capa y por la noche de cobertor. Las mujeres casi tienen el mismo traje que los hombres: dejan sus cabellos sueltos, ó se ciñen la cabeza con un cordón encarnado; andan con los piés descalzos y no se cubren el rostro; pero se pintan la frente y las mejillas con figuras caprichosas, y usan en los brazos, en las orejas y en las piernas anillos de cobre ó de estaño. Su condicion es semejante á la de su secso en Europa: en la casa reciben á los extranjeros, toman parte en todas las fiestas, cantan, bailan, mezclándose con los hombres y asisten á sus ejercicios siendo el principal el tiro de fusil.”

sombrío y á habitar una comarca enteramente separada, han soportado multitud de malos tratamientos. Si pasan ante una mezquita, deben inclinarse hasta el suelo; si salen por la noche, deben llevar en la mano una tea encendida, ó una linterna, y reciben una paliza ó pagan una multa cuando el viento apaga su trémula luz: por lo demas, vivos, insinuantes y dóciles como sus compañeros de Europa, son en los negocios los corredores de los argelinos, y han adelantado mucho en las artes, tales como en el comercio de joyería, relojería, pasamanería y bordado.—En fin, los negros que forman una parte muy marcada de la poblacion, provienen, la mayor parte del comercio que tienen los árabes con los habitantes del gran desierto.

—Muy bien, dijo Jorge, nos habeis dado una descripcion muy detallada que nos ha dado una idea de aquella poblacion de razas mezcladas entre la que has vivido poco mas de siete años....

—Menos de siete años, replicó Eduardo. Ved, amigos míos, tratando de Abd-el-Kader no podremos fastidiarnos. Hoy, en fin, el emir ha ido desterrado á Marruecos: el valiente é infatigable Bugeaud ha proseguido un sistema de rigor que solo conduce á las tribus á reconocer completamente nuestra autoridad. Así, pues, puedo decir que la Argelia desde hoy pertenece esclusivamente á la Francia.

—Sí, observó Federico; pero esos indígenas conservan aún sus preocupaciones religiosas, y quisiera saber si os dieron entrada franca en sus casas.

—En cuanto á esto, respondió el spahi, ya es otro asunto. Nosotros reinamos en el país; pero el interior de las casas es aun impenetrable para nosotros.

—¡Ah! ¡ya lo ves!....

—El tiempo producirá, segun creo, algunos cambios. Argel, la capital, ha mudado completamente. Tiene una apariencia verdaderamente francesa. Al principio de la ocupacion, las cuatro ó cinco mil casas de las que se compone Argel no presentaban sino una masa confusa; una mezcla de bazares, casernas y mezquitas.

Dos grandes calles,—Bab-Azoun y Bad-el-Oued,—atravesan la ciudad de Norte á Sur. En una direccion opuesta, la calle de la Kasbah, larga, tortuosa y estrecha, elevándose repentinamente en forma de escalera, desde la mezquita de Alí-Bedjoem hasta la plaza de la Victoria situada al pié de la ciudadela. Esas calles en partes mas estensas no escenden de seis á siete metros de ancho; todas las demas son tan estrechas que dos hombres no pueden pasar de frente. Nuestros trabajos han mejorado singularmente el orden de las cosas sin poder reformarlo enteramente. Tuve amistad con algunos negociantes moros ó koulonglis, y á escepcion de sus mujeres que me ocultaban, pude ecsaminar sus moradas.

—¡Ciertamente! dijeron los jóvenes, que-remos una descripcion.

JANIL
NOMA DE NUEVO LEÓN
RAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

MORISCAS DE ALGER.

(Tráger de dentro de casa.)

—Voy á satisfaceros, puesto que os agrada. Todas las casas de los musulmanes se semejan esteriormente; ninguna de ellas tiene fachada. La única diferencia que existe entre ellas, consiste en las dimensiones; generalmente es un cuadrilátero de un solo piso, con un terrado ó un techo plano. En las casas de los ricos, el patio interior es espacioso con el suelo de mármol blanco; una fuente se halla en el centro. Columnas, igualmente de mármol, sostienen una galería que sirve de comunicacion á los diversos departamentos del primer piso. Las gradas de la escalera que conducen á la galería están cubiertas de loza y adornadas con dibujos de diversos colores. Alrededor de los cuartos hay asientos forrados de telas de seda. De dia sirven de asiento y de noche de cama. Los espejos reemplazan á los cuadros; y si no existen grabados y tapicerías, en cambio los cielos rasos de madera esculpida ofrecen figuras y flores de un dibujo muchas veces original y de unos colores muy vivos y armoniosos.

—He aquí una descripción perfecta, exclamó uno de los amigos, solamente deseo que nos hagais una corta relación y estaremos contentos. Vamos Eduardo, cuéntenos alguna cosa curiosa: la vida de Abd-el-Kader, por ejemplo.

El spahi exclamó:

—No pedís gran cosa. Si me lo permitís me limitaré á referiros un cuentecillo y os garantizo de su autenticidad.

Habiendo dado todos su asentimiento, Eduardo refirió lo que sigue:

—Lo que voy á contaros aconteció un poco antes de la toma de Argel. Fué una época de incertidumbre é irresoluciones. ¿Se esperaba ó no la conquista? ¿Sería preciso ocupar el territorio ó solamente las ciudades del litoral? Nada se sabía; y esperando los indígenas tomaban una actitud cada dia mas insolente. Estos, cuyo fanatismo no reconoce límites nombraban á dos ricos moros por sus gefes: Sidi-Mahiddin y Ben-Hussein, vecinos y amigos íntimos. Sidi-Mahiddin fulminaba sus imprecaciones contra los franceses y anunciaba con un tono desdeñoso que el reinado de ellos sería de corta duración. Mucho se desconsoló cuando vió que apesar de sus predicciones los franceses no desocupaban la ciudad, y que el gobierno principal habia enviado al duque de Rovigo con instrucciones firmes y severas. El anciano moro tenia dos hijas: Loida y Zulalmé.... Debían de ser muy hermosas, puesto que su reputacion era muy conocida, apesar del cuidado de los musulmanes que continuamente las mantienen encerradas. Ben-Hussein debía casarse con Zulalmé.

Precisamente una casa contigua á la de Sidi-Mahiddin habitaban dos oficiales franceses llamados Ludovico y Gaston. Estos, á ejemplo de sus camaradas, empleaban todas las tardes en fumar y respirar la brisa en la azotea; Sidi-Mahiddin se imaginó que Ludovico y Gaston dirigian sus miradas á sus hi-

jas. Un implacable furor se apoderó de él, del que participaba por el celo Ben-Hussein. Al principio, el viejo prohibió á Loida y á Zulalmé subir en lo de adelante á la azotea; se quejó á la autoridad, que no podia servirle. Además, como los oficiales continuaban tomando el fresco, en la azotea, los dos moros concertaron un plan de venganza tan bajo como feroz. Una noche oscura se ocultaron en el techo de la casa de Sidi-Mahiddin, y apenas percibieron á los oficiales cuando dispararon sobre ellos. Al trueno de sus armas una doble exclamacion dolorosa respondió. Ludovico acababa de caer herido mortalmente. Como podeis pensar, hubo mucho alboroto en aquel barrio, arrojando á todos los habitantes de las casas vecinas de las de los dos amigos. Sidi-Mahiddin y Ben-Hussein fueron de ese número, y con la sangre fria y astucia que caracteriza á los árabes, todo lo negaron.

Sin embargo, Ludovico y Gaston no ignoraban quienes habian sido los perdidos. Generosos hasta el mas alto grado, Ludovico suplicó á su amigo que no pensase en vengarse de aquel crimen, y Gaston, estremeciéndose de indignacion, se conformó con la última voluntad del moribundo. La informacion practicada por la autoridad fué inútil: las cosas no pasaron mas adelante.

Algunos meses despues de este triste acontecimiento, se supo que muchos habitantes ricos de Argel se habian alejado secretamente de la ciudad, llevando á sus familias sus efectos mas ricos, y que se dirigian á Metidja, escoltados por un número considerable de hadjoutes. Inmediatamente se mandó una fuerza en seguimiento de los fugitivos. Al cabo de dos dias de camino, alcanzaron á los enemigos, á quienes derrotaron nuestros soldados con su resolucion acostumbrada. Los hadjoutes, apesar de ser numerosos, despues de haber sostenido una carga de caballería, huyeron en gran número abandonando á los que debían proteger. Sidi-Mahiddin y Ben-Hussein se encontraban entre los prisioneros. Se les condujo ante el gefe de la expedicion: ese oficial era Gaston. Al reconocerle, los dos moros palidieron. Gaston, sin embargo, les habló sin ningun espíritu de venganza.

Ya sabeis, les dijo, cuan criminal ha sido vuestra conducta: muy fácil me seria haceros fusilar.

Sidi-Mahiddin recobró su firmeza y su acostumbrado fanatismo, y respondió:

—¿Lo sabemos y no nos arrepentimos!

—¿Miserable! ¿qué puede impedirme que te castigue como mereces!

Tal vez Gaston hubiera cumplido su amenaza, si dos mujeres, que se apartaron de la multitud no hubiesen llegado llorando á arrojarle á los piés del comandante.

—¿Perdon! perdonad á nuestro padre! exclamaron á la vez Loida y Zulalmé.

—¿No, no! dijeron llenos de furor Sidi-Mahiddin y Ben-Hussein.

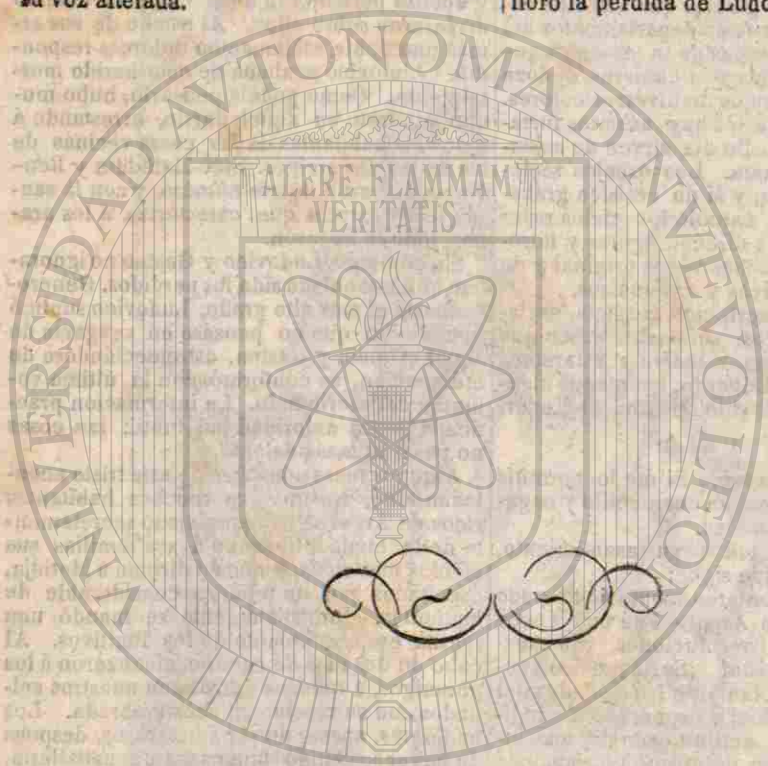
Gaston impuso silencio á los dos moros:
—Callaos, les dijo; no quiero escuchar sino á las dos jóvenes. Sus lágrimas no habrán sido verdidas inútilmente; y además mi amigo me recomendó la clemencia. Algun día vuestra raza hará justicia á los franceses. Que los lleven de aquí y que se vuelvan á Argel....

Refería esto el spahi, cuando no pudo contener su emoción; sus ojos estaban húmedos, su voz alterada.

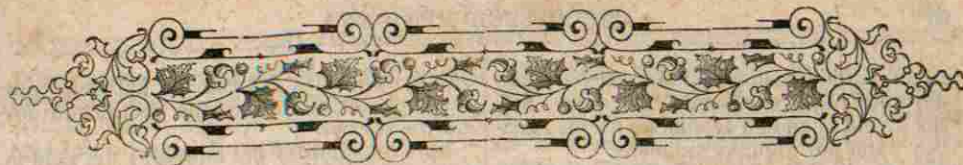
—¿Qué tienes? preguntaron los amigos de Eduardo.

—¡Ah! respondió este, el pobre Ludovico era mi hermano.

Esta penosa revelación puso fin á la conversación. Algun tiempo después supimos que el spahi había vuelto á Africa, donde por su valor, su inteligencia y su buena conducta había adquirido muchos honores. Pero apesar de sus buenos sucesos, Eduardo siempre lloró la pérdida de Ludovico.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



AMERICA DEL NORTE.

PIELES ROJAS.

Cuando los europeos pisaron las costas de la América Septentrional, ese inmenso continente, le encontraron lleno de pueblos libres, poderosos, belicosos, muy adelantados en las diversas formas de gobierno, y ofreciendo un número ilimitado de guerreros.

Estos eran sobre todo los creeks, los Natches, los hurons, los iroqueses, los adivondacs ó algonquins. De nada carecían; la caza era suficiente para alimentarlos y para vestirlos; así mismo se mantenían en un estado robusto por medio de un ejercicio continuado. En cuanto á la agricultura, esas naciones errantes apenas conocían sus beneficios, pues les era casi inútil. Sin duda sus usos eran violentos, pero sus costumbres puras.

Después, la vista de las hostilidades entre los europeos que se proporcionaron de los indios útiles aliados, la revelación del lujo, la propagación de los licores, todo contribuyó á la mudanza de vida de aquellos hombres simples, que no sospecharon los pérfidos atractivos que les presentaba la civilización de ultramar. Hoy la raza india cada día desaparece mas, mientras que los blancos hacen mas progresos, quiero decir, nuevas invasiones. La hacha y el fuego destruyen los antiguos é inmensos bosques: el salvaje huye al desierto. Apenas se encuentra una que otra tribu que conserva sus armas como instrumentos de gala, y habla mal el inglés. Pronto no quedará mas que el recuerdo de las *Pieles rojas*; lo que dijo Cha-

teaubriand, entonces se confirmará plenamente:

“ Arrojados por las poblaciones europeas hacia el Nor-Oeste de la América Septentrional, los pueblos salvajes vienen, por su singular destino, á espirar en la misma orilla en la que ellos desembarcaron para tomar posesión de la América. En lengua iroquesa, los indios se daban el nombre de *hombres eternos: ongon onoue*. Estos *hombres eternos* han pasado, y el extranjero no dejará á sus legítimos herederos de todo un mundo, sino la tierra en que se sepul-

ten.
“La civilización, circulando por medio del comercio entre todas las tribus americanas, en lugar de desarrollar su inteligencia, les ha embrutecido. El indio es pérfido, interesado, mentiroso y disoluto: su cabaña es un receptáculo de inmudicia y suciedad. Cuando se halla desnudo ó cubierto de pieles de bestias, está arrogante y envanecido; hoy sus harapos, sin cubrir su desnudez, manifiestan su miseria: es lo mismo que un mendigo á la puerta de un contador; y no un salvaje en sus selvas.

“En resumen, las tribus mas temibles de la América Septentrional, no han conservado de su raza sino el idioma y el vestido; este ha sido alterado algun tanto: se han dedicado poco al cultivo de la tierra y á la cría del ganado. De famoso guerrero que era el salvaje del Canadá, es aho-

Gaston impuso silencio á los dos moros:
—Callaos, les dijo; no quiero escuchar sino á las dos jóvenes. Sus lágrimas no habrán sido verdidas inútilmente; y además mi amigo me recomendó la clemencia. Algun día vuestra raza hará justicia á los franceses. Que los lleven de aquí y que se vuelvan á Argel....

Refería esto el spahi, cuando no pudo contener su emoción; sus ojos estaban húmedos, su voz alterada.

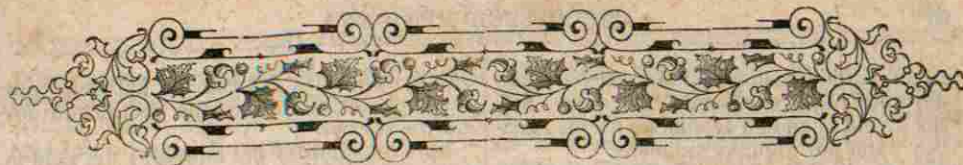
—¿Qué tienes? preguntaron los amigos de Eduardo.

—¡Ah! respondió este, el pobre Ludovico era mi hermano.

Esta penosa revelación puso fin á la conversación. Algun tiempo después supimos que el spahi había vuelto á Africa, donde por su valor, su inteligencia y su buena conducta había adquirido muchos honores. Pero apesar de sus buenos sucesos, Eduardo siempre lloró la pérdida de Ludovico.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



AMERICA DEL NORTE.

PIELES ROJAS.

Cuando los europeos pisaron las costas de la América Septentrional, ese inmenso continente, le encontraron lleno de pueblos libres, poderosos, belicosos, muy adelantados en las diversas formas de gobierno, y ofreciendo un número ilimitado de guerreros.

Estos eran sobre todo los creeks, los Natches, los hurons, los iroqueses, los adivondacs ó algonquins. De nada carecían; la caza era suficiente para alimentarlos y para vestirlos; así mismo se mantenían en un estado robusto por medio de un ejercicio continuado. En cuanto á la agricultura, esas naciones errantes apenas conocían sus beneficios, pues les era casi inútil. Sin duda sus usos eran violentos, pero sus costumbres puras.

Después, la vista de las hostilidades entre los europeos que se proporcionaron de los indios útiles aliados, la revelación del lujo, la propagación de los licores, todo contribuyó á la mudanza de vida de aquellos hombres simples, que no sospecharon los pérfidos atractivos que les presentaba la civilización de ultramar. Hoy la raza india cada día desaparece mas, mientras que los blancos hacen mas progresos, quiero decir, nuevas invasiones. La hacha y el fuego destruyen los antiguos é inmensos bosques: el salvaje huye al desierto. Apenas se encuentra una que otra tribu que conserva sus armas como instrumentos de gala, y habla mal el inglés. Pronto no quedará mas que el recuerdo de las *Pieles rojas*; lo que dijo Cha-

teaubriand, entonces se confirmará plenamente:

“ Arrojados por las poblaciones europeas hacia el Nor-Oeste de la América Septentrional, los pueblos salvajes vienen, por su singular destino, á espirar en la misma orilla en la que ellos desembarcaron para tomar posesión de la América. En lengua iroquesa, los indios se daban el nombre de *hombres eternos: ongon onoue*. Estos *hombres eternos* han pasado, y el extranjero no dejará á sus legítimos herederos de todo un mundo, sino la tierra en que se sepul-

ten.
“La civilización, circulando por medio del comercio entre todas las tribus americanas, en lugar de desarrollar su inteligencia, les ha embrutecido. El indio es pérfido, interesado, mentiroso y disoluto: su cabaña es un receptáculo de inmudicia y suciedad. Cuando se halla desnudo ó cubierto de pieles de bestias, está arrogante y envanecido; hoy sus harapos, sin cubrir su desnudez, manifiestan su miseria: es lo mismo que un mendigo á la puerta de un contador; y no un salvaje en sus selvas.

“En resumen, las tribus mas temibles de la América Septentrional, no han conservado de su raza sino el idioma y el vestido; este ha sido alterado algun tanto: se han dedicado poco al cultivo de la tierra y á la cría del ganado. De famoso guerrero que era el salvaje del Canadá, es aho-

“ra un simple pastor; esto nos debe recordar que Felipe, sucesor de Alejandro, murió de escribano en Roma; un iroques canta y baila por algunas monedas.”

Lo que escribió Chateaubriand, al principio de este siglo, lo habéis visto realizado, mis queridos lectores. Recordad que hace tres años los vimos con sus caras pintadas vendiendo sus trajes en nuestras tiendas. Entonces pudisteis pensar, y con razón, que los indios no existían.

Para conocerlos tales como eran, quiero decir, en la época de su fuerza y grandeza, trasportémoslos al tiempo de Jacobo Cartier cuando tomó posesión del Canadá.

Entre los industriosos iroqueses, colonia de Hurons, que se extendieron hasta el lago Ontario, ocupando el territorio situado entre el lago Erie y las corrientes del río Albany, y que se dedicaron al cultivo, no había otro mas arrogante ni mas intrépido que Ouwikari-Oni. (1) Era el superior en todos los ejercicios propios de su nación; ninguno sabía mejor que él, manejar la *abarea* y arrojar la bala a una gran distancia; nadie se atrevía como él a atacar al oso cuando le veía enfrente o penetrar en la morada del castor. Muchas veces Ouwikari-Oni había oído sus alabanzas proclamadas al son de un tamboril ó de un *chichikoué*; era el mejor en dibujar figuras en la piel de los bizontes, y en formar mapas en la corteza de los árboles. Por este motivo, la nación se envanecía poseyendo á aquel joven, y los *sachems* (2) muchas veces le hicieron asistir al consejo cuando se trataba de los negocios generales.

Tendría veinte años, Ouwikari-Oni, cuando vió á Moür, hija del formidable Pié-de-Ciervo. Resolvió casarse con ella, y propuso á su padre que la pidiera en matrimonio á Pié-de-Ciervo, el padre consintió; pues el partido era ventajoso. La Nube-Gris se puso un vestido nuevo y adornó su cabeza con plumas hermosas, se pintó el rostro, mudó el anillo que pendía de su nariz tomó en la mano derecha una calumet (3) con la chimenea blanca y el cañon azul, y en la izquierda su arco, flojo. Ouwikari-Oni marchaba detrás de él, llevando pieles de diversos animales, dos collares de porcelana y una tortolilla viva en una jaula. Fueron á visitar á los parientes mas ancianos de Moür; allí los dos visitantes se sentaron en una estera, y el Nube-Gris se esplicó en estos términos:

—He aquí algunas pieles. Los dos collares, la calumet azul y la tortolilla pidiéndote á tu hija en matrimonio.

—Acepto tus presentes, dijo el *sachem*, tu hijo será esposo de Moür.

Y fumando tres veces en la calumet, tragó el humo manifestando su consentimiento absoluto. De allí el Nube-Gris y Ouwikari-

[1] Luna de valor.

[2] Ancianos.

[3] Nombre de una pipa larga, de que usan los salvajes de América en tiempo de paz.

Oni se dirigieron á la cabaña habitada por Moür; el consentimiento fué rectificado por Pié-de-Ciervo.

Aprovechándose del intervalo del tiempo que mediaba entre la petición y el matrimonio, Ouwikari-Oni se puso á construir su cabaña; sus compañeros fueron bailando y cantando á ayudarle. Subidos en los postes y paredes comenzados, fabricaron el techo de paja y greda encarnada, componiendo con este mastique las paredes, tanto en el interior, como en el exterior. Este trabajo se practicaba en medio de sus pullas y de sus cantos satíricos. Habiéndose concluido la cabaña, se llenó de muebles y de utensilios de pesca, de caza, de agricultura y de guerra, todo perteneciente á Ouwikari-Oni.

En fin, habiendo llegado el día de la ceremonia, los juglares y los principales *sachems* fueron convidados á ella; mientras que una multitud de guerreros fueron por Ouwikari-Oni, una comitiva de jóvenes fueron igualmente por la novia. Llegaron de esta manera á la choza del anciano padre de Moür. Entonces comenzó por afuera la danza nupcial entre las dos comitivas que habían quedado á la puerta; aquella danza representaba los trabajos de labor ó las peripecias de la guerra. La comida siguió; se componía de sopas, caza, pasteles de maíz, *cañahaja*, peras, pescados, viandas y aves asadas. Las enormes calabazas recibieron el jugo del arco y las pequeñas tazas de haya cierta preparación, haciendo una especie de bebida caliente que equivale al café. Concluido el festín la multitud se retiró. No permanecieron en la cabaña sino doce personas, seis *sachems* de la familia del marido, y seis matronas de la novia, los desposados se colocaron en el centro de los círculos formados, por los doce asistentes: cada uno de ellos tenía horizontalmente por el cabo, una caña de seis pies de largo, en la que se hallaban pintados varios *gereogíficos* que manifestaban la edad de los dos esposos y la luna en que se celebraba el matrimonio. Se colocaron á los pies de Moür, los presentes de Ouwikari-Oni y de su familia. Cuando ambos declararon que querían unirse, el pariente mas anciano tomó la caña y la dividió en dos partes que distribuyó entre los testigos. Las jóvenes que habían conducido á la novia, la acompañaron de nuevo, entonando sus cantos, hasta la casa nupcial; por su parte los jóvenes guerreros hicieron lo mismo con Ouwikari-Oni. Los convidados se retiraron á sus chozas; en el camino ofrecían un sacrificio, á los *manitous*, arrojando pedazos de sus vestidos, en los ríos, y quemando parte de sus alimentos.

Dos años trascurrieron conservando ambos consortes la union mas perfecta. Al cabo de este tiempo los Algonquins, pueblo eminentemente guerrero, invitaron á algunos iroqueses á la caza. Ouwikari-Oni era del número de los que debían representar á su nación. Cuando Moür supo que su mari-

do había sido designado para esa expedición, no pudo contener sus lágrimas.

—He tenido, dijo ella, unos sueños terribles esta noche. ¡No vayas a esa caza, te lo prohibo! Ouwikari-Oni combatió sus temores.—¡Y que! respondió ¡he de rehusar unirme á los guerreros de mi edad! me llaman un *mandria*.

Partió invocando la proteccion de la Gran-Liebre y del Gran-Castor (1) La caza se verificó, y los iroqueses se distinguieron de tal manera, que los algonquins celosos los asesinaron. Solo Ouwikari-Oni pudo escaparse, merced á su agilidad; él fue el que llevó la noticia de la espantosa traicion de los algonquins.

Este suceso fué un motivo de guerra, una guerra de esterminio, cuatro iroqueses pintados de negro enteramente, se dirigieron en medio de la oscuridad de la noche á las aldeas de los algonquins. Habiendo llegado á las cabañas de la primera, arrojaron una macana pintada de encarnado, teniendo marcados en su estremidad, los motivos de aquella hostilidad. Sostuvieron esa demostración dando un grito de guerra que consistía en poner la mano en la boca y pegando los labios, de manera que el grito agudo terminase con una especie de rugido terrible.

Se encendió un gran fuego en la plaza pública, y la caldera de la guerra se colocó en la hoguera; cada uno de los combatientes arrojaba en ella algun objeto particular. Se construyeron asimismo dos portes que se pintaron de colorado, donde se pusieron las flechas, las macanas y las plumas. Dos días les concedió el jefe para que se retirasen á sus casas, y habiendo concluido este término, los jóvenes guerreros se reunieron con él para declararle sus designios acerca de la expedición. Cómo debe creerse, Ouwikari-Oni fue de ese número. Vestido con una túnica sin mangas, había adornado su cabeza con plumas. Llevaba pendiente de su cinturón de cobre, su macana y el cuchillo para cortar cabelleras; en la mano derecha tenia el arco, en la espalda izquierda el carcas lleno de flechas.

Varias ceremonias se verificaron entre los guerreros y el jefe: este último preguntó al consejo de los *sachems* si persistían en querer levantar el hacha. Habiéndosele dado una respuesta afirmativa, se desató el perro sagrado que estaba atado á un poste, y habiéndose degollado se ofreció en sacrificio á Areskoui, dios de la guerra.

Las disposiciones estaban ya tomadas, y los combatientes se despidieron de todos sus amigos.

—Querida Moür, dijo Ouwikari-Oni, no llores, porque tal vez disminuirás mi valor. Soy valiente, no temo la muerte ni los tormentos; si perezco, mi suerte será gloriosa, porque he ido á defender á mi patria. Adios, Moür, te recomiendo con los buenos genios.

(1) Divinidades de los indios.

Habiendo concluido, el guerrero se prosternó ante su padre, y el venerable Nube-Gris, despues de haberle pegado suavemente en la espalda le echó con un lenguaje noble, á que se mostrase digno de sus abuelos.

La mañana siguiente, el supremo sacerdote, seguido de todos los *jongleurs* ó médicos, llamó á los combatientes por sus nombres y bendijo sus *manitus*, que distribuidos en tres canastas, fueron confiados al jefe de la guerra y á los de las tribus.

Hubo festines y bailes. En fin, el ejército partió acompañado de muchos habitantes de las aldeas. Estos le dejaron cuando se hallaba lejos.

Los de la expedición caminaban lentamente y con las precauciones que caracterizan á los indios. Unos que fueron enviados á reconocer el campo enemigo, trajeron manojos de cañas nuevamente cortadas: estas eran los carteles del enemigo. Se contaron las cañas, su número coincidía con el de los algonquines.

El encuentro fué espantoso: solo se escuchaban en el campo de batalla, gritos de muerte, cantos de guerra y los ultrajes que mutuamente se dirigían. Ninguno concedía ni imploraba perdon: el herido perecía inmediatamente ó se ataba fuertemente contra un árbol, reservándole los mas crueles suplicios; Ouwikari-Oni corrió esta suerte. Despues de haber luchado con un ardor indomable tuvo la desgracia de caer sobre un monton de cadáveres de los hombres que había derribado con su macana. Sin embargo, sus amigos triunfaron, y mientras que el joven guerrero era conducido entre los algonquins furiosos por su denuedo, tuvo el dolor de escuchar á lo lejos los cánticos de triunfo que entonaban sus hermanos.

Treinta á cuarenta iroqueses fueron hechos prisioneros. En la tarde los ataron contra unos postes, cerca de unas hogueras que encendieron los algonquins, tanto para calentarse como para asar la carne. Algunas veces los algonquins insultaban á sus enemigos pegándoles y escupiéndoles el rostro; despues lloraban á sus amigos que habían perdido, y lamentándolos colocaban sus cuerpos en las ramas de los árboles.

La noche llegó. Fatigados del combate y del camino, los algonquins se durmieron. Repentinamente un grito terrible los despertó; multitud de flechas silvaban en sus oídos; adormecidos aún, los guerreros se levantaron vacilantes. Por todas partes son aniquilados. En medio de su ira buscan á los prisioneros para darles muerte: pero éstos, ya libres, tomaron las armas y lucharon vigorosamente al lado de sus hermanos. Los algonquins huyeron por todas partes.

Sin embargo, en el lugar del combate, se escuchó una doble exclamacion de alegría: Ouwikari-Oni y Moür se estrechaban entre sus brazos; se miraban vertiendo lágrimas de alegría y seguían abrazándose sin cesar.

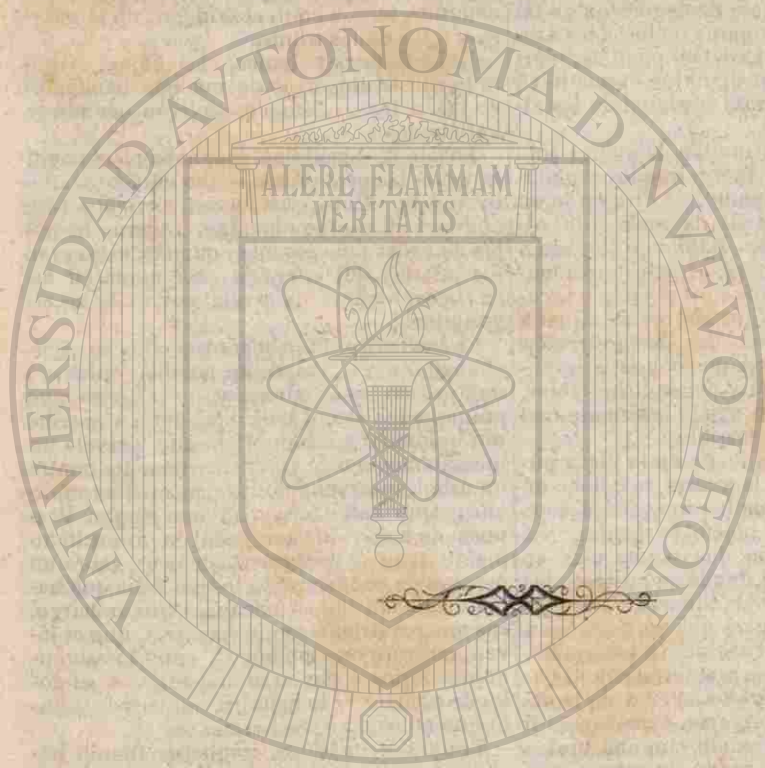
—¡Todo es un sueño! dijo en fin el joven guerrero. ¡No sé por qué estamos libres! ¡Y tú por qué te hallas en este sitio!

Moür respondió con candidez y modestia: —No pude resolverme á permanecer en la aldea estando tú combatiendo; seguí al ejército desde lejos. Sabiendo que habias sido hecho prisionero, supliqué y echorte á nuestros hermanos para que te defendiesen; tu-

vieron compasion de mí, y contra su costumbre, persiguieron al enemigo. Este es el secreto de tu libertad.

—¡El grande espíritu te bendiga! exclamó Ouwikari-Oni.

El dia siguiente, el ejército iroqués regresó á su pais, caminando al son de los alegres pífanos, de los tamboriles y de los chichikoués.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de V. G. Torres.

INDIO GUITARRERO.



REPUBLICA MEXICANA. (*)

I.

Es una injusta preocupacion que, afortunadamente va desapareciendo cada dia, decir que la clase indígena de nuestro pais carece de sentimientos nobles y aun de inteligencia. Seria un error querer decir que hubiese llegado al grado de civilizacion que la raza blanca, pero error y mas grande seria tambien concluir de aqui que es incapaz de llegar á ese grado.

Hay gentes para quienes es mas fácil y mas cómodo emitir una opinion terminante, que ocuparse en averiguar el por qué de ciertas cosas; y estas gentes por desgracia abundan en México.

Ellas son las que sostienen y fomentan la idea de que la clase indígena es distinta de la raza blanca; de que aquella es con mucho inferior á ésta, así en fuerza física como en carácter y en inteligencia. Gentes de esa clase llegarían á sostener que hasta en el alma son inferiores los indios.

Nosotros creemos, porque la ciencia lo ha demostrado, que hay ciertas diferencias notables entre las diversas razas que pueblan el globo; diferencia producida por la distinta

calidad del clima, del género de vida y de los alimentos. Pero que entre la raza blanca criolla de México y la raza indígena del mismo pais haya diferencia, y que ésta sea tal como quieren hacerlo creer las gentes á quienes hemos aludido, es cosa que no nos parece posible.

Si hoy parece notarse esa diferencia es porque se ha descuidado completamente la educacion intelectual, civil y moral de los indios; es porque se les ha tratado desde los primeros tiempos de la conquista con el mas alto desprecio; es porque en vez de destruirse se han fomentado sus preocupaciones; es porque nunca se ha contado para nada con ellos; es porque en fin, no se ha formado alianza con esa clase numerosa.

Sois la causa del estado de profunda abyeccion en que se halla la clase indígena, y hoy queréis disculpar vuestra criminal indiferencia con sostener que entre los indios y vosotros hay distinciones.

¿No os prueban lo contrario los hombres verdaderamente ilustres que esa clase ha producido ahora y aun en tiempo de la dominacion española?

¿No creéis que si en efecto ecsistiese era diferencia de razas tiempo ha que habria desaparecido, la á que os gloriais pertenecer!

[1] Esta novelita ó como quiera llamarse, es original de D. Florencio M. del Castillo. Creemos necesaria esta advertencia para no hacer responsable de sus opiniones justas ó erradas á Mr. des Essarts.

Porque es fuerza no olvidar que de los ocho y medio millones de habitantes de que se compone la población de la República mexicana, mas de seis son de indígenas y dos apenas de gente blanca.

Porque no es guerra de castas propiamente dicha la que habeis visto encenderse en Yucatan, la que alguna vez ha asomado por Xichú. Creéis que en esa clase de guerra hay treguas? Creéis que el odio entre ambas razas llega á adormecerse? No. Cuando por desgracia una nación está dividida de esta manera, entonces una de las dos razas estermina completamente á la otra; y mas frecuentemente ambas perecen.

Pero si no reformais vuestra conducta, si no educáis y civilizáis á los indios, si proseguís proclamando que ellos y vosotros no sois iguales, entonces si acaso llegará un día en que os odien, y su odio es terrible porque es salvaje.

II.

Nosotros creemos y todas las personas que lo han meditado creen tambien que una de las causas de todas las desgracias de la República mexicana es la falta de población; falta que ha hecho que no se aprovechen los inmensos tesoros con que la naturaleza dotó á este país; falta que nos tiene hasta cierto punto inermes contra las asechanchas de nuestros enemigos.

Pero ¿en qué consiste esta falta?...

En que los españoles cuando conquistaron la América, mas bien que civilizar á la clase indígena y formar alianza con ella ó por lo menos tenerla por amiga, trataron de destruirla, ora por medio del hierro ora con los mas rudos trabajos. Ellos fueron los primeros que dijeron que los indios eran inferiores á los demás hombres. Inferiores cuando tenían arreglado su calendario con una exactitud asombrosa, cuando poseían raros conocimientos sobre legislación, sobre medicina, sobre moral, sobre arquitectura, sobre casi todos los artes y ciencias humanas; cuando tenían poetas como Nezahualcoyotl, guerreros como Guatemotzin!...

Y nó se nos conteste á esto con la banal respuesta de que los conquistadores trajeron á este país la luz del cristianismo! La trajeron, sí, pero en sus manos no fué luz, fué rayo; no fué instrumento de civilización, fué una arma para mantener su dominio.

Lease la historia de esa época, y ella responderá por nosotros á los que nos atacan.

Es cierto que hubo varones ilustres y evangélicos que trataron de evitar los males que veían; nosotros en la persona del venerable Bartolomé de las Casas les tributamos un homenaje de gratitud y respeto.

Pero al fin en aquella época si había diferencia de razas, y la una, la advenediza, trataba de sobreponerse y esterminar á la otra, á la indígena.

Mas despues, cuando el trascurso de tres siglos formó una raza blanca mexicana ¿por qué siguió ésta las huellas de los conquistadores?

¿No tenía ella dentro de su pecho un corazón mexicano? ¿no hervía por sus venas sangre mexicana?... Ay, ¡sí! pero había heredado el orgullo de los primeros españoles y se creía superior á los indios.

En esta época ya no hubo matanzas, hagamosle esa justicia; pero hubo desprecio, hubo desden, y éste mata moralmente.

Y sin embargo, la clase blanca mexicana mejor que nadie debía conocer la nobleza, la importancia, el valor de los indígenas.

Cada vez que ha habido necesidad de ellos ellos han acudido. ¿Quiénes mantuvieron sin armas, sin conocimientos militares esa gloriosa guerra de once años llamada la Insurrección, cuna de nuestra independencia?

Y cuando México pudo levantar su hermosa frente entre las naciones soberanas del globo, cuando tuvo un pabellon que hacer flamear ante sus enemigos, ¿qué se hizo por los indígenas? ¡Poco! nada!

¿Qué habeis hecho para civilizarlos? ¿Qué medidas habeis tomado para sacarlos del profundo estado de abyección en que la servidumbre de nuestros padres los ha sumergido?

¿Creéis que la ruina de esa raza hará la felicidad de esta patria que no sabeis amar?... Ay! acaso llegará á suceder lo que sucede en la física con el vacío; aire extraño vendrá á llenarlo!

Ya hoy notais los males de la falta de población; ¿que será despues?

Se considera como uno de los grandes medios de salvación de la República la inmigración extranjera. Nosotros lo creemos así tambien, y nos cabe el placer de haber trabajado por ella como escritores. Pero, ¿debemos formar alianza con una raza extranjera, para que ella nos ayude á esterminar por la fuerza ó por el desprecio á la raza indígena? Eso sería absurdo, sería impolítico, sería inhumano!

La razón, la moral, la política aconsejan pues que se civilice, que se mejore, para expresar nuestra idea, á esa raza.

Hoy es un verdadero rebaño, que no sirve mas que de estorbo; ¿no sería un gran paso hacer de esos seis millones de indígenas seis millones de ciudadanos libres, ilustrados, que cooperaran eficazmente al bien de su patria?

A este objeto humano, noble y grandioso deben tender nuestros esfuerzos; para esto queremos la inmigración extranjera. Entiéndasenos.

III.

Si al trazar estas desaliñadas líneas con toda la precipitación que ecsije un periódico, tuviéramos algunas pretensiones, nosotros indicaríamos gustosos los medios en nuestro

concepto mas á propósito para obtener la ilustración y mejora de la clase indígena. Pero esta empresa la dejamos para aquellas personas que con mas talento, mas instrucción y mas desahogo, pueden ocuparse de ella.

En nuestro sentir, lo primero que debe vencerse en los indios es la timidez; sentimiento que ha llegado á formar en ellos una segunda naturaleza, con el trascurso del tiempo; sentimiento de las almas nobles cuando se ven despreciadas; se cierran entonces como la sensitiva cuando la toca una mano grosera.

Una vez logrado esto, lo demás es ya sumamente fácil, pues los indios, si bien escasos de imaginación á causa de los alimentos con que se sustentan y del género de vida que llevan, tienen un talento natural bien claro; no carecen de perspicacia y son muy aplicados.

Al lado de estas dotes se admira en ellos una constancia verdaderamente heroica en el trabajo; un profundo desden á las fatigas y á la miseria; mucho amor á su familia y á sus amos ó bienhechores; amor que llega á veces hasta el fanatismo; poco temor á la muerte, aunque, cosa que ecsaminada no es tan rara como á primera vista parece, los indios le tienen un horror profundo á la sangre humana.

Como hemos presentado el lado bueno de los indios, debemos presentar el lado malo, para que el retrato sea algo semejante. Lo que mas contribuye á mantener á los indígenas en el estado en que yacen, es el fanatismo, son las preocupaciones que por costumbre, por interés ó por miedo, fomentan, con honrosas escepciones los mismos curas párrocos; la indolencia es otro de los vicios característicos de esa clase; el indio trabaja toda la semana desde que el sol sale hasta que se pone, y se contenta con ganar un miserable jornal con que apenas puede comprar el maíz y el chile que forman su alimento; proponedle otro trabajo mas ó menos activo, pero que le produzca mas; lo vereis vacilar, y al fin no admitir; ya está acostumbrado á su trabajo y no variará; esto consiste en la educación.

Estos en realidad son sus principales vicios; pues si bien son dados á la bebida, este no es un vicio general, y muchas veces es un recurso contra sus desgracias. Su desapego á la clase blanca tampoco lo consideramos un vicio, pues siendo víctimas, harto motivo tienen para ser recelosos los indios.

Los indios son valientes, pero su valor es en cierto modo pasivo; los vereis defenderse tenazmente; atacar, pocas veces.

Los indios civilizados serían muy buenos soldados; serían ciudadanos excelentes.

Otra de las cosas que ellos necesitan para que pueda obtenerse este grato resultado, son buenos curas de almas, sacerdotes bondadosos é instruidos.

En un pueblo pequeño de gentes rudas é

ignorantes, el párroco es el padre comun, es un miembro necesario á todas las familias.

Este es el verdadero puesto del sacerdote; cuán noble, cuán grata, cuán fecunda es su misión si sabe cumplir con ella!

Empero por desgracia el abandono en que los mismos curas yacen, el poco estímulo que tienen en su carrera, y la miseria que siempre contemplan como término de su vida, hacen que abusen; y esos abusos son fatales, porque fomentan la desconfianza del indio; porque le hacen odiar la religión cristiana.

Escójanse buenos y virtuosos curas de almas, pongáseles un sueldo para que puedan subsistir con decoro, oblígueseles á administrar gratis los sacramentos, escíteseles á predicar con la palabra y con el ejemplo el Evangelio, y se verá como por encanto trasformar esa clase miserable que hoy ecsiste como extranjera en su misma patria!

En apoyo de estas ideas, y como complemento, creemos oportuno repetir aquí lo que el año de 1848 escribíamos en una de nuestras novelas [1].

—“No es una sátira contra ciertas personas lo que escribimos: es la verdad, la verdad desnuda aunque sea monstruosa. No nos deleitamos tampoco en pinturas horribles; si escribimos esto, si descendemos á ciertos pormenores, es porque en ellos hay abusos, y abusos que se pueden y deben corregir....

—El confesor, que era un clérigo pequeño, gordo y colorado, de aspecto estúpido, de esos que á mil leguas se conoce se han ordenado de idioma, se sentó impasible en la cabecera del moribundo, y se puso tranquilamente á aguardar....

El confesor al lado del moribundo es la expresión mas sublime de la religión cristiana... Por eso es necesario que el sacerdote, nada terrenal en este instante, inspire confianza al enfermo, y tenga el talento y el tino nesarios para desempeñar esa postrer obligación... ¿Y podrá inspirar confianza un clérigo adusto, que cree cumplir con su deber asentándose en la cabecera del lecho á oír una relación de faltas, y á llenar de terror el último instante del moribundo con el indefinible murmullo de—*Jesus te ayude?*....

Y entretanto el sacerdote, en la cabecera, miraba impasible retratarse sobre la frente del herido las angustias de esa lucha terrible y silenciosa entre la muerte y la vida. Dejaba llenos de amargura, de terror y de duda, esos instantes que debía endulzar con su voz santa y evangélica...! Pero, lo repito, este sacerdote no era digno, porque para ser sacerdote no se necesita solo saber latín, moral y *otomí*, no, no; para serlo se necesita tener mucho talento, mucho corazón, y haber sido destinado á ello por Dios; porque el sacerdocio es una misión y no un oficio....

—Y él, que había asistido á la agonía de

(1) El Cerebro y el Corazon.

muchos hombres; él, que los había visto, fuertes, irse debilitando por grados hasta morir, jamás había hecho reflexión alguna, y creía que el silencio que el herido guardaba era porque estaba examinando su conciencia, como se lo había mandado:—como si en esos instantes pudiera el hombre entregarse a un exámen....!

Pero se cansó de esperar, y pronunció con aire duro y seco, acercando su cabeza á la del herido:

—Confiesa tus pecados....!

Y esas palabras, arrojadas sobre el oído mismo de un moribundo, fueron á resonar hasta el fondo de su pecho, como el grito de un juez airado, del cual no hay que esperar clemencia....—Sí, la religion, por tan poco tino, perdió su unción y su consuelo para el herido, y solo se figuró á Dios como un juez severo, que infunde terror y no esperanza. Y lo que resultó fué hacer mas terrible la agonía, porque al terror animal de morir se añadió el terror de la eternidad....

—Y esos últimos momentos que, guiados por la mano hábil y delicada de un digno sacerdote, deben ser tan dulces, tan llenos de consuelo y de esperanza, porque ante esa voz, voz del mismo Dios, deben desaparecer los terrores y el dolor, solo fueron para el herido los momentos mas angustiosos, mas terribles; porque á medida que pasaban iba teniendo menos esperanzas, y se le dejaba entregado á él solo, á él, que no quería morir; ó cuando mas, oía, por el bulto negro que tenía á su lado, porque sus ojos empañados ya no veían, palabras terribles, espantosas pinturas de la eternidad, del infierno, del enojo de Dios, para obligarlo á arrepentirse....

¡Cuántas reflexiones amargas, terribles, desconsoladoras nacen de este relato!

Para nadie es misterio la conducta, la dureza, la ignorancia de ciertos curas!

¡Y no se pone remedio!

Suprimábase de una vez esas órdenes de idioma, ó cuando menos, háganse con mas tino. ¿Se sabe lo que eso es? ¿Se sabe qué personas las pretenden siempre?—El hijo de un ranchero; muchacho que se ha criado hasta la pubertad en la mas crasa ignorancia; que se ha embrutecido con ciertas ocupaciones, con el trato de sus compañeros; que ha contraído tal vez muy malas costumbres, y que cuando mas ha servido en su pueblo de *acólito* ó sacristán, aprende á esa edad á leer mal, y es enviado á un colegio de esta capital ó de otra ciudad. Allí pierde dos años en mal aprender latin, y se ordena de menores; entonces, con la corona ya abierta, estudia moral: á los seis meses se ordena para asegurar la *torta*, como ellos mismos lo dicen en su lenguaje burdo.... despues acaba de recibir las sagradas órdenes, y es enviado, solamente porque sabe *otomí* ó *mexicano*, sin mas exámen de su ciencia, de su conducta, de sus costumbres, á su pueblo de cura.

Y ahí la religion se vuelve idolatría, ahí Dios, ó es padre consentidor, ó un tirano.... ahí el cura es el Dios, la religion su oficio, los feligreses sus súbditos....

¡Harto se ha dicho sobre esto.....!

Lo que acabamos de copiar dista mucho de ser una sátira; es la franca esposicion del deseo que nos anima porque la religion del Crucificado adquiera el brillo de que es digna; porque sus ministros sean útiles al hombre y á la sociedad.

IV.

Los rasgos que acabamos de trazar son generales; no se busque en ellos el retrato de este ó el otro pueblo, pues nesariamente se notarán esas diferencias que á veces se encuentran hasta en individuos de una misma familia. Trazamos un cuadro á grandes brochazos. Para terminar este artículo, y para seguir el metodo que Mr. A. des Essarts se ha propuesto en esta curiosa obrita, vamos ahora á narrar una pequeña historia, en la cual, como hasta aquí, procuraremos reunir algunos rasgos característicos.

Al hablar de la República mexicana hemos querido hablar de los indios, por lo mismo que son muy poco conocidos, no porque pretendamos que estas líneas puedan tener alguna influencia.

V.

Era una maña de Julio, una de esas mañanas frescas y hermosas en que el cielo despues de una noche tempestuosa amanece puro y sereno como la mirada de la virgen. La tierra estaba húmeda y las flores conservaban todavía entre sus cálices las gotas transparentes de la lluvia.

El sol comenzaba á levantarse, y sus rayos oblicuos tiñendo de oro la campiña, aumentaban la belleza del paisaje; corría un venticillo fresco y húmedo, pero de tal modo embalsamado, que causaba delicia aspirarlo. La naturaleza entera despertaba en uno de esos dias de placer en que las aves cantan sus amores sobre los manzanos floridos, en que los riachuelos arrastran sus diamantes líquidos sobre un lecho de arena y musgo....

Crisóstomo despertó aquella mañana mas contento que de costumbre; había tenido sueños muy hermosos, y los indios creen en los sueños. Había visto á su rosada María sonreírle con dulzura, enseñándole dos hileras de dientes blancos y diminutos como los del raton; juntos fueron á ver las sementeras; el sol de Mayo había fecundado los granos; los amantes, pues, veían vencido el obstáculo de su union.

Embebecido en esa grata y vaga meditacion que en toda clase de personas es el re-

sultado de uno de esos sueños que llamaríamos de corazon, Crisóstomo salió á su diario y habitual trabajo.

VI.

Vestido con un simple calzon ancho de manta, una camisa ó cotton de lo mismo, una frazada de lana rayada de azul y un sombrero tejido de paja, que el indio no varia ni en verano ni en invierno, ni reemplaza sino cuando ya no admite *remiendo*; Crisóstomo tomó su hoz y en compañía de los demas *gañanes* de la hacienda fué á *picar*....

Animado por un gozo interior que no bastaba á destruir lo precario de su situacion, el jornalero amontonaba gavillas de trigo con mas velocidad aún que sus compañeros.

Entretanto el sol se levantaba y derramaba á plomo sus rayos abrasadores sobre las espaldas de Crisóstomo, pero él acostumbrado á la intemperie y endurecido con las fatigas del campo, parecia no sentir molestia ninguna á pesar de estar sudando á chorros.

A las doce del dia el trabajo cesó y los *gañanes* se dirigieron á la entrada del trigal donde los aguardaban sus mujeres con la comida.

Crisóstomo fue á reunirse con una india de mas de noventa años pero fuerte y robusta todavía, que era su abuela y en compañía de la cual venia María.

El indio besó la mano de la anciana, porque tiene mucho respeto á sus mayores; saludó con cariño á su novia y se sentó entre ambas para comer.

La comida de estas pobres gentes se reduce como ya hemos dicho á tortillas gordas de maiz cocidas en *comal*, á una salsa de chiles y á un jarro de pulque; ¡No podría hallarse en lo insustancial y poco alimenticio de esta comida el secreto de su debilidad y su indolencia!... Sin embargo, esta frugalidad produce un buen resultado; y es que el indio jamás padece una enfermedad y conserva su salud hasta una edad sumamente avanzada.

Despues de la comida, á las dos de la tarde Crisóstomo se separó de las mujeres y prosiguió su trabajo que dura sin descanso hasta que el sol se pone.

A estas horas los trabajadores reunidos se dirigen á la hacienda, cantando el *Santo Dios* á dejar los instrumentos de la labranza.

Hay no se qué de tierno en ese canto triste y melancólico que se escucha de lejos, perdiéndose en el espacio, como el perfume de las flores que arrebató el viento....

De la hacienda cada trabajador se retira á su choza á dormir para levantarse al dia siguiente y hacer hoy lo mismo que ayer; mañana lo que hoy, y siempre lo mismo, hasta que viene la muerte y rompe esta monotonía.

VII.

Semejantes faenas no son por cierto de las que pueden cultivar el espíritu ni pulir la educacion; lo mas que pueden hacer es desarrollar la fuerza fisica en perjuicio de las facultades intelectuales.

Los indios, hemos dicho, miran sin terror la muerte; y no puede ser de otra manera. ¡Qué encantos, qué goces tiene para ellos esa vida árida, trabajosa y amarga! ¡No tiene demasiada razon en aguardar la muerte con la misma ansia que en un largo dia de estío aguardan la noche, la hora del descanso?.....

Se les ha creído insensibles porque no se les ve llorar con extremos por la muerte de sus deudos. Pero, ¡es acaso el dolor mas grande el que vierte mayor cantidad de lágrimas! Cuantas veces es mas amarga, mas verdadera la lágrima que rueda lenta y solitaria por una mejilla tostada, que esos torrentes de hermosas perlas líquidas de que forman tambien un adorno ó cuando menos una caretas cierta gentes?

Nosotros hemos visto á los indios en una epidemia, y no hemos avergonzado de nuestro temor al ver su verdadera indiferencia. ¡Qué hay en efecto de temible en la muerte!

VIII.

El indio gana sumamente poco, ora trabaje como *gañan* en una hacienda ora ejerza alguna industria, tal como la de fabricar guitarras, bateas, petates, &c. &c. Es que acostumbrado desde los primeros dias de su infancia á la mayor frugalidad ni tiene deseos ni ambicion; tan luego como gana lo que necesita para su alimento deja de afanarse y se entrega indolentemente al ocio; este no es un rasgo solo del carácter de los indios, es defecto de que adolecen, con muy cortas escepciones todos los mexicanos.

Si el indio trabaja en una hacienda tiene aun que sufrir otro yugo, que lo tiene reducido á una verdadera y horrible esclavitud. Hablamos de la costumbre que hay de pagarles su jornal con *papel moneda*, y de hacerles tomar casi á fuerza efectos fiados de la tienda de la casa.

Este es un abuso que mas de una vez han atacado las leyes, pero que á pesar de todo subsiste como toda costumbre añeja é inveterada. No obstante, no desesperamos verla desaparecer completamente un dia; y este será un gran paso para la mejora de los indios.

El indio como todas las naturalezas incultas, como todos los espíritus ignorantes, es fanático en religion. Mas de esto no tiene él la culpa sino los que encargados de instruir su alma en las verdades puras, eternas y consoladoras de la religion, lo han dejado caer; lo han impulsado á caer en la idola-

tría, por que el cristianismo degenerado es idolatría.

Acaso estas palabras harán que se levante contra nosotros una grito; pero no la tememos, porque son la expresión de nuestra conciencia.

El Redentor del mundo que arrojó del templo á los que lo habían convertido en bazar, ¿puede aconsejar acaso las ofrendas y las demas gabelas que se cesijen á los indios?

Se nos contestará que lo que vale es la intencion y que la de esas pobres gentes es muy pura. Convenido: Dios perdonará su error; pero ¿perdonará igualmente al que lo fomenta!.....

Cada indio contribuye para las fiestas de los santos que se veneran en la iglesia de su pueblo, y para reunir la cantidad que se le esija tiene á veces que quitar el sustento á su familia. Además de esto se le hace trabajar personalmente, sin considerar que para él un día de trabajo es un día sin alimento.

Sobre esto podría escribirse mucho y hacerse importantes y curiosas revelaciones. Ojalá plumas mejor cortadas tomen á su cargo esa tarea.

Nosotros hasta cierto punto disculpamos á los señores curas. Ellos viven á la merced del pueblo, y para vivir tienen que ser esigentes en el pago de los derechos; para vivir tiene que respetar ciertas preocupaciones añejas.

Positivamente nos ha entristecido ver á algunos varones ilustrados, virtuosos, apanar con grandes ridiculeces. Los hemos visto adornados para un entierro con grandes rosarios de *zempatzochill* con palomas, frutas &c..... Les hemos preguntado por qué no atacaban de frente esas y otras preocupaciones; y la contestacion elocuente que nos han dado ha sido enseñarnos su cabeza emblanquecida y sus manos temblorosas por la edad, y decirnos: al salir de aquí iremos á morir de hambre en una accesoria. Atacar esas costumbres será irritar á los que creen en ellas; será esponernos á no obtener derechos.....

He aquí cómo el actual sistema de obveniciones parroquiales es al mismo tiempo la causa y el resultado de grandes males.

Pero si se remediara; si se asignara un sueldo á los párrocos; si los sacramentos se administraran gratuitamente, entonces los curas podrian emplear todo su tiempo en la instruccion moral y religiosa del pueblo; entonces no temerian atacar de frente las preocupaciones.

Si se efectuara esta reforma tan urgente, no se escucharían sobre todo esas relaciones de abusos que hoy entristecen á las almas sensibles y religiosas y se convierten en una arma en mano de ciertos hombres.

Nosotros pues, á nombre de los curas en obsequio de los indigenas; por el interes mismo de la religion cristiana y de la moralidad

pública, pedimos la reforma de los aranceles parroquiales.

Pedimos tambien que no se abuse del candor de los indigenas; que no se les merme nada de sus jornales; y que por fin se les deje en completa libertad para escoger su trabajo donde mejor les parezca.

Pedimos, en fin, para ellos, proteccion, trabajo, instruccion y libertad.

Entonces se les verá mejorar de condicion y de espíritu.

IX.

La semana pasó para Crisóstomo con la misma monotonía de costumbre. De dia trabajaba sin descanso; de noche dormia feliz en su inocencia soñando con María, su dulce María, con la cual esperaba pasar su vida.

El domingo se levantó aun mas temprano que de costumbre; todavia brillaban las estrellas, y en el Oriente apenas se dibujaba una tinta de rosa y plata.

A esas horas con otros indios que como él estaban de semana acudió á la iglesia á encender el altar para la misa.

Crisóstomo fué á cortar flores mientras sus compañeros encendian las velas y barrian el templo.

No aparecia aun el sol cuando ya la iglesia estaba sencilla pero poéticamente adornada.

En ninguna parte nos ha parecido la religion cristiana mas imponente, mas sublime, que en uno de esos templos pobres donde no brilla el oro ni la plata.

Mas poesía tiene para nosotros un ramo de flores frescas, empapadas aún con el rocío de la mañana, que esos blandones y esos candelabros que harian la fortuna de una familia.

Y si en el cielo hay distincion entre pobres y ricos, creemos que Dios acogerá antes las oraciones de esas pobres gentes que van á la iglesia á rezar, que las de los que van en las grandes solemnidades arrastrando ostentosos trajes.

Sonó la campana llamando á los fieles, y en muy pocos momentos la poblacion entera acudió....

Inmediatamente que el santo sacrificio concluyó, el cura montó en su caballo para ir á decir misa á otros pueblos.

A veces los párrocos tienen que recorrer de esta manera una estension de diez, quince y mas leguas. Fácilmente se pueden calcular los trastornos que origina esta distancia. ¿Por qué no se pone un sacerdote en cada pueblo?

X.

Después de la misa en los pueblos viene el *tianguis*.

La plaza se llena de toda clase de mercancías, verdura, frutas, carne &c. &c., y toda la poblacion concurre á hacer sus compras ó á pasear. Es el único dia en que los indios se tratan; es tambien, con cortas excepciones el único dia en que cometen excesos.

Crisóstomo y María se reunieron en la plaza. La segunda se habia adornado con toda coquetería; sus piecitos descalzos brillaban de limpieza; llevaba unas enaguas de jerguetilla azul con vivos morados, una camisa mas blanca que la nieve con randa negra, y rebozo azul con rayas blancas. La cabellera negra iba trenzada con cordones de lana encarnados y negros.....

María era muy bonita y Crisóstomo era hermoso, todas las miradas se fijaban en ellos.

Una pobre vieja á quien aquella pareja le traia sin duda recuerdos de su juventud, se les acercó y ofreció á María unos plátanos.

La india, como todas las gentes sencillas del campo era golosa. Aceptó el regalo y lo comió.

Después Crisóstomo le hizo varios regalos.

Al pintar á estos amantes tan unidos debimos hacer una advertencia. El indio es caballeroso y puro en sus amores: raras veces se oye en un pueblo que alguno haya abusado del candor de una muchacha.... Sin embargo de que la dificultad que tienen para contraer matrimonio en razon de los derechos, es una razon para que busquen en lo ilícito la satisfaccion de sus amores y deseos.

En la tarde de aquel dia María se sintió indispueta; era acaso consecuencia de la atragantada, pero ella y Crisóstomo creyeron que la pobre vieja al verla tan bonita la habia hecho mal de ojo.

En vano recurrieron á la arte de un *nahual* famoso en el pueblo....

María siguió agravándose, y el miércoles siguiente, después de la plegaria de las ocho de la noche comenzó su agonía.

Vino el cura, administró á la pobre india y se retiró dejándola rodeada de sus parientes y conocidos que entonaban con voz lúgubre y conmovida algunos rezos.

Poco antes de la madrugada María espiró tranquilamente como una paloma.

Crisóstomo vino poco después, y se le vió

detenerse algunos momentos ante el cadáver.

Los grandes dolores no tienen lágrimas, porque las que arrancan son lágrimas de sangre que caen sobre el corazón, y es un dolor muy grande ver así destruida en un momento la felicidad de toda la vida.

El pobre indio salió, y haciendo sacrificios de que ni idea se puede formar, volvió al cabo de un rato trayendo unas velas de cera. Ultima y triste ofrenda de su amor malogrado.

En la noche fué el velorio.

Esta es una costumbre muy poética ó muy grotesca y terrible: es un resto de idolatría ó es una prueba de la fé que esas gentes tienen en la inmortalidad del alma....

A la mañana siguiente fué el entierro en cuya ceremonia se cometen mil prácticas estrañas.

Crisóstomo con una fuerza de alma que reinaba en el heroismo, acompañó á María hasta la sepultura.

Poco después que la tierra hubo cubierto aquel cuerpo querido, entonces el corazón del indio se rompió como si ya no pudiera contener tanto dolor....

Desde aquel dia ya no se le vió sonreír.... Poco á poco la mansion en el pueblo donde todo le traia recuerdos amarguísimos, se le hizo insoportable.... Se hizo flojo, apático y sus amos lo despidieron.

XI.

Crisóstomo se hizo vago, errante.

Para mantener su existencia amarga recurrió á una industria fácil; hacer guitarras de madera blanca.

Con solo un mal cuchillo trabaja.

Al mismo tiempo aprendió á tocar un poco; y desde entonces se le ve en los *tianguis*, en las ferias, por las calles de la ciudad, pálido, grave, silencioso, con su manta al hombro sonando su guitarra para atraer compradores.

Quando la edad le haya quitado las fuerzas; cuando sus manos temblorosas no puedan manejar el cuchillo, entonces el indio se hará mendigo, y una noche morirá en un muladar, ó si es algo feliz en el hospital.....

FIN.

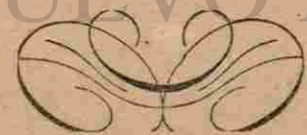


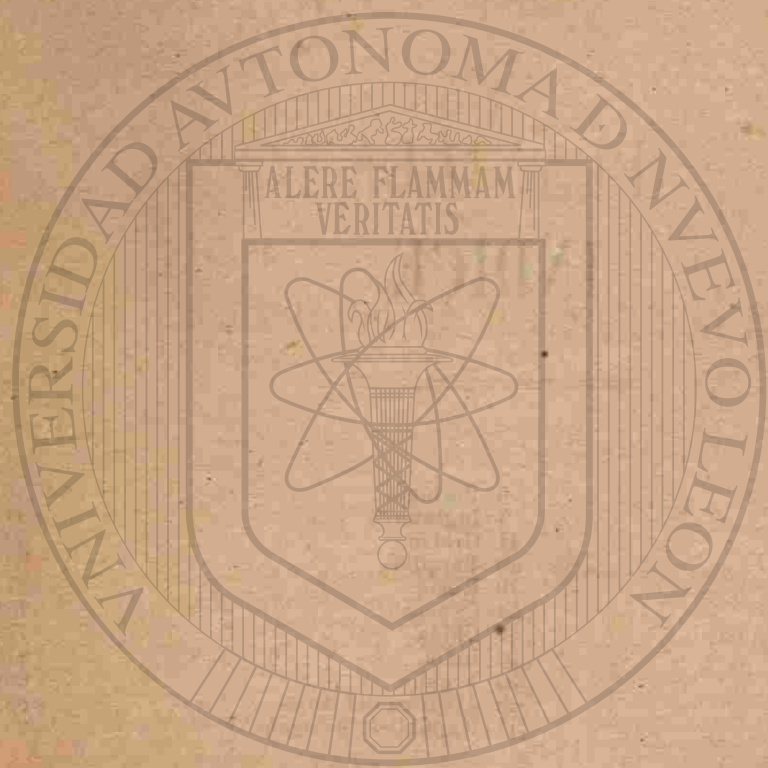
INDICE.

| | | | |
|---------------------------------|----|------------------------------|----|
| Introducción | 5 | Portugal | 51 |
| Bretaña. | 7 | Inglaterra | 54 |
| Brecia. | 11 | Grecia. | 59 |
| Los Pirineos | 15 | Turquía | 63 |
| Suiza | 19 | Rusia. | 67 |
| El Tirol. | 24 | Cáucaso | 75 |
| Wurtemberg [Alemania] | 29 | China | 77 |
| Venecia. | 33 | India. | 81 |
| Calabria | 39 | Argelia | 85 |
| Sicilia. | 43 | América del Norte | 89 |
| España. | 47 | República Mexicana | 93 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PLANILLA

Para la colocación de las estampas.

| | | | |
|------------------------------------|----|---------------------------------------|----|
| Frontispicio, , frente á la página | 1 | Inglaterra, , , , , | 54 |
| Bretaña, , , , , | 7 | Grecia, , , , , | 59 |
| Brecia, , , , , | 11 | Turquia, , , , , | 63 |
| Los Pirineos, , , , , | 15 | Rusia, , , , , | 67 |
| Suiza, , , , , | 19 | Cáucaso, , , , , | 73 |
| El Tirol, , , , , | 24 | China, , , , , | 77 |
| Alemania, , , , , | 29 | India, , , , , | 81 |
| Venecia, , , , , | 33 | Argelia, , , , , | 85 |
| Calabria, , , , , | 39 | Morisca de Argel, trajes de dentro de | |
| Sicilia, , , , , | 43 | casa, , , , , | 87 |
| España, , , , , | 47 | América del Norte, [pieles rojas], , | 89 |
| Portugal, , , , , | 51 | Indio guitarrero, , , , , | 93 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

